A
0
0
0
9
0
2
2
3
1
0
UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY

ia

Guerra de Melilla. - 190

EUGENIO NOEL

PRIMERA SERIE

NOTAS DE UN VOLUNTARIO

3,50

IMPRENTA DE P. FERNÁNDEZ
33, VALVERDE, 33.—MADRID

NOTAS DE UN VOLUNTARIO

EUGENIO NOEL

Notas de un Voluntario

Guerra de Melilla, 1909

Edición impresa por subscripción popular
de los artículos publicados en ESPAÑA NUEVA
y escritos desde la **Cárcel Modelo de Madrid**.

PRIMERA SERIE

MADRID
Imprenta de Primitivo Fernández.
Calle de Valverde, 33
1910

Próximo á publicarse

Notas de un Voluntario

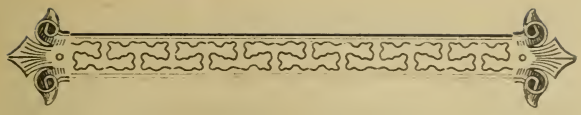
SEGUNDA SERIE

UT
328
R5 M8

AMADA MESONERO

He aquí un mal regalo, Amada. Al frente de estas Notas de guerra debería ir, como en el Diario de Alarcón, el nombre sonoro de un general ó la etiqueta bélica de alguna Academia militar. Seguiría al retumbante nombre cierto panegírico gentil, y el libro rodaría de mano en mano protegido por tan temeroso anagrama contra las suspicacias de los unos y la cobardía é incultura de los otros. Es un mal regalo, pobre amiga, el que te ofrezco. Tu nombre haría bien en la página primera de un libro de versos. Pero teniendo seguro tu perdón, me atrevo á poner la suerte del libro bajo el amparo de tus ojos, unos ojos en los que yo, como en la guerra, he bebido la amargura y la vida.

Noel.



1909—1910

Yo no sé si libros como el presente pueden ser útiles, pero creo que son necesarios. Gracias á ellos, lo que parecía indiscutible, se discute, y lo misterioso, se pone en tela de juicio. Y sucede con frecuencia, que al soplo inteligente de la observación se desvanecen muchos fantasmas que tuvieron preocupada una época.

El militarismo, que es en otras Naciones el más pavoroso de los problemas, es en España la sombra de un siglo: el XIX; todo él melodramático y estúpidamente guerrero. En verdad, no existe para mi Patria

ese peligro; pero hay, sin embargo, ciertos pujos de grandezas que se disfrazan con el fastuoso ropaje de una más alta y verdadera gloria militar por nuestro mal muy lejana ya é irrevocablemente pasada. Contra esos pujos ha protestado la realidad, provocando una guerra que, de ser formal, de haber entrañado gravedad, nos hubiera puesto en ridículo ante Europa, si de antiguo no lo estuviéramos. Contra esos pujos he protestado yo después de siete ú ocho meses de convivir en los campamentos con los soldados y de observar detenidamente si las energías preconizadas de la raza eran capaces de alguna otra cosa más seria y más transcendental que el heroísmo.

Y parece ser que mi error fué muy grande, mi cultura poca, y mucho mi egoísmo, cuando tal tempestad de invectivas provocaron mis artículos. Aun para aquellos mis-

mos que retraté en los campos de batalla con la franqueza é imparcialidad del joven artista, á quien sólo interesa el modelo, estos artículos eran algo audaz, procaz y descocado y muy falto de verdad. No contaban, sin embargo, unos y otros, que quien así escribía, apenas dejado en el ropero el uniforme de voluntario, estaba avezado desde hacía mucho tiempo á ese característico y trivial modo de ser español, que invalida una acusación con una calificación rotunda, y un largo y sesudo raciocinio con una gastada frase de aluvión.

Por eso no insistí más, y cuando mis artículos pudieron ser verdaderamente sensacionales, me fijé más en las ideas que en los hechos; más en éstos que en las personas; más en mí mismo que en elias, y merced á esa amputación voluntaria, el artista no enseñó los puños á quién debía.

Parece mentira que se persiguiera tan

reciamente á quien en el tintero se dejaba tantas cosas, no porque la cobardía se lo impidiera, sino porque la vergüenza se lo exigía, y noblemente bajó la cabeza y observó con paciencia llegar á las rejas de su celda, ora un juez militar, bien un hombre del pueblo que borraba con un apretón de manos la negra impresión dejada en el alma por el interrogatorio de la denuncia.

¿Qué hubiera sido de mí, si en vez de ser soldado, soy corresponsal; si en vez de ver las cosas dentro del radio de su acción, las veo desde lo alto y en conjunto; si en vez de describir, ataco, y en vez de acusar, me vengo?

Pudo Alarcón escribir su Diario de la guerra de Africa, que es un himno perpetuo, un esfuerzo literario para armonizar las almas del soldado y del patriota, como si sólo siendo soldado se fuera amante de la Patria. Pudo Alarcón alabarlo todo, contar

untuosamente todo; pero en 1909 no se ven las cosas como en 1860; ni se hace la guerra de la misma manera, ni se valora la vida de un hombre del mismo modo. Un proverbio francés dice que entre la copa y los labios hay lugar para una gran desgracia; hoy es preciso investigar entre la copa y los labios, y no dejarse llevar como Alarcón y sus imitadores y plagiarios de ese falso valor que Napoleón ensalzara con el nombre de «el de las dos de la mañana».

Porque vi en la guerra todos los males del cerebro español colaborando en una obra inepta, la incultura y la imprevisión acumulando error sobre error, escribí que la buena voluntad nada significa si no va acompañada del éxito inmediato, que nada prueba el triunfo adquirido á costa de un dispendio más valioso que el triunfo mismo. Y porque vi en la guerra que éramos los mismos bárbaros que improvisaban tácticas

excéntricas en los campos carlistas, cubanos y filipinos, escribí mi odio noble contra los que condujeron el espíritu nacional á esa nueva y fatal aventura.

Mejor hubiera sido callar; pero los jóvenes de nuestra generación se han impuesto una labor ingrata: la de perseguir hasta sus escondites más privados la irreflexión que todo lo aventura y la audacia que todo lo reflexiona, labor odiosa porque aleja del esfuerzo personal la esperanza de un inmediato medro; pero tan magnífica y digna que fuera escarnio y vituperio y hasta delito no emprenderla.

Puede el pueblo contar con energías nuevas. Nada ha de prevalecer sobre ellas. Es imposible arruinar una inteligencia cuando ésta ha partido en el estudio de las cosas exteriores de un fuerte, complejo y minucioso análisis interior, y ha sido educada en la indiferencia hacia todo lo que

no sea producto del cálculo: la meditación y el estudio.

Así el valor cívico que representa tales actos tiene su precio, no en el mérito de la abnegación, sino en el pánico que produce á los que faltaron. Nada hay más eficaz contra esas grandes colectividades, tan poderosas que forman como una especie de espíritu de castas, que la risa provocada por sus errores y la sangre vertida que procuran ellas deificar, recogiéndola bajo la bóveda de un rico mausoleo. Pero es necesario que se alcen al finalizar tales etapas, voces justas que promuevan la hilaridad y la revolución contra esos despliegues enormes de fuerzas brutas.

Algo de eso he intentado, y es orgullo mío haber hallado tal piedra de toque á mi alma, cuando ella la buscaba, para apreciar el justo temple de su carácter.

Sobre todas las cosas de este mundo

puse la libertad, y al quitármela, no pudieron herir más hondo mi corazón bohemio. Sólo poseo la libertad como fortuna, y por los placeres que me ha proporcionado, por los estudios que me ha ofrecido, he sabido querer para los demás, para mi idolatrada raza, ese dón de los dioses, tan raro entre los hombres.

Brilla en mi alma el precepto fundamental de la moral moderna: condúcete de tal modo, que tu libertad acabe allí donde la de tu prójimo comienza.

Y cuando el Código militar me privó de ella, mi indignación fué tan grande, que sólo un puro amor á la estirpe pudo aconsejar á mi pluma la serenidad y la constancia. Pongo, dije, bajo el amparo del Código civil estos artículos que el Código militar ha denunciado; y seguí escribiendo con la humildad del escritor desconocido y con la firmeza del fiscal que acusa. Los

que han propalado rebeldías sectarias, y con sus palabras innobles han retardado mi libertad, tuvieron su castigo en la contribución á difundir mis «Notas» de campaña.

Vi lo que he contado, y lo compulsé con mi cultura. Quienes me acusan, saben que en los días más negros de mi bohemia estudiaba sobre el pupitre de la Biblioteca, ahuyentando el hambre del cuerpo con un forzado alimento espiritual. Hay estampados en mi pase militar dos sellos del Santo Refugio; corría á ese Asilo desde la Biblioteca.

Por eso mi energía, que ha sabido escribir desde la celda, sonriendo á la espada, tórnase hoy amor á los que tanto han trabajado por que la espada respete á la pluma. Que no es ofender, fiscalizar; ni insulta quien expone un criterio; ni es malhechor quien recoge un dato entre las balas y le ofrece bellamente.

Mi único amor es mi Patria, y no se ama adulando. Ha fracasado ya el recurso criminal de encubrir las miserias ó los defectos, y la cultura universal exige á la juventud profundidad imparcial en el análisis y bondad perfecta en su demostración. ¿A quién han podido ofender mis «Notas»? La verdad no ofende, y si molesta ó se duda de ella, otros medios existen de indicarlo que, realmente, no se han indicado ni propuesto. La Cárcel no deshonra la inteligencia; pero la entenebrece. No debe volver, quien piense y escriba, á las celdas, é insistir en ello, es suicidarse.

Por un esfuerzo de voluntad he reconstituído, en parte, las «Notas» robadas en el campamento de Gabrerizas. Debo á los que me encarcelaron un tributo de gracias, porque la soledad aviva el recuerdo.

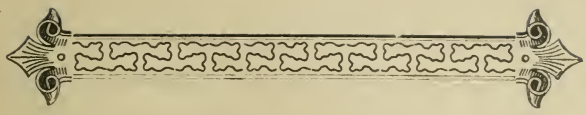
Quiero que hoy, al salir este libro, cuantos han leído mis «Notas»; cuantos contri-

buyeron á su edición; cuantos han ensalzado mis merecimientos con especiales laudos; cuantos recabaron mi libertad personalmente, en cartas ó artículos, sepan que Noel les está profundamente agradecido y les devuelve sus alabanzas, porque á ellos, no á mí, debe mi Patria conocer unas notas de campaña que, quizás, le sean de alguna utilidad.

Sólo deploro que el producto de la subscripción no alcanzara para reunir en un volumen único los numerosos artículos que componen las «Notas». Si el éxito acompañara al presente libro, coleccionaría lo más pronto posible en otro los restantes.

Libros como éste pueden ser necesarios, hasta que los mismos militares sean capaces de quitar su significado á la profunda y sombría frase de Víctor Hugo: «Deshonremos la guerra!»

Eugenio Noel.



I

CÓMO VIVEN UN DUQUE Y UN MARQUÉS EN CAMPAÑA

Al desembarcar en la Restinga, una fotografía de *L'Illustracion* me tenía más preocupado que la misma campaña. No quería creerlo. ¡Un gran duque español, nieto del héroe más español de todos, y un marqués histórico, envuelto en las andanzas carlistas, vestidos de soldados, comiendo en una misma calderetа el rancho entre el asombro de oficiales y subordinados!...

Y luego de ser agregado á la más aristocrática compañía del regimiento del Rey, me hice presentar á tan excelsos humildes. Largo tiempo quedé absorto contemplando aquellas dos figuras que me hablaban al corazón de viejos hechos de estirpe.

El duque, físicamente, era muy pequeña cosa. Rico, el amigo de Fortuny, le hubiera dibujado en su álbum de la guerra de Africa como el tipo del buen hijo de familia á quien se le heló en el rostro el primer gesto desagradable producido por la vida de cuartel. Pequeñito y delgado; ladeada, por viejo vicio feo, la cabecita; menudo en sus andares; risueño siempre, con la extraña sonrisa del noble acostumbrado á proteger con ella la indecisión ó turbación de los sencillos mortales, me gustaba observar al gran señor con la satisfacción del psicólogo que encuentra para su catálogo un cromo humano. Muy ceremonioso, correspondió él á mi afectuoso saludo, inclinando el torso en una sacudida muy peculiar suya, y que recuerda la de los saltimbanquis de Castilla. Mal efecto le causó hallarse ante un nuevo voluntario, pero disimuló rápidamente su gesto, abriendo los labios en una solícita benevolencia. ¿Dónde había visto yo nobles de tal apostura? ¡Ah, en unos cartones de Sem, el gran caricaturista! Los recordé y reí.

El marqués me tendió su mano con rapidez y vivacidad inglesas. Su tocado de cara, su porte, sus gestos, ingleses eran. Transcendía su trato á colegio inglés. Fríamente contestó á mi felicitación, y excusándose en sus trabajos de cabo, entró en una magnífica

tienda cónica, que, indudablemente, era suya, é inglesa también, como sus gestos.

El sol, que destacaba los sombríos relieves y las vértebras de las sierras de Leddara, envolvia las calles del campamento en una niebla asfixiante de fuego.

Los soldados me miraban en burlesco silencio. No querían ellos mucho á los voluntarios. Se decian:

—¡Otro título; ya hay otro!

En una inmensa extensión blanqueaban como bloques de cal las tiendas cristianas. En las estampas arcaicas así eran los vivacs de los Cruzados. Pero al fijarse en una amplia plaza, mis ojos saludaron el acero gris de los Schneiders, y rectifiqué la imagen. Sin embargo, aquello no era una castramentación moderna, ni siquiera una de aquellas que en las maniobras de la división reforzada habíamos celebrado como europeas.

La curiosidad de los soldados me abordó. Parecieron alegrarse al saber que sería un soldado como ellos, sin más distinción, y me hablaron de la fastuosidad del marqués y del duque.

—Tienen—decian—criados y asistentes. Ya verá usted. Nada les falta. Comen muy bien.

Aquella tarde, cuando el sol iluminaba la mole del

Milón, allá, cerca de Zeluán, el capitán y el jefe de mi sección, otros dos aristócratas, me sentaron á su mesa.

Una hermosa mesa de campaña. Tenían razón los soldados. El agua, abundantísima, de Solares, suplía la repugnante linfa salobre de los pozos de Punta Quiviana. Y los numerosos asistentes servían admirablemente de marmitones. Nada más pintoresco y de mayor atractivo. Así se come en las regias cacerías. Además, ¿qué peligro había en el zoco del Arbáa? Doce mil hombres dormían bajo aquellas tiendas blancas. Se podía cenar tranquilos, teniendo ante los ojos la poesía de un peligro probable y la emoción de una bala que, silbando de improviso, apagara el farol que iluminaba la regia cena.

Un magnífico *sport:* ser soldados. De noche se duerme en una cómoda cama de tijera; si hay sed, se bebe agua; si el agua es sucia, se filtra; pues para eso previamente se compra un hermoso filtro, algo caro, y que sólo un soldado duque ó marqués pueden darse el lujo de poseer.

En la tienda del capitán los cajones embalan una preciosa colección de conservas ricas. Se da frecuentemente el caso en la guerra de no tener carne sangrienta, fresca, y es necio cuando se posee un caudal

de dinero no proveerse prudentemente de todo, hasta de lo superfluo.

Por eso, ¿cómo no llevar consigo las maletitas de la *toilette*, siendo tan indispensable la limpieza en los campos de batalla? No importa que la impedimenta se aumente en unos mulos más; pero no es posible privarse de ciertas comodidades. Así sobrellevada, la guerra resulta una aventura soberbia de cetrería.

El esbelto marqués ardía en impaciencia de tirar. El duque soñaba en batallas campales, como aquellas de divina memoria que hicieron Grande de España á su antepasado.

Los asistentes del duque y del marqués limpiaban los fusiles de sus amos tan acabadamente, que el capitán, al revistarnos, los ponía como modelos. Así se cuida un arma ante el enemigo.

Y en las marchas, ¿no es un fatuo alarde llevar completo á las espaldas el pesado equipo del soldado? Hace bien la modestia en un grande, y es algo difícil portarse así en la guerra.

Ponía el marqués, cuando me hablaba de la campaña, cálido acento en la frase. Él no había estudiado el problema de Marruecos; pero la guerra produce soberanas emociones de vida; los fotógrafos tienen á gran honra impresionar sendas placas de tales héroes,

y en la Patria hay miles de ojos que leen con avidez el coronado nombre entre los combatientes de un empeñado fuego. El riesgo mismo que se corre no deja de ser interesante, y por su causa, ¡qué soberbios frutos!, un nombre que antes erraba obscuro, de vez en cuando, por la Prensa, aparece ahora en *The Times* ó en *Le Temps* en maravillosos epígrafes. ¡Ahí es nada ser duque y marqués en España, y ofrecerse á la muerte en holocausto á los manes de la gigante Reina que soñó con Africa!

No dejo nunca de admirar esta diminuta figura del duque. Hay en ella, sin duda, cierta cantidad de energía, porque se mueve mucho y tiene un espíritu inquieto. Creo que dirige admirablemente una locomotora, y ello le da un aspecto simpático, porque un Grande de España que se tizna en el ténder de una Compound es una visión del socialismo futuro. ¿No?

Me he fijado en él también cuando disparaba. Ibamos de flanqueo en torno de Tahuima, y creo que hacía blanco á 2.000 metros. Al menos, él asegura que ha visto caer un gallardo moro y con sus prismáticos otea el horizonte. Sin embargo, debe ser muy débil su dominio del fusil. Y es lástima, porque la ocasión no puede ser más propicia; se hablaría mucho de ello en la corte. ¿Y de qué servirían las hazañas obscuras? El

rey vela, y dará sus mercedes según los méritos. Es, pues, necesario que si el gentil marqués ha matado un moro en las chumberas de Nador, se sepa en Londres. Por eso le agradezco al amable marqués la traducción del parágrafo que relata esta magnífica aventura española en la corte de Londres.

¿Y qué mayor homenaje que el respeto de los soldados? El soldado en campaña es muy libre; pero ante el duque y el marquesito, sonríe halagado, y no importa que al amparo del sol, en sus tiendas, coman *foie-gras* sobre pequeñitas y sabrosas galletas de Holanda, cuando, al abrir las latas de carne de Chicago, los rancheros meten, escamados, las narices en ellas. Y tiene razón el marqués, y yo también, cuando nos hacemos la observación sagaz de que los soldados no han leído la novela de Uptton Sinclair.

¿Y hay mayor encanto que formar las secciones en Zeluán y repartir á los soldados una caja de cigarros puros, recibiendo el agradecimiento que produce la noble liberalidad? Y como voluntario que soy, he aprendido que la vida no debe arriesgarse cuando llueve tropicalmente, porque no se lucha con los elementos, sino con los moros. Por eso fué una acertada medida no hacer avanzadas en aquellos luctuosos días de Nador, cuando el campamento semejaba un paisaje

del Egipto en las periódicas inundaciones del Nilo, y el viento y la humedad producían artritis espantosas y reumas articulares.

Mas el rey vela por quien bien le sirve, y sabrá en tiempo oportuno recompensar el heroísmo, no ciertamente escaso, de soportar tales fatigas, haciendo chistes é ironías inglesas con ocasión de tantos males. Es marcialísimo comer bien, y dormir y reir sobre aquellas Tetas de Nador, cuando los elementos se desencadenaban y los soldados pedían lastimosamente relevo.

Un marqués y un duque deben vivir en campaña como tales, y en ello estriba la dificultad. Pero ha sido salvada victoriosamente. Nada ha faltado en la campaña, y de ello están orgullosos. Ni en las marchas. La previsión de llevar mulos con agua en bidones es digna de todo encomio, y á ello debieron no sufrir los tormentos de la sed que secaba las fauces de los soldados. Y yo mismo debo á su magnanimidad unos vasos de aquella linfa refrigeradora, sin la cual hoy no podría aqui testimoniar de esto.

¡Qué hermosa tienda la del duque! Es verde, como una casita de *sport* en los céspedes de la isla de Wright, en la gran *season*. Los soldados que duermen, 40 ó 50, en una sola tienda, admiran lo confor-

table y el gusto que representa poseer una tan bella casita de campaña. La del marqués tampoco es mala. Se desmonta, es fuerte, tiene una flexible y preciosa armazón de aluminio: un verdadero encanto.

Yo mismo he considerado lo agradable que debe ser tener cerca de sí, á todas horas, en campaña, un ayuda de cámara, como el marqués, ó una casita amorosa en Melilla, como el duque.

Y ¿por qué no estas prudentes medidas cuando el dinero, la posición y la admiración de todos lo permiten y lo alaban?

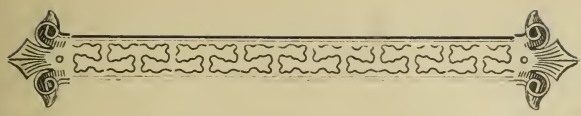
Trabajo me ha costado convencer de ello á los soldados, pero lo he logrado.

Y podrán decir, muy alta la frente valerosa, que ellos no se rindieron ante los azares de la horrible vida de campaña. ¿Cómo rendirse? «Ideal Rif» titularon un comedor que formaron con ramajes y hierros en Nador, y cierto es que pocas veces habrán saboreado mejor que allí la sopa maravillosa de tortuga.

Por eso yo he alabado muchísimo y he sentido una gran satisfacción íntima cuando he sabido las mercedes reales concedidas á tales próceres. No esperaba yo menos de la magnificencia de la Corona. La cruz roja del Mérito Militar, prendida gallardamente sobre el corazón es poco; ¡justo premio la Llave que abre las

puertas de Palacio á quien ha peleado como bueno por el rey y por ella!

¡Qué grato recordar los días pasados en los campos de batalla! «Hermoso veraneo»—dijo con su causticidad acostumbrada el marqués á uno que ensalzaba sus méritos. He aquí cómo la modestia ha encubierto el acto de ofrecer la vida á la Patria. Y ciertamente hay en esa frase algo de histórico y encantador, que yo me complazco en recordar. ¡Hermoso veraneo! Justo. Un admirable episodio de la vida de cetrería; ¡bah!, poca cosa...



II

El convoy del 30 de septiembre.

El Estado Mayor desconocía el campo de batalla, y ésta ha sido una improvisación, una retirada y un fracaso. El cañoneo no ha cesado desde por la mañana y son demasiadas granadas para testimoniar un triunfo. El poniente arrastra con ciclones de arena roja aullidos y ruidos siniestros que ponen pavor en el ánimo de los soldados. Subo á la Alcazaba. El cercano anfiteatro de colinas es un horno. Frecuentemente, las rompedoras Aranaz estallan muy lejos y veo su tromba blanca en las lomas altas como una sulfatara.

Me preguntan los soldados: —¿Qué pasa?—Los campamentos están sobre las armas, y los soldados, en lúgubre silencio, evitan como pueden el turbión de pol-

vo que el huracán trae de la inmensa llanura roja de Tazza. Son ya las cuatro de la tarde, y cuando horrorizado abandoné el campo de batalla, se iniciaba la retirada. ¿Cómo no llegan? He visto morir á Ripoll cerca de una casita mora, sin que los cazadores de Figueras recobraran el cadáver, que yace inmóvil á unos pasos en la agria pendiente. La visión del pobre capitán abandonado me desespera. Al descender, dando vista á Zeluán, unos soldados, sin armas, beben agua cerca de las fuentes del río amargo. Les increpo y me arrojan piedras. Un pobre herido me pide auxilio y con él vuelvo al patio de la Alcazaba, que es ya un hospital de sangre. Silencio de muerte. Los sanitarios levantan las tiendas para abrigar del relente nocturno los heridos, que son muchos, muchísimos. Nadie se explica la razón de tantas bajas, y es ello lo que inmuta. ¿A qué sacrificar tan estérilmente estos soldados? El desconocimiento del terreno ha sido la causa de todo.

Los cirujanos rompen, desgarran las telas empapadas de sangre y curan entre alaridos. El apósito es rápido, ineficaz. Los médicos mismos miran en torno con angustia. Nadie esperaba la hecatombe. Alineados junto á los bárbaros muros están los moribundos. Algunos se retuercen convulsamente sin despegar los la-

bios, con el rostro al cielo en gesto horroroso. Otros, encogidos como rollos, sujetan en tremenda actitud las ingles ó las tripas. Mi alma desconocía estas supremas expresiones del humano dolor y sufría mucho y se indignaba. Sólo un batallón había traído 82 heridos y muertos. Éstos se apilaban en un ángulo adonde ya no llegaba el reflejo del crepúsculo. El macabro montón amenazaba rebasar el muro, y cada vez y más imperiosamente se pedían las camillas para los heridos graves.

A veces una bocanada de aire cálido traía un olor nauseabundo.

Algunos heridos se curaban solos boquetes atroces en los pies. A los míos colocaron un torso de soldado que tenía un gran balazo. Muchos más, de bruces sobre la lona de las camillas, mostraban los lamparones mortales. Como me ahogaba, quise salir y me lo impidieron.

Cerca de una puerta, de aquélla donde el Rogui tenía aherrojados los dos lobeznos, había envuelto, en la bandera patria, un bulto. El charol de las botas me hizo levantar el sudario: Díez Vicario. Cubrí el duro rostro del héroe y me refugié en el derruído harén del bandido á quien debíamos la guerra.

Llegaba el Cuartel general. Marina, pálido, frío,

tranquilo, observó con cuidado la escena que las sombras entenebrecían.

Me mareaba y me senté, pero de nuevo colocaron cerca más heridos. Había contado unos de 300, y el tributo me parecía ya siniestro. Con soberano arte y nobleza un médico, sangrientos los brazos, atendía á un oficial que ayesaba lúgubremente. De las cajas de los botiquines sacaban algodones blanquísimos, que luego encontraba por todos los lados, sangrientos. Dentro de las tiendas de campaña, la visión del dolor sublevaba el corazón. Un soldado tenía cubierto el rostro con un inmenso costrón de sangre y arcilla; otro preguntaba al sanitario si le amputarían la pierna, de la que extraían numerosas esquirlas. Pero lo que más acongojaba mi alma era aquellos numerosos heridos á los que era imposible atender y que se desangraban, se morían ó se retorcían desesperadamente, abandonados.

Cuando cerró la noche, salí fuera de la Alcazaba. Espectáculo grandioso. Dieciséis mil hombres encendían las hogueras de sus ranchos, y las luminarias tachonaban una vastísima extensión. La luna, roja, oval, desmesurada, se alzaba por las sierras de Quebdana, del Muluya. Y á ratos un tiro de mauser des-

garraba el profundo silencio. Hacia las minas los chacales aullaban. El río mugía como un torrente.

El trabajo de los sanitarios se hizo sobrehumano.

No bastaban, ni ellos, ni los medios de que disponían. Todo era pobre, mediocre, malo é insuficiente. ¡Triste noche!

A las tres de la mañana, y antes de que los soldados pudieran darse cuenta, se organizó el convoy. Una compañía nuestra tuvo la mala suerte de formar parte de aquella procesión, á nada parecida. Los mismos soldados que pelearon la víspera fueron destinados á conducir la macabra impedimenta. Cansados por la fatiga, tomaron en sus manos los palos de las camillas, de las cuales ninguna tenía toldo ni ruedas. Armáronse las de los regimientos, y con ellas y esos carros—no coches—que se llaman impropiamente de Sanidad Militar y que son el más incómodo vehículo para trasladarse sano á cualquier parte, se ideó el más conveniente medio de traslación á la segunda caseta. Pena y rabia daban aquellos carros macizos, de llantas de hierro, sin muelles de suspensión, sin el magnífico menaje interior de los vehículos alemanes de la misma especie.

No se hizo tardar la confirmación de mis temores. Los heridos rugían al ser colocados en aquellos nichos

y se abrían sus llagas. Los sanitarios maldecían del material, y yo me preguntaba con asombro si no estábamos en el siglo de los más grandiosos adelantos en cuestión de conducciones militares. Recientemente, las revistas todas del mundo habían publicado fotografías y diseños de magníficos medios de transportes de campaña. La soberbia Exposición de ellos en Buenos Aires nada había enseñado. Y en el cortejo experimentaba todo el horror de pertenecer á un Ejército que sólo cree y confía en el valor personal, la resistencia física y en la sangre loca de la raza.

La extraña procesión tomó la ruta de Nador cuando la aurora trazaba en los límites de Mar Chica el rayo blanquecino que precede en África al reflejo zodiacal de la mañana. Nunca he deseado más el sol.

Ante nosotros la vasta llanura de Zeluán, y á nuestro flanco las maldecidas montañas que atesoran el hierro codiciado. Desde el macizo de las minas francesas los moros hostilizaban nuestro paso, que necesariamente había de ser lento. Atrás dejábamos un rastro de ayes y á veces de sangre. Era preciso mucho cuidado; pero el cansancio de los Cazadores se traslucía poco á poco en paradas peligrosas. Cuando un herido moría, como si el convoy fuera un todo armónico, se estremecía. Otro, otro más, acaba de morir

otro. Y fué pronto cuando mi horror á los mulos tuvo motivos de maldición. Uno de ellos, asustado, arrojó á los dos heridos que llevaba, produciendo una escena horrorosa. Los pobres soldados, abiertas las heridas, se debatían en convulsiones en aquella arena rojiza, polvorienta. Un grito largo conmovió la marcha. Los otros mulos, por la más mínima causa, se espantaban y producían la anterior escena con nuevas y atroces alarmas. Y un oficial, un jefe de corazón me decía: —No anote usted esto; por misericordia, nunca diga usted que vió esto.—Pero yo había de decirlo. Mi corazón había de vengarse diciendo lo que vió. ¿Por qué no?

Al otro día se quemaron las cartas de los soldados y se entorpeció la acción de los corresponsales; pero había de llegar el día en que yo, que amo mucho á mi estirpe, dijera cómo se dilapida la sangre de raza. Regueros de ella dejábamos en el curso de nuestro fatal viaje. Y ¿para qué? ¿Por qué?

El cerro, cónico como un pezón, de Tahuima, nos hizo desviar hacia la derecha, hacia la aurora que era ya lumbre y promesa de un día ardiente.

Los doloridos ayes de los soldados me trastornaban. Habíanse quedado algunos en la Alcazaba, pero llevábamos más de 200 y muchos muertos. La sen-

timental tristeza que su vista ofrecía nada significaba al lado del horror de esta pregunta que los soldados se hacían los unos á los otros: —¿A qué esto?—Excesivo había sido tal tributo á la muerte contando con tan grandes medios de combate y la superioridad infinita sobre los moros, del número, de las armas y de ese cerebro enorme que se llama Estado Mayor.

Cuando las fanfarrias y las luminarias habían saludado desde la Península la bandera que Axó y Rivera izaron en el Kol'la y Basbel, los picos del agorero Gurugú, y se hablaba del fin de la campaña, aquel horrible reconocimiento, aquella tentativa contra las minas arrojaba una bocanada de sangre sobre las fiestas, como las que junto á mí un pobre herido vertía sobre la lona de su camilla.

Y la elevada cumbre del Milón se me antojaba una lengua burlona que reía aquella audaz batida á sus faldas y estribaciones.

—¿Cuántos han muerto, mi capitán?

—Llevamos dos, ocho, no sé.

Recordaba las procesiones lúgubres que en la Edad Media seguían á los ejércitos después de las grandes batallas, que entonces eran tremendas matanzas. Llevábamos descubiertos como entonces los heridos, y transportábamos los muertos por procedimien-

tos idénticos, y caminábamos de la misma manera, al amparo de las sombras, como en una huída, una hégira de vergüenza y miedo.

Faltaban sólo las antorchas de resina y los amuletos llevados como lábaros y las mesnadas de viejas curanderas y las manadas de perros hambrientos y las cohortes de miserables que cargaban los despojos en cestos de mimbres rojos y las bandadas de las aves necróforas y las brigadas de enterradores con sus hopalandas amarillas y sus rostros enyesados.

Pasamos las chumberas de Nador, los viejos verjeles marroquíes devastados por nuestros cañones y los vivaqueos de nuestros regimientos. Y pasamos de prisa, cuando los acordes de diana despertaban á los otros soldados y herían lastimosamente las llagas de nuestros conducidos.

Cerro arriba, Sidi Amech el Had, el Atalayón, la lengua de Mar Chica, y en las faldas de Sidi Musa la segunda caseta, fin de nuestra jornada.

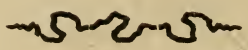
Los soldados de la célebre brigada recibían asustados aquella procesión. No se la explicaban, como yo en la Alcazaba y como los soldados de la conducción, se decían:

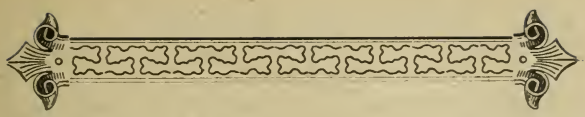
—¿A qué esto?

Preciso es que en la guerra haya desastres y

muertos, pero hay que justificarlos, hay que decir á la Patria las razones de la savia perdida, de la sangría verificada.

Lord Roberst, en un telegrama celebérrimo, notificaba á Inglaterra la pérdida de dos regimientos, y terminaba así: «Yo he tenido la culpa.»





III

Las momias del barranco del Lobo.

He aquí un artículo difícil de escribir. Valor se necesita para decir verdades; pero, ¡qué suma de energía no exige el decirlas bien, con bondad de corazón, sin el prurito del escándalo!... Todo «J'acusse» será recibido por una tempestad de iras ó rabias sordas, porque con él se destroza la débil filatura de estados de cosas creados al amparo del descuido, la ignorancia ó la ilegalidad. Así, cuando el escritor ha dejado su Patria y ha presentado la noble cabeza y el corazón á la bala enemiga por estudiar de cerca, no en maniobras, en la guerra viva, palpitante, cruenta, las energías de raza que se han atesorado desde el odioso 98, no se reconoce el interés ó el mérito de esa acción, y

como estamos podridos hasta la medula, no somos capaces de creer que uno de esos jóvenes artistas tenga en su alma limo de raza.

Ha habido quien, con ocasión de estas «Notas», ha recordado mis melenas. ¡Como si bajo de ellas no latiera un cerebro cuyo único defecto ha sido no entregarse enteramente á los placeres solitarios del arte puro, y darse, en cambio, desde muy joven al estudio de la desgraciada raza que tanto adora!...

No extrañéis que los artistas se callen y que los poetas no canten el resurgimiento ó las epifanías del espíritu moderno. Les amarga y asquea el silencio, la indiferencia ó la agresividad...

En cuanto á mí, tengo como ley de corazón aquellos tres primeros versos del poema de Quevedo, que un día amargo hicieron estremecer á Felipe IV al desdoblar su servilleta.

De más estaba hablar así; pero si no se habla...

No quiero citar fechas. ¿A qué? Describir, tampoco. Coged un mapa y unas fotografías del monte odiado. Además, procurad recordar cuanto la Prensa habló de los famosos combates del 23 y del 27 de julio. Hoy,

que ya están lejos aquellos días que el rey Alfonso llama malos, la ironía y la amargura los juzga con serenidad.

No fueron malos, fueron horribles. Y, sobre todo, no debieron provocarse.

Es muy español y muy marroquí no recordar, creer inútil la enseñanza que se desprende del hecho. El buen Don Alonso Quijada nos hizo mucho daño cuando nos impuso aquel adagio «Mejor es no meneallo». La revisión no se conoce en España, porque la responsabilidad, que es el triunfo de la moral moderna, no se acepta, en la trasnochada y religiosa educación nuestra, con todas sus enérgicas consecuencias.

Marina, el viejo general, amable como Spínola, creyó de buena fe militar que estábamos en el siglo del maravilloso estratega, y que el espíritu de los pueblos se deprime con la relación exacta del número de bajas. Han pasado los siglos, y las conciencias son absolutamente libres y están en posesión absoluta de los Derechos Humanos. Y uno de estos derechos es el saber la verdad. Porque la guerra se hace con dinero y hierro y sangre de la raza. Y la mejor manera de no exponerse á las iras que despierta un horrendo y estéril derramamiento de sangre, es tener el talento ó el genio de impedir la formidable sangría.

Se negó primero el número exacto de bajas, que luego ha espantado en toda su trágica verdad.

* * *

Artal es un oficial del Disciplinario, á quien se ha abierto juicio contradictorio para la cruz laureada. En el balcón del dignísimo juez militar de Melilla, señor Calvet, estábamos los tres cierta tarde.

La grieta del barranco del Lobo, merced al sol, nos mostraba sus relieves geológicos, sus céspedes de llanura inglesa, sus calvas peñas hialinas, y hundiéndose en rápida parábola las moles del Kol'la y de Basbel. Humeaba la cima redonda como un duomo del «Lugar de la Paz», última posición tomada. En Ait-Aixa los reflejos de la luz tendían una cortina de niebla finísima. Suavemente, desde los Lavaderos, las colinas ondulan con esas líneas características de Oriente, que han creado las medias cúpulas de las mezquitas. Estalla á veces un barreno, ó el pito de la locomotora silba su triunfo. Arden la sangre, el aire y la luz.

Y Artal relata que así era la tarde triste. Marina, á caballo, cerca de los templetes del Lavadero de minerales, presenció la desbandada general de los Cazadores y de los regimientos de Africa y Melilla. Imposi-

ble detenerlos. Artal, abandonado por su sección y perseguido, debió su vida á la codicia de los moros, que se detuvieron en un altozano á repartirse las municiones. Arrastraban enorme número de cajas, y vió á uno de ellos cargado, abrumado con una brazada de fusiles. Refugióse cerca de una pieza de artillería que estaba abandonada, y más tarde en la pieza misma. Entonces ocurrió algo que toca los linderos de la tragedia. Un capitán de Artillería, el de la pieza, á galope, caracoleó en torno del cañón. Artal, que tenía una contusión grave en la pierna y veía acercarse á los rifeños, se agarró á la cola del caballo; pero el capitán picó espuelas, y, brutalmente, le abandonó á sí mismo. Más tarde, cuando las sombras de la noche tendieron su velo sobre la vergüenza del día sangriento, Artal vió en el Hipódromo al capitán, orondo y orgulloso, con su pieza recobrada, no por un hecho semejante al que valió la laureada en el 93 á Rivera, sino por el propio peso del cañón. ¡Cómo se iban á llevar, peñascos arriba, 400 kilos de peso!...

Y al describirme cómo caían los heridos en la luctuosa jornada, recordaba yo que entre los oficiales corrían versiones sobre el origen de aquella batalla, que tenían trazas de ser muy verídicas. Como siempre, la orografía del monte se desconocía. Cuando nosotros

subimos al lugar de la paz en los primeros días de diciembre, hallábamos los vestigios de aquel tremendo error.

¡Asaltar á cuerpo limpio y con el enorme y absurdo peso del equipo trincheras naturales, inexpugnables por su altura, su aislamiento y admirablemente desenfiladas de los fuegos de Camellos y del mar! ¡Y aquellos peñascos y casamatas de piedra geogénica, de aluvión, tras de los cuales el fuego á cubierto tenía una colosal eficacia!

Así me explicaba cómo aquellas lluvias de proyectiles del fuerte de Camellos, nada, absolutamente nada, hicieron fuera de contener en aquellas posiciones á la jarca y de bombardear á mansalva la impedimenta de Arapiles, enchufado como una cuña en el barranco. Hallábamos á nuestro paso sembrados los lugares de atroces pedazos del hierro de las bombas de los cañones de 15 centímetros y de los barcos, pero los encontrábamos en sitios donde no podían hacer daño. Los moros se reían de aquellas «fantasías» de fuego diario. El relámpago de la expulsión les ponía á cubierto de la bala. Y nada podía la velocidad de ésta y el cálculo justo del tiro—sumamente difícil, por no decir imposible—, contra esa agilidad de tigre que da á las carnes del moro los músculos de la gacela, los

anillos del reptil y los nervios del gato montés. Por ello la jarca siempre era la misma. Sus bajas eran pocas. —Cañón, matar chumbos—decían irónicamente y con sublime gracejo español. Así combatíamos en Ronda á los franceses, y así vencimos.

Pintos erró, y con él Marina. Fué aquella batalla la victoria que alentó la sublevación de las kabilas, y fueron los fusiles y los cargadores abandonados los que dieron á la insurrección indígena recursos.

Los soldados, al huir, se despojaban de las cartucheras y las cornetillas. Los que podían; que no le fué posible á aquel soldadito á quien por los tirantes le cogieron en su fuga.

Melilla acudió al lugar del combate entera. Y era horrible aquella procesión de camillas y coches de punto y paisanos cargados de heridos. No acababa nunca, y nadie se explicaba la matanza. A todos los soldados que querían oirla les ha sido contada la verdad de aquel día. Y los actores me han dicho la verdad también.

—Veníamos rendidos de los buques. Después del viaje nos fué imposible desembarcar; el Levante nos llevó á Chafarinas, de nuevo volvimos á Melilla, y el episodio del desembarco—el naufragio del lanchón—nos conmovió. ¿Cómo hubiéramos dado muestras de

valor supremo, si estábamos todos mareados, locos de dolor y éramos muchos reservistas—¡ah, esta atroz medida!—y nadie nos había puesto al corriente de tal guerra?

El telegrama oficial mintió. Es inútil quitar importancia á lo que la tiene, porque cuando se sabe el desastre, la indignación es mayor, más duras las diatribas y el efecto moral más intenso y desgarrados. Mintió á sabiendas, porque si mintió sin conciencia de su parte, acusa una desorganización y una indisciplina desmesuradas. Después de un combate, se pasa revista. A la hora, las bajas se saben con absoluta certeza. Fueron muchas.

Yo leí: «Bandadas de grajos salen del barranco.» Las bajas causadas á los moros deben ser formidables. Eran nuestros soldados los abandonados, los arrastrados por los moros al barranco desde las lomas de la batalla. Era la carne de la raza la que se llevaban en los corvos picos los buitres morunos. Y era en los cuerpos de nuestros soldados donde los moros hacían sus bárbaros despojos y verificaban sus ancestrales ritos de guerra. Las ingles en los labios, los muñones descubiertos, las extremidades en dispersión lúgubre, los cuerpos secos, amojamados, negruzcos unos, otros broncíneos, las cervices heridas por indoctos golpes de

gumía dentada, por tajos hechos con aceros mellados, pinchazos con bayonetas argelinas, espantosas orgías de tormentos soñados por assauas en el interior de las montañas y en los mibrats de los morabitos.

Aquellas luminarias que celebraron la subida al Gurugú, de Axó y Rivera, eran las antorchas que encendían desde la Península á las momias del barranco. Caro había costado el abrupto peñasco. Los soldados se mareaban al recoger los muertos. Hedor intolerable emanaba de aquellos restos descompuestos, de aquellos hermosos fragmentos, que comenzaban á mineralizarse. La saponificación había consumido las visceras y la carroña mostraba el coxis y las vértebras sobre la arena roja, como el esqueleto de un camello, y el cadáver abría espantosamente la cavidad del sacro y del iliaco como una bocaza.

Un ataúd, otro, otro, sobre las piedras. La visión asolaba. Los furgones, repletos, volaban al Polígono, á una fosa común que hay allí, tan grande, que es todo un patio del Cementerio.

Figuráos yo, que soy poeta, lo que podría deciros de estas escenas. Pero no quiero. Un grito de dolor descubre á Laportilla. Es una trágica locura el sentimiento que azora los nervios de los sanitarios. La busca tiene el horror de la hecatombe. Uno, aquí. Allí

hay 20, 24, en promiscuación tenebrosa de gestos y restos. La boñiga seca de unos caballos tapó piadosamente la cara de un sargento; sus galones, ensangrentados, se han hurtado á la sórdida y completa pesquisa de los triunfadores. Mal botín de guerra. La soledad de los lugares, la inquietud, la afrenta, el salvaje horizonte, las montañas del barranco separadas en un bostezo de la tierra, en un esfuerzo titán, y abiertas en cuña, y tendidas, como la decoración de la gruta de Fachner en Leipzig, daban tortura al espíritu y desencajaban unas de otras, todas las ideas hechas de amor, Patria, valor y civismo.

Y de boca en boca volaba la misma interrogación. Y era más el daño que producía, que el dolor de recoger aquellos miembros rotos, triturados ó petrificados.

Porque no, no son las visiones espantosas de la guerra las que indignan, son las causas de aquellos terrores las que sublevan. El negro del Níger se come á su enemigo. Y quizá tenga razón. Pero el general moderno debe saber que cada vida es un prodigio de la civilización, un dato de la época, un brazo ó una boca de la raza. La memoria de Napoleón se aniquilará por su hedionda frase «carne de cañón». El soldado es un hombre. Por eso, el cerebro de un general debe ser grande, como un templo indio, y profundo, como un

remanso de los trópicos. Mucho más cuando se posee un tesoro de armas de guerra que, manejadas bien, dan infaliblemente la victoria sin sangre.

¡Aquel soldadito de Tolstoi que muere poco á poco, sobre la nieve, junto al almendro!...

¿Qué diría el Estado Mayor de aquella macabra marcha de ataúdes? Su asombro sería grande. ¡Cómo, 200 y 70 más!... Y estoy seguro que un escalofrío de angustia recorrería su cuerpo al mandar el parte fatal al ministerio de la Guerra.

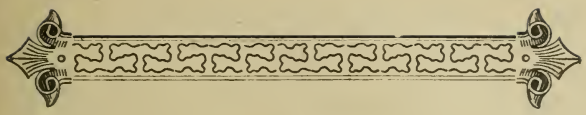
La subida al Gurugú fué una tristísima desesperación. Allí no se hubiera subido nunca si la jarca no se retira por sí misma al sentir, al presentirse rodeada por la parte del río del Caballo, única bocana del puerto horrendo, donde los cuerpos de nuestros soldados cebaron el vientre de las aves del cielo.

Por eso fué loco celebrar aquel día. Nuestra bandera no debió flotar en la bella cima. Debió izarse un velo negro muy grande, y en vez del grito de los coribantes, que festejaban el cansancio atroz de la subida por aquella ruta de jabalíes, entonar un responso. Los fusiles debieron tornarse cirios.

Se concibe un desastre, en un campo de batalla, entre civilizados. Contra los bereberes, no. Y, en silencio, á lo cobarde, por no perder el nicho en la escala

de reserva, los oficiales lo saben y lo dicen. Porque yo lo he oído cien veces, y amo la verdad, y no diría, como escribí ayer, que la disciplina desbordaba la paciencia. ¿Qué oficial ha visitado el Museo de la Paz y de la Guerra, de Juan Snoch, en Ginebra? Tal vez, lo dudo, D. Carlos solo. Pues allí hay una Biblioteca prodigiosa, que, en su sección moderna, posee los libros más ricos de cosas de guerra. Entre ellos existen muchos muy famosos, y que no son sólo el *¡Abajo las Armas!*, de la célebre Baronesa, que aconsejan á los pueblos la inutilidad del presupuesto de guerra y hablan de desarmes. Es preciso que el Ejército, si ha de conservar las energías de la raza y los nervios del genio de estirpe, si lee, lea bien, y si no lee, lea. Porque le va la vida en ello. Y se expone á que en las galerías de horrores de la guerra, del famoso y divino Museo, cuelgue algún día la Humanidad el cuadro de los buitres saliendo repletos del barranco del Lobo.

Porque el causante del desastre no tiene nombre. Se llama Ignorancia. Y un ejército está perdido cuando lleva la bandera, ó la faja azul, un oficial que sólo ha leído los libros de táctica del gran estratega ruso. Tal vez por no leer el *Maham* se perdieron el 98 las Escuadras.



IV

Los Cementerios de la segunda caseta.

Después de las humillantes derrotas del Gurugú y de la noche famosa del Sidi Musa, en la que los moros llamaban por sus nombres y retaban á los jefes; después de los emocionantes episodios de Sidi Alí y Sidi Hamed-el-Had, donde la sagacidad admirable de un oficial sufrió el despecho de su superior, despecho que costó la vida á las dos terceras partes de la sección aislada en unas avanzadas; después de que Marina —á quien una bala había roto el vaso de ginebra con que se ha dado en la campaña fuerza moral á los soldados—firmó el telegrama pidiendo divisiones y material de guerra, excepto el globo, que, sin duda, se le olvidó, y era lo principal, como luego demostraron la

derrota del 30 de septiembre y el reconocimiento del 17 de octubre, los moros de la jarca tendieron en las estribaciones del monte una cuerda de vigías para cazar á los soldados de las posiciones de la costa y robar convoyes.

Y hoy me fijaré tan sólo en la segunda caseta, campamento trágico, primitivo y hediondo, donde yace el argumento de un amplio poema fúnebre, y no digo de un melodrama de la Puerta de Toledo, porque aquí las víctimas murieron de veras.

Castigo militar, ó lo que fuera, la brigada de Cataluña, durante cinco meses, ha estado inmovilizada, guarneciendo los blockhaus desde el Hipódromo al Atalayón.

Cuando hace muy poco tiempo relevamos estos destacamentos, una sacudida emocionante conmovió el regimiento del Rey. Los soldados catalanes—un error formar batallones con las levas de una sola provincia—nos recibieron con frialdad, en silencio, huraños. Recuerdo aquella escena, que es una de las más trágicas de la guerra, aunque la sangre sólo estaba en las caras de los soldados del Rey.

Quizás sea la escena más culminante de la campaña, porque ella refleja cuantos vicios corroen y broman las instituciones militares por dentro.

Y no puedo apelar á los corresponsales que en aquella ocasión, como en tantas otras, estaban ausentes, muy preocupados con ciertas muchachitas fáciles del Polígono, sin que ello sea óbice para desmentir en sueltos de primera plana y con letra del nueve lo que se vió con propios ojos, se oyó con propios oídos y se estudió con una inteligencia é imparcialidad que sólo el amor á la estirpe y á la ciencia son capaces de otorgar á los jóvenes.

Destacada del batallón, formado á la derecha del reducto que el camino de Nador divide en dos sectores, mi compañía presentó armas á los que marchaban felizmente á sus lares paternos. No podía el momento ser más emocionante. Gallardísimo el soldado español, y tal vez el más naturalmente elegante de Europa, daba su porte á la situación aspecto de grandiosa. Muy limpio el soldado del Rey, tostado, bravo, magníficamente instruído en maniobras de parada y revista, presenciaba firme, honrando la salida del destacamento numeroso de Cazadores. Recordaba los grabados de Bláas, las preciosas estampas francesas del 70. En una de ellas así salía, con todos los honores de la guerra, una guarnición.

Pero, ¡ay!, que, desgraciadamente, aquellos soldados no oían las marciales notas del pasodoble, que ante

mis ojos extendía un cartel de Plaza de Toros. Una maja muy alta; un toro soberbio, rasgando los nombres de los lidiadores más famosos, áureos sobre la vitela; un sector romano del circo, polícromo, con su muchedumbre goyesca; un diestro gentilísimo arrojando billetes de Banco sobre unas camillas muy negras, y un paisaje lóbrego, á lo Wirley, de una garganta, la del lobo, de la que, quizás, un tiro ha espantado una odiosa bandada de buitres del Atlas.

Salían del reducto como humillados, como vencidos.

—¿Qué les pasa?—Y salían inciertos, pálidos, recién rasurados, desacordes sus pasos con el ritmo torero de la charanga, con el español y encantador fanfar de las trompetas, que hablaban de aventuras de amor, rápidas y armónicas, muy nuestras. Nada. Nos miraban enfadados y yo leía en aquellos ojos un: «Debísteis hacerlo antes; ahora importa poco.»

Y yo me estremecía, porque se pidió un enorme sacrificio á quienes no han nacido en Castilla y se había retenido, agazapados, en las trincheras de piedra, á soldados que lo eran contra su voluntad, á quienes eran indiferentes el Acta de Algeciras ó los alardes coloniales. Las escenas salvajes de una semana revolucionaria pesaban como una nube roja sobre sus cabezas. Y, horrorizado, recordaba también el embarque

bochornoso, forzoso, y la salida de los primeros trenes militares de Madrid. Y, espantado, creía ver en las lomas de Sidi Musa, agrandada por mi angustia mortal, la cabeza pensadora y veneranda del gran viejo que una noche, en la tibia atmósfera del salón de Actos del Ateneo, explicaba maravillosamente cómo el cerebro de un genio militar había encerrado y rendido en Ulm á Gluck, con 100.000 austriacos, y movido medio millón de verdaderos soldados en el cuadrilátero de Bohemia. Y una bala—cuyo origen es un enigma—abrió en la bella frente comba el bárbaro agujero que da salida al espíritu.

Pero aquellos Cazadores veían más intensamente que yo otros horrores, unos martirios nuevos. «Salían del Infierno»; he ahí la tremenda frase que provocó en uno de ellos una broma dulce de un soldado del Rey. Del Infierno, cierto. Por la puerta aspillerada con balones de tierra entramos á tambor batiente, sumisos y leales, tristes por el negro recibimiento. Ni un grito, ni un viva, ni una exclamación alegre; nada, absolutamente nada, como los franceses en Bailén al pasar por las horcas caudinas dejando en el suelo los fusiles.

El cielo extendía sobre nosotros sus aguas de zafiro; el cono del Atalayón flotaba, como una boya monstruosa, en el estuario de Mar Chica, y las sierras del Gu-

rugú parecían arrojarse por el flanco hacia el campamento.

Era esta una obra de romanos, no por su trazado y consistencia, sino por su forma y sus cubos de piedra asentada. La necesidad de ponerse á cubierto de las balas del enemigo habíales forzado á abrir pasadizos pedreros, ladroneras, bastidores, obra fuerte y dolorosa á campo abierto, ante unos peñascos de color de chilaba, que ocultaban el remington maldito de un asesino amante de su independencia. ¡Cuántos murieron así!

El campamento estaba muy sucio, descuidado. Fuera de la tupida alambrada y los muros de piedra, no poseía el recinto otro aspecto militar moderno que una casamata para dos piezas de artillería enfiladas al barranco de Barraca y dos almacenes de madera. Las tiendas de campaña, de las llamadas cañoneras, parecían proceder de la guerra del 60. Los dibujos de Regnault así las muestran. ¿Por qué no se habían mandado los desmontables alemanes, puesto que la tropa iba á estacionarse allí? Una ratonera, el reducto. Los soldados gateaban cerca de las murallas al partir á cualquier lado. Un músico corriendo dentro de una excavación, recibe en el cuello la bala; un artillero con el cubo de agua en la mano cae al suelo como un gui-

ñapo. Un bulto es un blanco seguro. No se limpia. Los moros espían de noche como de día. Y una bala apaga el farol de la centinela.

Aquellos formidables depósitos de municiones de boca y guerra, ¿dónde estaban? Estos dos almacenes que se levantan aquí han sido los únicos, y aunque son amplios, no son ningún prodigio. Todo es pobre y malo. En un astil hay sobre una cuba un dado de madera. Observo: un mecanismo. Le hago funcionar, y es un filtro descompuesto, imposible. ¿Cómo bebían agua? ¿Cómo? Beber costaba uno ó dos hombres. Los pozos estaban á 60 metros de la alambrada y los acemileros del agua eran héroes japoneses. Pero el agua hace héroes. En Tahuima, cuando la sed famosa, los soldados se escapaban á Nador para beber ó improvisar artes de abrir pozos bajo el fuego seguro del enemigo. ¡Agua!... La flotilla de Mar Chica ha hecho prodigios transportando agua y víveres á Aograz, Nador y la segunda caseta en días difíciles: mas inútilmente, porque todo era poco, escasísimo y llegaba tarde, lo que es no llegar nunca.

Las letrinas de la segunda caseta, aún abiertas cerca de la playa, eran un lugar de muerte. Los soldados volaban á ellas con desesperación. Uno murió defecando, y los soldados se dolían de aquella situación

única é imposible. Y así siempre, todos los días, uno de ellos tres, al otro cinco, siete al otro. Un tributo horrendo, carnal.

Una alarma constante. Un sargento con su guardia destacado á una posición avanzada marcha á su blockhaus y se le sumaria.

¡Malos días aquellos del avance!

La irritación de los moros sorprendía el blanco. Cuando los convoyes cruzaban la calle-carretera; cuando el ferrocarril estratégico llegaba, se compadecía á los mártires de su deber y se les veía anonadados, sumidos en una honda preocupación.

Luego era también la Vía Appia de Melilla y la fosa común. Los muertos de las operaciones en Nador y Zeluán allí recibían sepultura.

Una fosa contiene cerca de 300. Sobre un monticulo de ripia, una cruz tosca de palo invita á acercarse. Unos céspedes cortados en cuadro señalan nueve sepulturas del largo de un hombre. La hierbabuena y el helecho han crecido allí y han tapizado el drama con una capa de frondosa verdura. Unos farolillos muy bien hechos por los soldados descubren entre las briznas de la hierba enana el miniado del latón de las cajas de conservas. ¡Benditas las manos piadosas que hicieron aquello! Descubierta la cabeza, contemplo el

panorama del Cementerio y las montañas vecinas. Humean las kéteras de Mázuza.

Hay allí moros que labran en paz. Son los mismos que han encerrado bajo esas fosas á los soldados. Durante toda la campaña los moros han convivido con nosotros. Nuestro soldado no es malo; es noble y tonto como un toro. Los espías tendían un esterón de un palo y acudían á beber el te moruno, que preparaban riendo...

Bien provechosa les ha sido la campaña. Bien han proveído de tabaco de Bastos á las tropas. Las mismas kabilas que impedían salir de los límites de Melilla á los cristianos, se llamaban amigas. Vituperio y escarnio nuestro esa equívoca conducta; ¡pobre recurso diplomático, que, en una comida íntima, ha caricaturizado el general Liantey!

En los muros de la Alcazaba los soldados, al día siguiente de la cruenta retirada forzosa, enfurecidos con la visión de la tragedia, apedrearon brutalmente á un moro preso, comido por la tiña fangosa, canijo y bestial, le apuñalaron y le arrojaron, muerto, á los fosos de las trincheras.

¿Por qué no se ha dicho esto, que es absolutamente histórico, que lo presencié yo lleno de horror y que motivó una orden del Cuartel general, en la que se

decía se fusilaría al soldado que repitiera la horrenda acción? ¿Se pudo evitar? Tal vez no. Era necesario dar una víctima propiciatoria al soldado que había visto asesinar á dos compañeros porque se habían alejado en las riberas de Zeluán, por unos criminales amigos de España, mercaderes de tabaco de contrabando, y que lucían orgullosos en sus carteras damasquinas el pase firmado por Marina.

Ante estas tumbas de la segunda caseta, muerdo mis labios fieramente. Otro aspecto de esta guerra cruel é inhábil. Mal muertos están. Es simbólico un tan desmesurado Cementerio cerca de un tan hediondo campamento.

Luce el sol con fuerza. Cabrillea y riela el agua de esa ciénaga, de esa charca salina de Mar Chica, que nunca será puerto. El duque de Zaragoza guía la locomotora, cuyo tren lleva muchos enfermos. ¡Cuántos han muerto aquí al llegar en esos coches malditos y rudimentarios de Sanidad! Y eso que el muelle del reducto de Saboya en Nador enviaba á la Restinga diariamente un infinito número de enfermos.

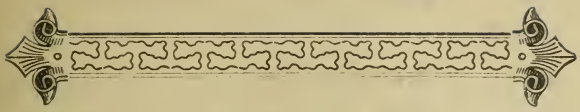
Esta Vía Appia tiene por sarcófago de Lucilla Metella blockhaus que, como la segunda caseta, son un enorme sepulcro. Y esa es la razón por la que, al embarcar en Melilla, tampoco despegaron los labios, y

volvieron á los buques que les habían traído, en medio de un silencio angustioso, tristes, como vencidos.

Ahora comprendía por qué la música no les abría, no les desplegaba ante los ojos chispeantes de alegría, ese cartel de toros. Tal vez vieran la muerte, que les acechaba por todos lados, en la ciudad inmóvil.

Y recordando la frase del soldado catalán «esto es un Infierno», desde el vagón de mineros, en que volvía á Melilla, leía con letras rojas, enormes, en una imaginaria puerta infernal, hacia el boquete del circuíto, los dos tercetos formidables que Dante leyó en la Puerta de su Infierno cristiano:

Per me si va nel'la cittá dolente...
Per me si va nel'eterno dolore...
. . . . . .
Lagsciati omni speranza, voi, qui entrate.



V

La moral militar de los sargentos.

Cuando se lo he contado al meritísimo juez militar de Melilla, Sr. Calvet, se ha levantado de su asiento y, con noble indignación, dice: «¡Malvados, eso es una infamia!» Y quiere incoar proceso. Pero todos sabemos, él primero, que las sumarias son sólo eficaces si se trata de obstruir la verdad, noble y soberanamente dicha. «No—le argumento—; hoy sufriré, pero mañana yo diré á los que quieran oirlo que se ha maltratado á un voluntario de palabra y obra sin razones, sólo por el hecho de que es voluntario é inteligente y les hace el efecto de una ventana abierta; no, Sr. Calvet, no incoe proceso contra ese sargento y ese jefe.» Pero su santa indignación aumenta y son necesarias mis ener-

gías para hacerle desistir. Me habla de procesos que tiene contra jefes, y se desborda en cálida palabra, libre y franca, de un sincero valor de raza. «¡Ah! ¿Y esos corresponsales? ¿Les ha dicho usted el sucedido? ¿Han tomado el asunto en su atroz transcendencia?» Y, tristemente, le contesto que no; que al describirles la escena, que pudo tener efectos negros, se alzaron de hombros. Les importaba poco que fuera el único escritor voluntario; les molestaba, sin duda, que estudiara la constitución del Ejército, sobre todo de aquella división Orozco, la de las célebres maniobras y paseos militares. Y se callaron, é hicieron bien; porque ahora, hablo yo.

Estudiaré muy despacio, otro día, el movimiento de voluntarios, que ha revelado cierta reserva de energías de estirpe, y perdonad, un momento, que hable de mí. Es tan interesante lo que voy á deciros...

Durante toda la campaña, yo notaba dos cosas: que la aristocrática plana mayor de mi compañía me era adversa y que los sargentos me miraban mal. Entonces deploré haber sentado plaza de soldado, y una gran tristeza se apoderó de mí. Adopté la postura de la resignación y el cumplimiento absoluto del deber, y tanto fué así, que ha merecido mi comportamiento al final de la campaña, de esa misma plana mayor, el

dictado de meritísimo. Pero me oculté y me dediqué á observar. Quise vivir como un soldado, y viví. Desde entonces, los sargentos, con quienes comía, me hicieron sufrir toda clase de malos y callados tratos. Ellos tenían para el marqués y el duque benevolencias absolutas, aunque les criticaban á espaldas duramente. En cuanto á mí, no se paraban en barras; bien claro satirizaban mi noble decisión de ser soldado. Los disgustos sordos amenazaban dar un día un gran escándalo. Cambiaba impresiones con los voluntarios y me decían lo mismo.

Entonces vi un gran tema de estudio patriótico, y dando de lado mi sufrimiento, me dediqué á anotar las vejaciones y el estado moral de esa interesantísima clase de sargentos, otro tiempo omnipotente, y que hoy se limita, como las clases venidas á menos, á funciones puramente del servicio. En ellas se toma la revancha; pero el caso es que, á pesar de la ley de ascensos, no representa en la vida nacional más que un retribuído aspecto burocrático. Me interesaba su estado de cultura.

Los soldados me decían: «Usted no procure estar bien con los oficiales; mas con los sargentos es otra cosa. Lo son todo.» En efecto, el oficial luce la representación de la compañía, toma los partes y delega

absolutamente todas sus otras obligaciones en el sargento.

En un Ejército como el nuestro, donde muy pocos soldados tienen cierta base de cultura, los sargentos hacen y deshacen y los dominan. Me explicaban con gran lujo de detalles que sólo el palo, el miedo y el castigo era efectivo en aquella masa. Tal vez tenían razón. Para hacer obedecer tenían necesidad de echar mano de la fuerza bruta. Y aunque el coronel les había reunido y prohibido terminantemente pegar á los soldados, éstos no se movían si el sargento para mandarles un servicio mecánico no les amenazaba un cataclismo y le verificaba á veces. Un gran filósofo ha dicho: «Déjate guiar por tu instinto, él te salvará.» Sin saber esto los sargentos, que felizmente para su integridad moral y personal medro no leen filosofías, se dejaban conducir de la mano por la Ordenanza seca, y siempre que ellos no pudieran burlarla, la imponían. Por eso los soldados, acostumbrados á sus veleidades y acomodaticios mandatos, jugaban con mucha gracia á hurtarles el nombre de la lista. Y no dejaba de ser un paso de sainete el interés que mostraban unos y otros por estar juntos lo menos posible. La guerra, impopular entre los soldados; entre los sargentos, más. Porque cien mil veces les he oído en la tienda maldecir de la

campaña y suspirar por el solar patrio, el café con tostada y la tertulia caliente, donde transcurren las tardes junto á las cartas.

Bien es cierto que esto de las cartas, á semejanza de los oficiales, estaba á la orden del día; es decir, no estaba en la orden, pero era muy hermoso distrarse, pasar el tiempo en tan agradable ocupación, aunque la corneta tocara el largo y simbólico punto de silencio. ¿Hay, por ventura, algo más seductor que jugar á la luz de una vela mientras el agua aplasta la lona con su caída violenta? Lo que no impedía que un sargento, saliendo precipitadamente, sorprendiera en una tienda de soldados una *chirlata* y les cogiera el dinero, como un buen policía, y les mandara toda la horrible noche á las avanzadas.

Y cuando se acampaba en tiendas, una había de ser para ellos, aunque las tres secciones se acomodaran a 55 soldados cada una, cabiendo sólo, según las Ordenanzas y el sentido común, 25.

Y ello á las puertas mismas de Melilla.

Los sargentos son dueños de la menestra de los soldados, de la que toman lo que les hace falta. Y, realmente, esto no es ningún delito, pues su paga es á todas luces insuficiente. Además, es una lástima que no se coma bien teniendo tan cerca los sacos de pan y los

cajones de galleta y los mugrientos pedazos de tocino.

Parece mentira que en los regimientos haya una tan marcada diferenciación de clases y de criterios. Allí, además de las Ordenanzas de Carlos III, que los mismos jefes creen antiguallas, existen muy curiosas y numerosísimas maneras de interpretarlas, adaptadas, adecuadas á las exigencias de cada uno.

Así es que los sargentos tienen, al favor del radio de sombra que desprenden las leyes militares, tanto más grande cuanto más altas son, prerrogativas y privilegios que molestan á los soldados y son creidos injustos por ellos; pero, ¿cómo tomar en serio la protesta de los soldados, gente zaña é inculta?

Abandonadas las secciones á los sargentos, éstos tienen gigantescas responsabilidades, que ellos sortean con una gran inteligencia, digna de mejor causa.

Todos los días, en campaña, se da una orden, y no es bien formar á la sección y leérsela, aunque ello traiga consigo incumplimientos duramente castigados. Tampoco hay quien lea, cuando se manda, el Código penal, y es preciso delegar esta misión, casi sagrada, á los cabos, que le leen riendo, haciendo chistes, y como su cultura es poca y nulas sus ganas de enseñar legislación, resulta agradabilísimo el momento de tal lectura.

Y, como los torbellinos de la lluvia, tiene también sus intermitencias la disciplina. A veces su cumplimiento estricto serviria de base al maravilloso Cuerpo de ejército que en Strasburgo, todos los dias, está dispuesto á marchar de nuevo sobre Nancy.

Pero casi siempre los sargentos delegan en los cabos, con gran indignación de éstos, que juzgan, y con razón, que se arrogan facultades superiores á sus fuerzas. Pasar revista á los correajes y de policia constantemente, es meritorio y alemán; pero, ¿por qué no se pasa revista á aquellas cabezas, donde no hay una idea de pie, ni un pensamiento exacto de lo que es la guerra, la Patria y el problema de Marruecos?

Los sargentos satisfacen esta necesidad europea pegando bofetones á los soldados porque no se ven la cara el cuero de los correajes, porque aquel pelo no se ha cortado á cercén, porque aquellos fusiles no despiden de sus cerrojos haces de fuego de pirotecnia, lo que es imprescindible; pero de nada sirve si el que maneja el fusil no tiene conciencia de la maravilla que la civilización puso en sus manos. ¿Qué sargento, qué oficial, ha reunido su sección y con voz conmovida le ha descripto, no el mecanismo seco, sino la gigante, la grandiosa sabiduría de siglos concretada en aquel espacio de una cuarta, donde se verifica la conflagra-

ción de gases y la expulsión del pedazo de plomo que ha de burlarse de las leyes de gravedad durante una legua?

El soldado no ama su fusil. Le conoce y le limpia. Pero esto es cotidiano, vulgar, ruín. Es necesario que le ame por sus excelencias. Y cuando un nuevo 27, los moros, saltando de loma en loma, pongan en huída á los soldados, éstos se arrodillarán despacio, serenos, apoyarán su fusil en el hombro y tendrán la sublime confianza de que le defiende, no un cerrojo, que es una maravilla, sino siglos de estudio. Ni Maüsser, ni Maxims. Ningún sargento sabe estas cosas. ¿Cómo ha de explicárselas? La autoridad sólo se conserva íntegra y se aumenta demostrando competencia; mas para cubrir el abismo que la incultura y la ignorancia abren entre el soldado y los sargentos y los jefes, se necesita ciencia. No la hay. Los sargentos llenan ese vacío con el palo, el grito, la mala palabra que insulta y escarnece.

Por eso yo le dije al Sr. Calvet, con profunda pena, el acto del sargento, arrastrándome una noche por la tienda por pedir en ella un sitio para dormir, sitio que siempre era mío y que aquella noche no lo fué porque se le antojó así.

Por eso yo dije al Sr. Calvet que mientras un jefe

amigo me curaba con fricciones de alcohol la muñeca luxada, el oficial de mi sección, histérico, nervioso, agitando en la mano rígida el farol, se deshacía en vituperios contra mí, porque, según él, había producido escándalo en el campamento, donde, no estando el capitán, ilegalmente habíasele encomendado la compañía. A él le importaba muy poco la acción del sargento; pero como ellos, los oficiales, después del toque de silencio, se habían reunido y la infame conducta del sargento había estado en peligro de poner en ridículo la disciplina de la compañía, él desfogaba su ira en nombre de la disciplina y me increpaba y me insultaba, sacaba á relucir mi firmeza llamándola vanidad y me gritaba estentóreamente que yo no era voluntario ni poeta, sino un soldado de segunda, y acumulando injurias y calumnias me sumía en la desesperación de la Ordenanza, que ataba mis manos y ponía audazmente en mi lengua sonrisas é ironías. No sé por qué detrás de la cabezota congestionada, apoplética del jefe, veía el magnífico gesto de la admirable cabeza del kaiser. Y reía, reía aquella escena entre un joven todo inteligencia y humildad y amor á su raza, y aquel jefe que se pasaba los días hablando de mujeres, y que porque mi acto había revelado una muy mala organización in-

terior, me arrojaba la basura de frases huecas, pomposas é inútiles protestas.

Además, había en el asunto otra más grave causa.

Los sargentos son muy mimados porque á ellos se les encomiendan cuidados que exigen incomodidades y continuado trato con los soldados, y como éste llega á ser insufrible, hay que tener contentos á quienes libran de tales menesteres.

Yo le dije: «Si he faltado, dese parte de mí y del sargento.» Pero, no, ¡qué había de darse parte! Toda la razón estaba de la mía. Lo que á todo trance había de impedirse era que sufriese detrimento y mengua la artificial autoridad de los sargentos. Lo que no se podía permitir era que supiese el coronel ó el general que aquellos mismos sargentos que violaban las Ordenanzas jugando toda la noche á las cartas, habían maltratado á un joven voluntario porque les molestaba su presencia, porque les humillaba la alteza de miras que representa poner el corazón ante una bala, no á la fuerza, sino por un espontáneo afán de ser baja en el Ejército y fiscalizar con serena y alta mirada cómo se acomoda la moral militar á las circunstancias difíciles y exóticas de la campaña.

Improvisar, violentar, hacer cumplir las órdenes á la fuerza, presentar en revista á las fuerzas, todo ese

trabajo fatiga, cuando previamente el sargento no ha sabido atraer al soldado hacia sí. El soldado ve déspotas en torno, se conoce ignorante, se ve desprovisto de medios intelectuales para hacer frente al capricho y tiranía de un superior, y como teme el castigo, obedece rugiendo, cumple con su deber blasfemando. Vienen de la escuela sin saber nada, y el cuartel sólo les adiestra en fatigas y humillaciones; han de fracasar en la guerra, naturalmente, porque la guerra exige íntima compenetración del soldado y sus jefes. Extraídos los sargentos de la masa neutra de los soldados, sin que sea preciso otro estudio que algunos artículos del Código y libros de estrategia, de parada, el sargento que ha sufrido imposiciones versátiles de los anteriores, se convierte en gallo del gallinero.

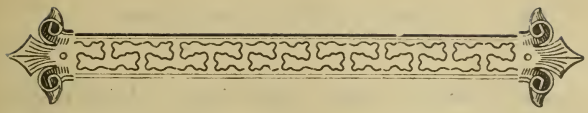
He aquí su moral: Castigar, pues le castigaron. Y entre el soldado y el sargento sólo hay un paso que cubre la venganza.

No se puede ser de otro modo, dicen, consultados acerca de su modo de obrar.

Su instrucción es muy ligera, de cuartel. Nadie les enseña lo que verdaderamente es un ejército en campaña—un ejército ha de estar siempre en pie de guerra—, una federación de energías nacionales, puestas, como las razones sociales, al servicio de una gran idea

industrial ó un ideal gigante de la raza, digno de tal sacrificio.

Y mientras los sargentos ignoren lo que Federico II les decía ó les aconsejaba; mientras que no sepan más historia patria que la fatal reducción infantil de la casa Calleja; mientras que su energía sea la de aquellos que en el patio del palacio y en la sala de la reina la impusieron la firma de la Constitución del 12; mientras haya entre ellos quienes arrastran injusta y bestialmente á un voluntario que no es marqués de Vallecerrato ni duque de Zaragoza, pero sí es amador de la belleza y la verdad, no me volveré á descubrir, como antes lo hacía, al pasar por la verja del cementerio de la Moncloa, que es verdaderamente un monumento nacional.



VI

La tarde del 17 y la noche del 18.

La castramentación en las chumberas de Nador ha sido uno de los errores más grandes que se hayan cometido en ejército alguno. Y como las mejores pruebas de una audaz afirmación son los hechos, y como éstos no pueden rechazarse cuando se dicen sin pasión, amparado por mis propias desgracias, yo hablaré de las penalidades de los soldados. La guerra es sinónimo de sufrimiento, de escasez, de torturas: puede amanecer helado, como en el cuadro del gran ruso, el centinela, ó abandonado el jinete en una duna inmensa, como en la tabla francesa; pueden los moros abrir como cerdos ocho soldaditos nuestros frente á la posición el Tor; pueden los soldados de Tarifa, después de Taxdirt,

encontrarse horrorosas mutilaciones palpitantes aún; puede adorarse, colgado de una percha, el salacof sangriento del gran capitán Bermejo; pueden suceder todas esas escenas, que Juan de Bloch ha recogido en sus seis enormes volúmenes sobre la guerra; pero cuando estas cosas sucedan por un descuido, una falta de talento militar y un criterio arcaico de la vida de un hombre, se deben escribir notas como éstas, por si la moraleja, no sentencia, conmueve la charca donde vegetan como nenúfares las ya inútiles, estériles, viejas y reas de lesos crímenes patrios Ordenanzas de Carlos III.

Como las tiendas no llegaban, los soldados determinaron hacerse, con el ramaje de los olivos y los frutales, vivacs. El sol es insufrible de día, y de noche, cerca de la una, de madrugada, hace frío. Es octubre, y no se conoce. No existe el otoño en Africa. El cielo tiene auroras maravillosas y crepúsculos que ponen en mis labios versos de *Rayos y sombras*, de Victor Hugo.

Mas la prohibición es terminante; no se pueden cortar troncos ni ramas. Sin embargo, como el rancho no se cuece sin leña, y como es necio é inútil levantarse todas las mañanas con una inflamación de los riñones ó reumas en las piernas, los soldados se ríen de la orden y talan. Es muy pintoresco el aspecto que ofrece

el campamento así trazado; pero es trágico. Cada compañía acampa en un cuadro de chumberas, en una de aquellas huertecitas que hacían la delicia de los moros de Barraca y Mazuza, y como tenemos á 25 metros chumberas enemigas, que se van escalonando valle adentro hacia Set y Segangan y Atlaten, resulta que estamos condenados á una sorpresa, á un ataque desesperado, imprevisto, moro. Un mal peligro.

El agua abunda; pero, á excepción de las clases, bebemos aquel licor finísimo sucio. Muchos soldados adquieren cólicos nefríticos. La arcilla, que es un tesoro, está siempre húmeda. Todo el campamento se alza sobre un inmenso pantano. Las casas mismas de Nador, lejos de las huertas, en las faldas de las Tetas, indican que allí la vida tiene no pocos peligros. Los pozos famosos son de cisterna, sirios; en uno como aquellos la Samaritana dió, cierta tarde, de beber al buen Jesús.

Las tiendas no llegan y el peligro aumenta. Se habla con miedo y con repugnancia entre los soldados de ir á las minas. No se quiere ir. Los jefes mismos tampoco tienen muchas ganas de avanzar; pues el día 30 de septiembre desmoralizó el espíritu militar de la más triste manera. Y ciertamente que no es de abajo el ejemplo, pues las operaciones son tan lentas, que la

laxitud, el sol y la vagancia aburren á los soldados. Por aquellos días ningún corresponsal telegrafió á Madrid esta gigante verdad: «Los soldados se aburren; echados cara al sol, como sapos, bostezan, y leyendo sus cartas comunican á sus familias que les molesta la guerra y que tienen muy pocas ganas de conquistar las minas.»

Un oficial mío se enfada en estos días, porque le digo las siguientes cosas: —Falta una Biblioteca militar de campaña; ustedes, que pasan jugándose las pagas toda la tarde, como los sargentos, no dan conferencias á sus soldados; éstos, que quieren mucho á Aguilera, y que realmente es el general que ha hecho algo lucido y completo durante la campaña, no le ven con la frecuencia deseada, y ello es causa de que se abandonen á sí mismos. Claro es que la disciplina no se relaja; pero es un absurdo creer que el espíritu de las tropas es «excelente»—estilo corresponsalesco—porque no se subleva y se come un jefe crudo.

Las tropas han tenido en el bolsillo toda la campaña el artículo admirable de Romeo «Paso á la verdad», y presentían que en una guerra se debe estar mal cuando una incesante contramarcha ó un avance largo en territorio enemigo exigen sacrificios á todos; pero á unos pasos del mar, como hemos estado siempre, nues-

tros regimientos, si lo poseyeran, han debido hacer un alarde de Administración, Parques y Sanidad modernos. Y aunque el soldado rabiaba, enloquecido al ver sus ropas y su cuerpo comidos de piojos, no mis temores. Se hablaba de avance. Las estufas rápidas de desinfección, gases con que se riegan las tiendas y serrín de corcho, en lugar de la asquerosa paja de las pacas.

Y no podía ser bueno el espíritu de las tropas porque el soldado cantara coplas obscenas. Quien cantaba era el sol.

No se hizo tardar el cumplimiento de mis temores. Se hablaba de avance. Los rumores entre nosotros eran siempre próximas certidumbres, porque los asistentes nos decían las conversaciones de los amos. Y yo sé muy bien que el general Aguilera ha rabiado de veras más de una vez, desde su disgusto atroz del malaventurado día 30. En un ejército nada se puede tener oculto.

Domingo. Hay misa de campaña. Formamos el cuadro ante el altar. Aguilera salió con su media brigada, y cuando rendíamos armas, con el cáliz del castrense se elevaba el globo cautivo, hinchado como un himenóptero formidable, de color gajo de naranja. Gordejuela, en la barquilla, saludaba. Era el globo nuestra

más grata esperanza; él era el verdadero general, el único en quien de veras confiábamos. Recordábamos su silueta bellísima al avanzar á Aograz desde Arbáa, y recordábamos también que no estuvo en Ullat Settut y el Jemis el día amargo. Un pequeño olvido. Albéniz, que había andado por allí cuando los bandidajes del Rogui, substituyó al globo; el Estado Mayor le consultó, y siempre es un dato el que da una persona inteligente que ha ido una vez por un sitio. Y si fué él, ¿por qué no ha de ir un ejército?...

Mediada la mañana, el cañón aturde. Los soldados dicen: «Así comenzó el 30.» Hacia las doce el tiroteo se oye distintamente, y el fulgor de los cañoncitos de montaña brota como una llama del monte Arbós. Mala señal. Están cerca. El reconocimiento á Atlaten es otro fracaso. Se retiran. Comiendo estamos cuando el toque de generala nos obliga á arrojar la cuchara. Los soldados palidecen, porque el fragor de la lucha es horrendo, y se ve correr al globo hacia el campamento. Mi regimiento oculta la llanura, fuera de las chumberas, que da vista á Tahuima. Por las estribaciones del Afra y del Axao una muchedumbre enorme de moros se arroja sobre el cauce del Ibarreken. Mucha debe ser su desesperación, porque ellos no se hubieran atrevido á desgajarse como peñascos de sus amadas mon-

tañas, detrás de León y los lanceros de la Reina. Mi compañía despliega en guerrilla para proteger la admirable, pero obligada retirada. A mi derecha, algo más atrás, se colocan en batería los Schneiders.

La sensación que se experimenta al entrar en batalla es igual á la que el cuerpo sufre al entrar en el baño. Un ahogo, que no llega á serlo; una reacción bienhechora y un sentimiento de bienestar. Se pierde instinto y se confía en el fusil. La retirada toma mal aspecto. Los moros pican la retaguardia, y tratan por las minas francesas de envolverla. Los cañones de Tahuima intervienen, y sus fuegos se cruzan. Un triángulo de fuego horroroso, que no hace el menor efecto. Las granadas de los Schneiders explotan en las laderas de los montes; pero los grupos y su ímpetu arrollador son los mismos.

Los moros ganan terreno, avanzan. Con locura sublime se precipitan sobre León, que ya entra bajo el fuego de los cañones. Las parábolas de los tiros se ven perfectamente, y la bala tarda é inútil de los cañones de las Tetas se oye en el viento, como un ave que hendiera, chirriando, las olas del aire; luego explotan en éste como un cohete de luces. Los moros tienen tiempo sobrado de evitarlas. Nos estremecemos los soldados un momento y esperamos inquietos. El pano-

rama es grandioso, salvaje. Las montañas se cruzan y se tienden como los bastidores de un teatro. Nosotros mismos somos cómicos: representamos una tragedia. Como una traca estalla nuestro fuego de fusilería. Unos pozos de tirador nos auxilian. Cabemos tres en cada uno y tiramos mal; pero es preciso ampararse, porque el fuego enemigo cubre una zona inmensa. Oigo frecuentemente la sacudida peculiar de las balas explosivas. Muchas, delante de nosotros, se hunden en la tierra espolvoreándonos. Los soldados tiran mal, pero con valor. A medida que la tarde cae es más fiero el ánimo del enemigo. No se retira como otras veces. Tres, cuatro horas de un fuego loco. Por nuestro lado el enemigo avanza lentamente; pero por el flanco opuesto á las malditas chumberas amenaza envolvernos. Catorce hombres, yo entre ellos, de mi sección nos aventuramos por orden superior al interior de unas chumberas laterales, de donde salen buen número de balas. Son los nuestros, los de León, y las compañías que han quedado. Siempre he temido esto en un campamento, que es un absurdo. Al volver quedamos de retén. Entonces presencio lo que con pena escribo. Las balas enemigas han enfilado el ángulo roto de dos chumberas, en las que esperamos. Las pencas de los chumbos caen acribilladas á balazos, pasan entre nos-

otros, caen á nuestros pies. Santaella cae pesadamente; está herido gravemente. Se pide una camilla, no la hay, y le cogen como los monosabios á los picadores en las plazas de toros. Los soldados se asustan; algunos oficiales increpan no sé qué faltas de sus superiores, y con riesgo de sus vidas recogen del suelo las balas que se incrustan. Echados á tierra los soldados del retén, hunden la cabeza en el suelo. El jefe, que también está inclinado, les grita ¡valor!, y me tiran de las polainas con rabia, porque se les figura que sirvo de blanco al grupo.

Los cañones y la fusilería atruenan. Parece una batalla seria. Pero el efecto es poco. Los Schneiders tiran ya con botes de metralla, y el fuego sale de su boca en ráfagas de cárdenas y azuladas llamas voraces.

La tarde muere. El enemigo no ha sufrido daño de los cañones, no los teme, está dispuesto á arrojarse sobre ellos. Y se arroja. Todos miran, todos se vuelven á los lanceros de la Reina. Aguilera sale á la explanada, y seguido de sus ayudantes da una orden. Silencio. El fuego nuestro y el enemigo callan. Es solemne aquel instante inolvidable. Paralelamente á las líneas moras, el escuadrón avanza, las lanzas empavonadas y sin banderines. Ya formado en ataque, se precipita furioso. Nos oprime el corazón la grandeza del

acto. Nada más sublime. El polvo los oculta. Los moros, anonadados, no se mueven. Les ha aturdido el inesperado final de la tarde. Cuando van á rebasar nuestra línea de fuego, y, cual leones, nos aprestamos á entrar como una cuña en la horda morisca, los lanceros hacen alto, se detienen un instante, vuelven grupas, y, entre la extrañeza de todos, regresan á las chumberas. Las granadas de las Tetas estallan á intervalos fijos. El crepúsculo incendia las cimas. Vuelve á sonar el clarín, y el fuego, más recio, más loco, continúa. Aguilera se retira y los mulos se llevan los cañones precipitadamente, furiosamente. Los artilleros, á pie, en línea de fuego, con sus carabinas, defienden la retirada. Se acerca la noche.

Escalonándonos de dos en dos nos retiramos también nosotros, y detrás los artilleros. Y los moros, furiosos por el daño que les causara en sus mujeres y sus hijos, acampados detrás de las chumberas la mañana de aquel día, con un heroísmo sin ejemplo y verdaderamente árabe, entran en las chumberas nuestras.

No habíamos hecho más que formar en el campamento parcial nuestro, y se retiraban los jefes á su «Ideal Rif», cuando el cuadro de chumberas que daba frente al nuestro se incendia en un relámpago atronador.—¡Ellos son!—gritan los soldados. Unos se preci-

pitan á las trincheras saliendo por la bocana fatal de las nuestras. Otros, más cobardes, se arrojan al suelo. Un mulo cae. Cae un cabo. Caen unos soldados. La noche da al ambiente tintas lívidas que entenebrecen el alma. Las chumberas parecen golpeadas por granizos; se agujerean sus pencas. Un viento, una tempestad de furia y miedo, esa verdadera agitación del peligro visto, conmueve aquellos cuadros de chumberas, que por fin son una espantosa realidad, un odioso peligro cierto.

El fuego es un delirio. Los soldados se creen cercados, y, como en una manía, agotan las dotaciones. Toda la línea de trincheras es una atroz ametralladora. El ruído semeja el de una nube que diluvia piedras. Y así horas y horas. Las cornetas, en las sombras más densas, tocan los puntos del alto el fuego. Es lúgubre oírlas, entre aquel espantable terremoto. El capitán vocifera; los sargentos, agazapados en el terraplén de la trinchera, gritan también. Todo el mundo grita, y nadie se entiende. Y no quiero pensar si los enemigos siguen, se arrojan al diluvio de balas y asaltan el reducto...

Cesó el fuego mediada la noche. Nubes densas señalaron á la siguiente un próximo temporal. Y como una niebla, á eso de la una, el 18 el temporal llegó.

El aguacero enturbiaba la visión, y las sombras eran lúgubres, lóbregas, terribles. En las avanzadas los centinelas no nos veíamos. De pronto, el seco ruido de un *pa-co,* seguido de otros y otros, hasta ser una verdadera descarga cerrada, puso en pie al campamento. Los muchachos, con mantas, sin ellas, asombrados, alucinados por la tenebrosa sorpresa, por la inexperada emboscada, se arrojaron al hueco de la trinchera. El fusil se enlodaba, no funcionaba el cerrojo, y la lluvia y el barro nos hacían escurrir talud abajo. Se pedían municiones á gritos. Los moros disparaban desde los árboles, y las balas silbaban con asoladora eficacia. Y toda la noche así, temblorosos, defendidos por el miedo mismo de los moros y por la Providencia. Porque si, haciendo alarde de un valor, del que son muy capaces, invaden el campamento, cosa no muy difícil, tal era la situación y el emplazamiento del campamento, que España hubiera tenido un nuevo y enorme día de luto. Nos hubiéramos fusilado los unos á los otros. Y en la guerra vale más una derrota evitada y un peligro previsto, que una victoria. Tal vez fué funesto no evitar en Taxdirt la carga de Cavalcanti.

La mañana de aquella terrible noche del 18 habíamos sorprendido en la corteza del olivo la huella san-

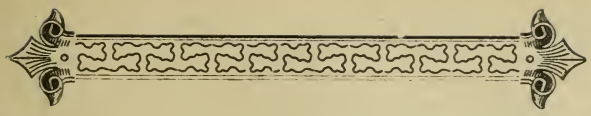
grienta de una mano mora, como un reto de vuelta. Y se cumplió. Todas las noches, ante mí, en las avandas, veía á 25 metros el farolillo de los moros, que buscaban la cebada de sus silos y nos enviaban sus perros, que ladraban desaforadamente, y de vez en vez, arrodillándose, nos tiraban un *pa-co*, que pasaba, triunfador, cerca de la silueta del centinela.

¿Quién acampó allí la división, sin saber que era el cauce natural de dos ríos, uno de ellos el Ibarreken, cuyos derrumbaderos y torrenteras descienden entre las dos Tetas? El 17 y el 18, con ser horrorosos, habían de ser poca cosa con las inundaciones que ya unos nubarrones, cirros densísimos y panzudos, presagiaban. Se agarraban á las montañas como telarañas, invadían el valle de Barraca y cubrían de nieblas húmedas el campamento, donde apresuradamente se habían alzado unas cuantas tiendas.

Y los soldados, muy tristes, miraban aquellos preparativos con estoico desenfado.

—¡Cómo va á llover!—decían.

¡Cuántos cientos de ellos todos los días iban á ser víctimas de aquellas nubes!...



VII

Sobre las Tetas de Nador.

I

El cielo y la tierra se han juntado. Los días son una grave pesadilla, y ya en las noches no vemos las innumerables hogueras que encendían los moros para testimoniar su avance en los riscos de la garganta de las Tetas. Se fantasea sobre la estación de las lluvias, y hay quien cree que no acabarán nunca. Se inverna en las tiendas. Nuestras gratas cavernas de follaje son deshechas y arrastradas por el vendaval y el aguacero. Pasan velocísimas las panzas pardas de las nubes sobre nuestras cabezas, y á un claro momentáneo sucede una densa obscuridad que infunde frío y pá-

nico. Abrimos zanjas en torno de las tiendas y aflojamos los vientos de las cuerdas.

Dejo vagar la imaginación para desterrar la melancolía, y sueño en los parajes de Mayne-Reid, que admiraba cuando niño, y en las aventuras de las obras de Verne, que soñé en la adolescencia, y en aquellas batallas, á las que los hermanos Hermanck-Chatriam sabían dar tanta amenidad é interés.

Pero la realidad triunfa. El agua penetra en las tiendas, y no se puede soñar cuando la noche se presenta muy negra y el campamento es una ciénaga. Más altas las aguas que el nivel de las tiendas, parecen éstas las de los beduínos lacustres, junto á la tercera catarata del Nilo. Así son las riberas del río maravilloso, cuando deposita su légamo fecundo en el ávido humus. Encendemos hogueras. Su reflejo sangriento lame el estuario como un bello efecto de luna roja en la laguna, de donde los colosos de Memmon surgen.

Por la bocana de las trincheras se precipita un verdadero torrente con sus rumores de cascada. Parece que ha roto la barrera de un obstáculo y que amenaza tragarse el vivac. Las comunicaciones se han interrumpido entre las compañías. Bajo un diluvio y entre las sombras, me dirijo al botiquín por un bálsamo para un sargento que ayea atrozmente. Está inmóvil,

agarrotado; la humedad le desarticula los huesos y da tristes alaridos. El botiquín es una gruta. No hay una tienda para él y los sanitarios devoran su abandono, sumidos en una cueva de cieno, cerca de un charco, como un lago, formado en el cuenco de un terraplén de defensa contra las balas. Reparto el bálsamo con duro masaje por los muslos del sargento y me pongo el correaje, pues turno en las avanzadas. Los soldados se prestan, premiosos y rehacios, á este necesario espionaje, imposible de restar. Los moros no se dejan las chinelas en el cieno, y sus *pa-cos* producen una oquedad siniestra entre el turbión violento y sonoro que se desploma.

Por los agujeros que las balas han hecho los anteriores días de combate, pasa al interior de las tiendas el agua del cielo. Cae ésta pesadamente, se tiende como inmensas capas, se enracima en trombas, se precipita en descensos atroces y simultáneos de temperaturas opuestas. La tierra bebe, traga, absorbe. Parece una formidable ventosa. Luego, harta, rezuma, desborda, se encenaga. El limo forma rizadas ondas de barro y el agua recorta en arroyos la tierra, se estaciona, sube, asciende, cubre el suelo y concluye la capa líquida por hacer flotar las tiendas como navíos.

Asombra, asusta la tenacidad de esta agua africana.

Los soldados la maldicen con blasfemias bestiales, porque el agua es un monstruo y su espíritu arrolla la frágil resistencia del nuestro. Los cajomes de la menestra y los bocoyes sobrenadan. Se pudren los sacos de la patata. Y lo que es más triste, los ranchos no se pueden hacer. El coronel cursa la orden de que se cuezan dentro de las tiendas; ¡lástima grande que no se pueda cumplimentar, pues el interior de las tiendas es un baño moro! Los soldados rompen á porrazos las galletas en la punta del cuchillo del mauser y las comen despacio, mirando con tristeza infinita el lívido crepúsculo, difuminado en la implacable cortina de agua. El verde furioso de las chumberas, lavado por las ráfagas, resalta en el trazado del vivac como un marco. Arboles altos circuyen uno de sus lados.

El agua sube constantemente de nivel, y alarma. Bajo un enloquecedor torbellino, los soldados encauzan las avenidas. Nada es, sin embargo, posible contra aquel cielo gris, alternativamente negro, que pasa por todos los matices de la lividez, desde el amarillo al sombrio violáceo. Los soldados se irritan, alzan sus puños, cantan nerviosamente. Cuando les llega el turno de las avanzadas, juran y se resisten. Los cabos les pegan desapiadadamente, y, al fin, tras de largos trabajos y algunas bofetadas, envueltos en las mantas

que pesan arrobas, pues están mojadas, uno á uno, en fila india, sorteando los remansos, hundiéndose valientemente en las zanjas, chapuzándose en los declives y cortaduras, pinchándose en las pencas, avanzan á las trincheras. El foso es un profundo regato; el talud una hedionda masa de cieno. De pie no se resiste el impetuoso espanto de las aguas. Nos recostamos en el terraplén y, humillados, sentimos el desamparo y el azote rígido, loco, bestial, del agua.

La noche es agria. En la más densa obscuridad hay siempre un reflejo, hay una luz hasta en las tumbas. Además, el agua lleva consigo partículas eléctricas. Truena largamente, como si por las laderas del Axao rodara el peñasco de Sisifo. Tiembla el cuerpo. Un relámpago deslumbra y abre las cataratas de las nubes siniestras que pasan en sentido opuesto á la estación. Nunca han sido tan largas las horas. Silencio y soledad en el vivac, que imponen. Hay allí confiados á nuestra vigilancia miles de soldados. Por ellos.

Las malas noticias circulan rápidamente. Sabemos que muy de mañana relevaremos á otra compañía nuestra. La orden ha sido dada por Orozco. Desde allí á las Tetas hay una gran llanura, que es un enorme bache. Será preciso atravesarla. Monte arriba, pues.

Llueve. Nos ponemos en marcha, muy equipados.

Noches atrás nos tirotearon rudamente desde aquellas casitas moras donde estuvo emplazada la estación de Nador y que suben penosamente por la Teta. Una ruda marcha. Primero son las chumberas, ya demolidas y desparramadas por iniciativa de los soldados, que abogaron siempre por ello, aunque se les impidió al principio. Pinchan y entorpecen el paso. Al poner el pie en las pencas, ceden y resbala el soldado. El pinchazo de la espina de chumbos inflama y produce forúnculos. Las dos compañías se diseminan; busca cada cual el sitio que le parece mejor para caminar. Pero todos son malos. El cielo se hunde bajo las pisadas y enloda. Atosiga tal marcha. La lluvia cede á intervalos y se pulveriza. Un río. Pecho á él. Pasa el agua de la cintura. Los soldaditos, que calzan alpargatas, las pierden. Van descalzos. Una gran pesadumbre en todos. Hasta la rodilla sube el barro. Cansa andar levantando las piernas como si fueran de plomo. Otro río y un nuevo baño. El traje de rayadillo no resguarda, y el enfriamiento producirá de seguro muchas bajas. ¡Bah, cosas de la guerra!...

La ascensión del monte es muy penosa. Una tienda de campaña ha caído al río, y en vano piden los muleros auxilio. Se me acerca un oficial muy grueso, á quien ha disgustado, con razón, aquella medida. Sube

pausadamente, resguardándose con un buen impermeable. También los soldados llevan las mantas sobre las cabezas. El reuma le impide andar con soltura y le martiriza. El agua, el viento y las trincheras naturales de pedruscos de pizarra, entorpecen la ascensión. Poco alpinos somos nosotros. Sin embargo, Nador, desde las laderas, se me antoja Chamoix. Arrecia el vendaval. Las nubes se prenden en los picachos, desmadejándose. Flagela la cara el aire recio y cortante. Tiritan los soldados. Encuentro á uno que, subiendo descalzo, se ha cortado con la arista agudísima del cuarzo una enorme grieta. Empapa en el pañuelo la sangre.—¿Y tu bolsa de curación?—le pregunto. No me hace caso. ¿Quién hace caso cuando se sufre tanto? Casi ningún soldado tenía esa bolsa. Durante las marchas, cualquier cosa es un peso, y se arroja. Fuera del agua, todo carga el makuto y se tira. La rampa de la loma es escarpadísima. Afluyen los soldados al vértice del cono por todos lados, en pintorescos grupos, silenciosos y resignados. No cesa el agua, y no presenta el cielo cariz de agotarse. Al contrario. Por fin, al saltar una cerca de ovaladas piedras pulimentadas por el tiempo, aparece la silueta graciosa de un cañoncito de montaña. Me parece un perro: tal es la sensación que produce. La compañía del re-

ducto, formada, nos mira pasar indiferente. Tienen que andar ahora el camino que hemos llevado, y nadie compadece á nadie. Bien, eso es lo de menos. Pensamos en guarecernos pronto; pues se nos dijo abajo que había casamatas. Ello alivia algo.

Caminando por la meseta de la cima que impiden el paso unos peñascos primigenios que espantan.

Los soldados otean. Hay formadas con piedras casitas, pero son de los artilleros. Hecho el relevo, la desesperación se apodera de nosotros. La cima, todo el reducto está mondo y limpio como un cráneo. Sólo existe una caseta, donde nos refugiamos, apiñándonos, una sección. Las otras merodean y husmean huecos de piedras, barrancos, grutas. Diluvia. Enfada, abruma, aplasta aquella desesperante lluvia continua, tan densa y tan fuerte.

Los soldados dicen:—Pero, ¿aquí no había tiendas?

No las hay. Será preciso dormir al raso, porque los techos no se improvisan. Además, corren rumores de ser necesaria una extrema vigilancia. Triste día aquel. Nos dan ginebra. Tal vez sea bienhechor este excitante. Los soldados abusan de él. Les he visto beberse muchos canecos y embriagarse. Los oficiales, que no sé en dónde han encontrado abrigo, han mercado á un cantinero una damajuana de aguardiente y nos envían

el garrafón. Ebrio el espíritu, resiste, porque no piensa. No importa luego que el soldado enferme, pues la reacción produce una extraña y lánguida debilidad. Pero el aguardiente, con todos sus privilegios. no quita la imagen de las tiendas. Aprovechando un claro, se amontonan piedras, pero faltan techos. Avanza la tarde y hay hambre. Se hacen hogueras, que la lluvia se encarga de apagar. Los oficiales compran cuantas latas de sardinas hay en la tiendecita del cantinero para los soldados. Mas son pocas. También se les da pesetas; pero no se comen ni se quita con ellas la depresión que sufre el espíritu al verse tan abandonado á dos pasos del reducto de Saboya.

Un oficial, en calzoncillos, y desenvainado el sable, arenga á los soldados. Está ebrio; pero cuando caritativamente le quiero apartar del bufonesco grupo de la soldadesca, me dice tiernamente que es para dar vigor á la tropa. Sonrío con dulzura, porque en el fondo de esa incongruencia grotesca hay un dejo de tristeza sin límites, una formidable valentía y una protesta muda.

Vuelve á llover. Los soldados rabian. El agua resbala por los fusiles. A mi lado se estremecen muchos miembros, se agarrotan, después de contorsiones raras. Los sargentos han ocupado el ángulo mejor techado de la caseta y encendido una hoguera. Como los

oficiales no tienen tienda de campaña, el duque de Zaragoza ocupa, con su cama de tijera, lo restante. Y aquella noche sucedió que los simples soldados tuvimos el alto honor de velar el sueño del gran duque. Yo tuve que alzarme del suelo porque el agua inundaba mi nicho entre cajones. Sobre éstos, muchos soldados se amparaban en posturas inverosímiles, pero que les protegían. Dulce escena.

Los jefes tuvieron sus tiendas. Pero aquella noche fué un nocturno, un aquelarre de brujas. Los remolinos del agua aullaban; las sombras, que eran nubes negras, se abrían como para dar paso á visiones espantosas, y los centinelas olvidados pedían relevo con angustiosa voz. Los sargentos, que no querían salir, delegaban el sagrado oficio en los cabos. Pero éstos no podían reclutar centinelas: tropezaban, caían, se les escabullía la gente. Ruglan las cañadas de Barraca. Y el peligro de los moros aumentaba el horror de la noche. El agua, derramándose, ahogaba, daba congojas. La manta pesaba como hierro, sin abrigar, y húmedo el rayadillo; el correaje oprimía como un cíngulo y unos tirantes de cilicio.

II

Veo avanzar por Atlaten una enorme nube parda. Es una tromba de agua. Viene tan despacio, que las cortinas de la lluvia riegan, barren y arrasan los aduares y collados tantas veces recorridos por nosotros. Innumerables hilillos violáceos tienden en el horizonte un muro sombrío, curvo y siniestro, que avanza como un escuadrón moro, en forma de media luna. Truena, y los relámpagos rasgan el nubarrón de Este á Sudeste, produciendo una convulsión de escape, como si un globo se inflamara por un desgarrón de la banda. Una gran sombra precede á la nube, y el espacio azul del cielo palidece y arredra. Muge sordamente el mar. No hay un solo buque en el puerto. Y sobre el campamento se cierne una claridad pálida, como el fulgor de una luna monstruosa. Se oye un misterioso rumor en las alturas, como batir de muchas alas; los vientos levantan tempestades magnéticas y el desquiciamiento de sus corrientes llega á mis oídos como el rumor de una tormenta en las selvas. La nube varía lentamente hacia Barraca, invade la línea de los fuertes y lanza sobre el espacio libre un largo tentáculo, que engorda, como si succionara hidrógeno. Cede su mole, desciende, pesa y flota. Es algo hediondo, que espanta. Un

vientre pletórico, un abomaso alargado como intestino de rumiante monstruoso. Trepida la nube, ruge, sacude violencias, ondula como una Medusa gigantesca, se aplasta, se arruga en pústulas ocres, que cambian su matiz sangriento en bronce iluminado por relámpagos. El aire es frío y duro y sopla en oleadas, como si la nube comprimiera el ambiente y le arrojara al mar. Espanta observar ese tenebroso trabajo celeste. Tiene la nube vida propia; se mueve, orgullosa y consciente de su poder; obliga á los vientos á tener voz, y sacude de cirro en cirro el ronco son tembloroso, como un pedazo de hierro que chocara y rodara por pedruscos de basalto. Implacablemente, la nube desciende. Como un pulpo, saca de su panza un nuevo tentáculo, que se retuerce muy próximo al otro. Vibra la nube entera, conmovida por un trueno enorme, que el Gurugú recoge en su eco. Llueven gotas lentas. Ya cruza por encima de Cabrerizas el borde inmundo de la nube, y nuevos tentáculos se agarran á la costa y parecen querer agua del mar. Se estremece la nube en intermitentes arrebatos de furia. Parece una tela sacudida por los extremos. El viento la recorre con velocidad asombrosa y la encrespa como á un océano. Fulguran centellas lejanas. La sombra invade el campo de Melilla y el cabo de Tres Forcas. Sólo queda

libre el peñasco del presidio, alumbrado por un reflejo blancuzco que resbala por el mar alborotado y le enturbia. No se ven las montañas de Lehdara, y sobre el pezón del Atalayón, un fragmento desprendido del nublado, revuelto como un haz de espirales, fulge como una bomba que explotara en el aire.

Los soldados miran con espanto la tormenta. Los preparativos inmutan á los más indiferentes, y se aflojan los vientos de las tiendas, cuyas lonas se bambolean produciendo un sordo redoble de tambores. Oscila el ástil de las tiendas y traen al regato los soldados grandes piedras para sujetar á la tierra la lona. Sobre el río de Oro flota una niebla gris, que parece humo de vapor en marcha. Cubre el cielo la nube. Todo el espacio es de un color fuertemente azul, de un azul profundo, que es violáceo, anaranjado, negro, cárdeno y lívido. Tan baja viene ya la nube, que los picachos del Gurugú hienden su panza. En torno de Basbel y del Kol'la se forman nimbos como olas, se arrastran pedazos del humor acuoso, rellenan los barrancos, se aremolinan en los peñascos. Por el Norte, los tentáculos forman ya una red y su espesor les funde en una nueva nube inmensa, que es independiente de la otra y se mueve por sí, torturando el istmo que

la une á la grande, como si quisiera arrancarse de ella, estirando con furia, á intervalos.

Cesan las gotas y se esclarece la nube toda. El sol, poderoso, embebe las partículas y trasluce. El ansia misma de la nube debe cubrir el cielo, la debilita, y los rayos del sol la funden. De un momento á otro vencerá el sol poniente y deshará la tempestad que nos amenaza. Es ya más denso, más obscuro el límite del nublado. Sin embargo, no es así. Una contracción inverosímil repliega sobre su centro á la nube horrenda, la anuda, la agolpa en tenebrosos amontonamientos de un color verduzco, y se experimenta la sensación de una nube que retrocede horrorizada, que recula como un batallón ante una visión siniestra. Abre claros en su vientre su violento impulso de fuerza centrípeta. Muge un estertor extraño é indescriptible y, reaccionando, arroja de sí con espantosa energía las masas de tinieblas envueltas en vientos y ruidos, y la tormenta estalla asoladora y espantable. Se mecen las tiendas como naves y el torbellino levanta polvaredas rojas. Vuelan los objetos, esparcidos, y se arrancan de las balizas las cabalgaduras espantadas. Los soldados saludan á la tempestad con jugarretas que son heroísmos, con risas de raza, estoicas, sublimemente estoicas, dignas de los celtas. El trueno es

acogido con una risotada, y al relámpago le acoge un bostezo. El turbión alegra á los soldados y el vendaval les hace cantar. Mi tienda se viene al suelo sin remedio, y los soldados ríen. Un temeroso ciclón de agua, de tinieblas y viento se cierne sobre el campamento con locura desenfrenada y rígida. No diluvia; la nube se une á la tierra, se abraza á ella en espasmos de abismo, en vorágines de Malsstroun, succiona, absorbe, bebe, vomita; no cae agua del cielo, no hay sitio; la nube se ha tendido y mezclado con la tierra, y se revuelca y encharca. Las aguas forman torrentes, se anegan las tiendas, se inundan los cauces y se desbordan. No basta. La energía de la nube es aún más poderosa y ennegrece el ambiente para cometer, al amparo de las sombras, sus crímenes inicuos. Salta, gira, brama, se levanta y desploma en palpitaciones bestiales; corre á ras de los pedruscos, los cubre de atroces derramamientos de agua y ésta se precipita en arroyos, en cascadas, en cataratas, mugidora, resonante, amenazadora. Flotan sobre ella los utensilios, las armas y las ropas. Se desploman unas tiendas. Los soldados se ahogan, corren asfixiados por los anillos de la tromba, que busca víctimas. Una profunda noche es ya la tarde, y el sol no volverá á lucir. Nada se ve. La tormenta ha cegado, para arruinar, y el oído per-

sigue en las sombras las odiosas fluctuaciones de la tragedia. Hay en el aire chasquidos de fustas, vibraciones eléctricas, sacudidas, aleteos, informes embriones de voces terrosas, monstruosos abortos de palabras, oleajes de maldiciones sin palabras. Espesa la nube. Un soldado canta á mi oido, y es tan horrible el aspecto de la tempestad, que le increpo. Se acongoja el corazón ante las fuerzas superiores desatadas contra el hombre. La idea de la inmensa injusticia que parece regir nuestros pobres destinos se une al corazón como una sanguijuela, y el pecho sangra.

No cesa la tormenta. Hay en ella un depósito inagotable, un venero fabuloso de riquezas y magnificencias de horrores, de odres llenas de crímenes. Los relámpagos ciegan, deslumbradores, y el trueno salta entre las nubes abiertas, aprovechando el desgarre, brusco como un mal pensamiento. Hay intermitencias que son reacciones, tiempos de una sinfonía gigante, modulaciones lentas que se abren en nuevas y más horrendas tempestades de disonancias. Azota la lluvia, anonada, asfixia, escarba, roe, mina, cala las lonas, las arrastra. El viento levanta el cielo cónico de las tiendas como un globo, y se irrita porque las cuñas resisten su ímpetu. El ástil, como el mástil de las naves, cruje. A veces me hago la ilusión de navegar en

una jangada, porque el suelo corre. Me mareo, me aturdo, la obsesión de la catástrofe me abruma con plomo y cenizas, y logro la extraña lucidez de los náufragos, veo en las sombras y escucho voces definidas y me embriago con ellas. Los soldados son marinos. Defienden su tienda como el puente de un navío, atan cables á los obenques, martillean, anudan, acoplan los fusiles al ástil, que se balancea como tronco de palmera, y agarran las ladroneras con fuerza; pues la tienda huye, se arrastra, se deshace. El turbión produce en la lona un ruido horrible de dos notas broncas, como el eco lejano de un chorro de agua que saliera con furiosa precipitación. No acaba el siniestro. Se oyen voces pavorosas de soldados sin tiendas, de galopes de mulos desbocados, de objetos arrastrados por el implacable vigor de las aguas en pendiente.

De pronto, una luz surge en la panza de la nube. Parece entonces que es la tierra quien ilumina la nube, y los ojos se cierran horrorizados. Aquella claridad siniestra sube al cielo como un vaho luminoso y macabro. La luz se ensancha, se esparce, arboresce, empapa las pápulas densas del nubarrón y enjuga los vellones ensortijados, los cúmulos encaramados unos en otros, las vedijas desgarradas y enmarañadas como masas enormes de lana de merinos. Una parte del cie-

lo se ensombrece, y las nubes que cubren el Gurugú se deshilachan, se fragmentan, forman en torno de los picachos y los macizos bloques errantes de blanquecinas masas, lividas, espumosas. No llueve ya, pero el agua corre furiosa por el empinado cerro. Se ha salvado nuestra tienda. El cielo aclara, y en lontananza una línea blanca marca el fin de la nube, que el mar traga en sus fauces imposibles. Hacia el mar la nube es negra, profundamente negra, como noche en la selva ó en el alma. Pero el cielo sonríe hacia Cherauit, en la llanura de Arkeman, y la banda del zoco El Had, en Benisicar, se ensancha, más pura, clara y bella cada vez. Es ya muy tarde. Se ha puesto el sol. Lentamente, muy lentamente, la nube se aleja. Va cansada. Como la fuerza, ha tenido su castigo en su propio esfuerzo, y al inundar de sangre la vida ha vivificado más queriendo obvuir con destrozos mortales. Va mustia, seca, arrugada, como ubre ordeñada. La noche se cierne como una esperanza sobre el vivac anegado.

Y cuando vuelvo á salir de mi tienda, chorreando agua y sudor, ansioso de respirar el aire fresco y puro, retrocedo ante la grandeza de la escena. Tiendas de campaña flotando en un estuario, la mole del Gurugú como el Everets después del diluvio, bañada,

limpia, regada, deslumbrante; el paisaje clarificado como si hubieran filtrado sus impurezas, y el cielo ya muy obscuro, suavemente obscuro, triste, dulcemente triste, azul con un azul purísimo cubierto de estrellas que hoy brillarán como nunca, porque la diafanidad es tan clara que sus rayos llegarán hasta nosotros sin refracción.

El lucero de la tarde arde sobre el Quert. Y es tan hermosa aquella estrella, son sus aguas de tan penetrante fluidez, ha encerrado la poesía de todos los tiempos tanta gracia y misterio en el divino astro, que sólo encuentro para glorificarle el nombre de mi Patria. Sólo mi Patria se parece á esa estrella, cuyo nombre era también suyo. Mi corazón eleva mentalmente á la estrella dulcísima las notas de Worham, y celebro dignamente así mi liberación de la catástrofe, mi alegría de ver aquel astro después de la tormenta, mi encanto de poeta al sentir su influencia en mi pecho. Y sueño en el genio luminoso de mi Raza, que significa el lucero de la tarde.

Semejante á la tormenta que arrollara el vivac, las desgracias se cernían sobre mi Patria. ¿Cómo es que, semejante también á la estrella dulcísima, aparece después de las tormentas más bella?

Mi Patria, como el vivac, salía también de una

guerra, de una tormenta que había amenazado convertirse en pavorosa catástrofe. ¿Qué significaba aquella estrella tan pura, de una tan celeste belleza, después de la tristeza de la mala tarde, horrible como una pesadilla?

Ha presidido siempre los destinos de Castilla esa estrella preciosa; tan luminosa como ella ha sido el genio de la estirpe. El espíritu castellano absorbió el de las regiones, sin anularle, y cuando quiso y fué capaz de obrar, asombró á sus federadas con sus dotes riquísimas. Supo conservar, á través de los siglos, incólume la ranciedad de su abolengo, la hidalguía de su pecho, el valor rudo y seco de un heroísmo legendario, sin mistificar ni bastarlear el sabor añejo del alma castellana, poética como un castillo, sería como un convento, libre como un Concejo y sabia como un monje. Las demás regiones la debieron siempre fama y espíritu, y culpa de ellas es si Castilla hoy sólo puede ofrecer una historia espiritual, austera y rica como la vida de un santo taumaturgo. Culpa de ellas, delito no justificado aún fué de ellas, cuando al aislarla no quisieron fortificar su sangre trayendo al corazón de la raza nuevas oleadas de savia. Crecieron las extremidades, y el corazón se redujo á sí mismo, y soñó y fecundó y creó sola, enteramente sola. Segura

de sí misma Castilla, orgullosa de su poder extático, casi teúrgico, adivinó los más graves problemas del alma moderna y opuso al egoísmo de los miembros que crecen la serenidad y la grandeza del corazón que sueña. Y se adormeció y todavía no ha despertado. Su vida íntima, intensísima, la redujo á una feroz autoscopia. Vivió dentro de sí, se amó á sí misma, se purificó hasta fundirse en un panteísmo espiritual, de renunciamiento y sacrificio. Y si obró, obró como los santos, por el bien espiritual de los demás.

Y si creó, dió vida al loco mayor de los hombres y al porvenir en un futuro lejanísimo. Soñó hasta agotarse, se derramó, se entregó gota á gota hasta desvanecerse, idealizó el sacrificio, y aunque nadie lo recogió, todavía ella sembró una nueva semilla, de la que algún día emergerá la espiga de oro. Y es un fruto nuevo, radiante é incombustible como el radio, su genio de vidente. Porque el genio de Castilla fué precursor del genio de Europa, y Europa buscará en Castilla la savia de nuevos ideales soñados por ella allá en un lejano tiempo. Un día surgirá de Castilla su espíritu entero y franco, indómito como un toro y sereno como sus llanuras. ¿Por qué á raíz de los desastres del 98 se alzaron aquellas voces que hablaban del genio castellano como recurso de salvación, y se

oyó por los ámbitos de la Península el «Levántate y anda», de Jesús? Presentían los que así gritaron que nuestras desgracias tenían su remedio en la fuente de esas mismas desgracias. ¿Quién envenenó la fuente que tantos desastres ha causado? Castilla ha ido de fracaso en fracaso, como Don Quijote de tumbo en tumbo; pero, ¿quién dirá en voz alta que la causa de esos desastres fueron los ideales sustentados? El aislamiento de las demás regiones la hicieron obrar por sí misma y perder el concepto de la realidad, y exagerar la dignidad de los demás hasta fundar la moral más hermosa que soñó nunca la Filosofía, y que hoy, como en una mina presentida, buscan los sociólogos modernos. El genio de Castilla fué intuitivo y prematuro, y por un rasgo humano, de él quedó sólo la apariencia fastuosa de los siglos de la leyenda y no su espíritu verdadero, que aún yace, como su semilla, en el limo de las estepas castellanas.

Alboreó. ¡Qué paisaje! Toda la inmensa llanura de Arkeman, los montes de Quebdana, Tahuima, Zeluán, Milor, Adrar-Axao, Afra, enviándose los reflejos del día que nace. La gigante depresión de Barraca, la sombría garganta de Mazuza, el panorama del mar grande de Mar Chica, de la lengua de tierra, ardiente desierto por el que un día del mes de Nizan peregri-

nó mi regimiento. Y el Atalayón y la perspectiva de las chumberas de Nador, que eran un paraíso y hoy son desprecio y escarnio de conquistadores, y aquellas tiendas blancas de Saboya junto al muelle, pulidas, alineadas. Maravillosa vista que fascina: Las nubes corren hacia el mar. La refracción solar da color de ascua, y allá muy lejos, en el pozo de Tsunin, en Punta Quiviana, una lengua de nubes va prendiendo guirnaldas en las montañas de Alí Cherif. Y entre dos picos una nube muy bella desplomándose recuerda el telón acuoso de una catarata diluviana en la época jurásica.

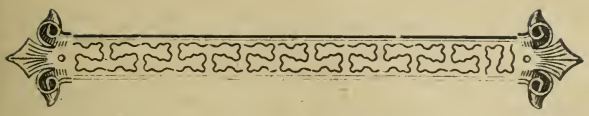
Los soldados chorreando agua del cielo tiemblan. Preparan el café. Y les importa muy poco aquel paisaje celestial que á mí me resarce de las penas incomparables de aquel día y aquella noche. Por eso es mayor su pena, su fastidio, su desencanto. Carece su alma de poesía. Y lo siento por ellos.

Nador, á mis pies, está inundado. Ha sido preciso abandonar las chumberas y refugiarse en el reducto. Toda la llanura es una laguna. Nador, un oasis anegado. Rugen los chacales hambrientos. Acuden perros sarnosos. Y mientras los soldados comienzan sus faenas, yo, cruzado de brazos, miro con interés descuartizar un becerro, que nada en su sangre.

Y el oficial que la víspera arengaba á las tropas en paños menores, se acerca y me dice señalando el divino panorama:

—Subir aquí bien valía esta noche.

Y sonriendo con dulzura meneo la cabeza hacia el hombro.



VIII

El cerro de las desdichas

Desde la Cárcel.

El campamento en pozos de Aograz, junto á Mar Chica, tenía un gran encanto oriental, el de una gran mejal'la. Todo el enorme vivac estaba asentado sobre polvo de desierto, y daba frente á la inmensa llanura que se extiende entre Leddara y las minas francesas hasta Zeluán. No había agua, pero sí pozos de un libor amargo, de una linfa salobre é insoportable. Los bocoyes de los cantineros volantes eran de vino y aguardiente, y caros costaban para beberlos. Ni una gota de aquella tisana sucia é insípida pude tragar. El calor hervía la sangre y los poros escocían, produciendo picores angustiosos. Dormíamos en el santo suelo, ali-

neados, envueltos en las mantas. Imposible dormir. Mediada la noche me levanté. No sé si habréis visto un grán cuadro francés que representa un ejército dormido en su vivac, al aire libre; unas nubes que la luna encanta fingen el sueño de los soldados, cierta velocísima marcha aérea, á banderas desplegadas, hacia la victoria.

La luna de Oriente, la maga de Palestina, tendía sobre nosotros un tibio y alucinador alumbramiento. En el cénit, espléndida, llena, había empapado el aire en efluvios de luz clarificada, de fluido incandescente en el vano de una lámpara esmerilada. Y como de un gigantesco corazón salía el aliento de los dormidos. Tumbados, sumidos en silencio mortal, soñaban en el avance, tal vez con ilusión. La jarca espiaba cerca, y la víspera nos había alarmado con un nocturno amago. El azulado de las ondas de la laguna sugería ensueños deliciosos. Abismado, creía ver salir de él al pescador de los cuentos de Scherardaza, y el botecito, que, abierto en la ribera, despide un nimbo largo de humo como nuestro orgullo militar, y un mago como nuestro guía.

Allá en las montañas misteriosas de Zeluán ardían las hogueras de Benibuifrur. Nos esperaban. Y la poesía del peligro me producía una deliciosa angustia.

Las estrellas palidecían. Hacia Melilla una constelación marcaba una rara figura. Y en las faldas del Atalayón, Nador, con su leyenda de espléndidos verjeles, su noria del Chaldy y sus aguas claras y finas, como las de Torremolinos en Málaga. Los rayos de la luna se requebraban en la barra gris de los Schneiders. Y como un eco, muy lejano, perdido, se oía el silbido penoso de una bala de mauser. Ladraba un perro moro.

Por la tarde, el sol tostaba la cara y el polvo escoriaba la piel. El polvo era pólvora. Ciclones de arena gruñían arrastrándose á ras de tierra, nos cegaban y pasaban de largo como un fantástico escuadrón invisible. El ánimo inquieto de los soldados se impacientaba. Mucho había tardado el avance esperado. Se deseaba acabar pronto. Y una mañana la división se puso en marcha. Tocó el flanqueo á mi compañía. Las columnas envolverían el monte de Tahuima, y nosotros detendríamos á los moros de la jarca. Había ansia de llegar pronto al monte. Desprovistas las botas de agua, teníamos mucha sed. La mañana era hermosa. Nos sofocaba el sol y el equipo. El azul añil del cielo y las nubes dispersas hacían pensar en el Océano y las tierras de una esfera invertida. En busca de aventuras. A los dos kilómetros oímos los tiros secos, rápidos,

sin eco, de nuestros caballos de exploración. Como formamos una amplísima rama de elipse en torno del monte y comenzamos á desviarnos hacia las montañas de Arkeman, no vemos Tahuima. Una estepa, una pampa, un páramo, el paraje que atravesamos. Crecen espinos y juncales en haces y hatos. Las piedras cubren el suelo. Algunos matorrales de jaras son tan altos, que detrás se pueden esconder hombres. Cargamos. Como un regnero, el tiroteo se corría á lo largo de la guerrilla. Los caballos de Cristina, á galope, retrocedían, concluida su misión y acosados por la caballería ligera mora, que es un admirable recurso de combate. Vemos silnetas. Aunque están fuera del alcance de nuestros fusiles, los soldados tiran. Andamos de lado, muy despacio, tirando atrozmente. sin resultado positivo; pues nuestras balas, si cubren una zona, no hacen efecto. El enemigo se corre á nuestra izquierda, y vemos que intenta envolvernos con vista de águila, pues ha descubierto que el punto nuestro de contacto con las guerrillas de León está dislocado. Pasan uno á uno y nos diparan. Nos es grandioso el efecto. El alma teme morir allí y el cuerpo ser herido. Pasa silbando una bala por nuestras cabezas, y los fusiles, al azar, envían al supuesto tirador una nube

de plomo. Marchamos de costado, oblicuos á las montañas, y ello dificulta y entorpece nuestra eficacia.

La caballería de Mizziam gana terreno á retaguardia, con gran espanto de los soldados, que se arriman los unos á los otros y se dan las alzas y se reparten los blancos. Vuelven á silbar las balas. Se acercan. Cuando avanzan, se verifica en la guerrilla una iniciación de retroceso.

Los sargentos, nerviosos, recomiendan calma. El peligro aumenta. La escaramuza toma aspectos serios. Los moros espían y han de precipitarse entre las dos guerrillas del flanqueo. Estamos á muy larga distancia de las dos columnas de ocupación, y no es difícil una tentativa de movimiento envolvente. Los soldados del extremo, avizores y miedosos, gritan al jefe el supuesto peligro. Por poco tiemblan. En un alto se reparten municiones, porque las dotaciones se han agotado. La táctica aconseja cubrir una zona de fuego, y por este lado nos portamos como héroes; hemos sembrado de balas, no una zona, sino una hectárea. El caso es, como dicen los soldados, que no se acerquen. Ellos tampoco lo quieren, porque se mantienen muy lejos siempre. Un cabo me increpa; ve que no tiro y cree que no veo. No tiro porque la bala no haría blanco. Obedezco la voz del jefe cuando la oigo. Los soldados

llaman al oficial y le dicen: «Allí hay uno.» Y el oficial les manda hacer puntería entonces. Yo observo muy bien á los soldados, y noto su azoramiento y nervosismo. Su intrépida iniciativa en el tiro queda deslustrada por su poca pericia en él. En el monte, más tarde, mi capitán gratificó á un cabo que, según decían, había herido ó dejado fuera de combate á un moro. Tal vez fué el único que matamos aquel día durísimo de fuego y de cansancio. Ahogaba la manta al pecho, dificultando el manejo del brazo. Por aquel día todos merecemos la cruz de Sufrimientos de la Patria.

Cerca del medio día una descarga hace retroceder unos pasos á mi sección. Se repele la agresión audaz, y un diluvio de balas cae sobre las matas. Estallan á mis pies los explosivos, silban junto á mi oído, y con la tranquilidad que da el peligro apreciado, el combate afrontado, sin arredrarme, me defiendo. Tiro lo mejor que puedo á blanco visto, y creo segura mi muerte, porque estoy aislado por los dos costados y se enfila mi silueta.

Hasta ahora la batalla es una tentativa; no hay masas ni plan de ataque. El ángulo defensivo nos ha librado, tal vez, de ser envueltos; eso es todo. Pero las guerrillas de León, que sostienen como nosotros

un impetuoso tiroteo, un exagerado gasto de municiones, se acercan y se les distingue.

Nos vigila el enemigo con mucha pericia, y parece espiar nuestros descuidos tácticos. Al amparo de los macizos de helechos se arrastran algunos moros audaces y tiran alzándose velozmente. Parecen maniquíes. El fogonazo sirve de guía á nuestros tiros, pero la labor es estéril. Se prodiga el plomo, y el cañón del mauser arde. El sudor seca el paladar y se saliva mal. Llevamos muchas horas de fuego, describiendo en torno del monte-eje un sector muy excéntrico. Por fin, damos vista al monte y la columna con gran alegría. Temíamos—¿por qué no decirlo?—el cuerpo á cuerpo.

Avanzada la tarde, ocupamos el monte, desde el que no han hecho resistencia los moros. Emplazados en sus faldas unos Schneiders, atruena su explosión nuestros oídos. Las granadas pasan por encima de las guerrillas y estallan en las cercanías de Zeluán y en los montes. Aplauden los soldados con infantil sinceridad. Las bombas alejan al enemigo, y eso es lo que quiere el soldado hace tiempo. Subimos el escarpado cerro, sedientos. Muchas y espesísimas chumberas. La frase temida corre lúgubremente de boca en boca. «No hay agua, ni pozos.» El aire abrasa. Los solda-

dos están sombríos. Elegimos posiciones en aro, circuyendo el monte. Queda aquí el regimiento del Rey. Los demás avanzan á Nador. Se les pierde entre nubes de polvo. Los cañones destrozan las casas de Barraca y Nador. Presenciamos el bombardeo con extremadas muestras de alegría. La humareda envuelve las Tetas, se enrosca á los árboles y arroja nubes tenebrosas sobre los verjeles, que desde el monte son amplias manchas. Crece la sed y la inquietud. Se confía en los pozos de Nador, y creemos que á la caída de la tarde habrá un convoy. Desde unas chumberas hacen fuego los moros. Aprovechan nuestros trabajos de zapa y atrincheramiento y eligen blancos. Matan á un soldado. Corremos á verle. Nos gritan que deshagamos el grupo, y á poco una bala pasa de parte á parte á un artillero, que gruñe de bruces horriblemente. Otro, otro más. Se enfilan los cañones de montaña y se dispara. Nada. Como una burla macabra, el remington al cañón contesta. Duelo exótico que no acaba sino con la tarde. Nador arde. Se ha tomado sin ninguna baja. El heliógrafo comunica la sencilla ocupación y avisa la partida de un convoy. Gran alegría. No hay ranchos, pero el agua calmará nuestras náuseas. El crepúsculo enrojece los montes de las minas. Se ven distintamente las hogueras de los vivacs

nuestros en Nador, y el humo de las casas y montones de turba incendiados. Se extrema la vigilancia, y para olvidar la sed y los descuidos sin nombre ni calificación de la Administración Militar, observo con qué lentitud y gradación de tintas se anacara el cielo; se desmadeja el rosa, se funde el cobalto en una irradiación grosella, palidece el gualda, y un rojo cereza de fragua absorbe los colores, se estrecha y lame á lengüetazos el horizonte de Zeluán. Arde mi boca como aquel cielo. Tengo fiebre.

El convoy no llega. Miramos los vivacs de Nador con ira.

«Pero... ¡estando tan cerca!...» Nadie se explica. Mis jefes tienen agua; pero es poca. Cuando se acaba, beben champagne. A media noche, la sequedad del rico brebaje francés les irrita las pápulas de la boca, y la sed les enseña lo que sufren los soldados. Nadie duerme. Nadie ha comido. ¿Para qué? Unos soldados han comprado el último bote de tomate en conserva, y lo exprimen en la boca con delicia. Se pide agua; se fantasea con el agua. Nadie piensa en otra cosa que en las frescas panzas de los tarros de Andújar. Los soldados hablan de los botijos con un cariño que da pena. La sed consume. Y, en tanto, los *pacos* estremecen el corazón con su horrible oquedad y su traido-

ra trayectoria. Nador humea y resplandece. Sabemos que hay allí agua abundantísima. La noche nos desespera, y en las trincheras veo con espanto las caras pálidas y contraídas de los soldados. Algunos, ocultamente, saborean trocitos de higos chumbos. Un soldado me describe con pasión artística, con fastuoso lujo de imágenes, cómo son los botijos negros de su tierra. Cierto. También yo sueño en las jarras de loza de La Cartuja, y en las vasijas de azófar, y en el vidrio de los vasos de la ciudad, y en las cataratas de Victoria, de la Rodesia, que allí, hacia el lucero de la tarde, en el África Central, abren sus mantos de agua, clamorosos y riquísimos, en el delicioso venero.

El agua sosa de Aograz no hartaba la sed. Además, estaba impregnada de cal. Las salinas de las filtraciones, de la permeabilización de Mar Chica, hacían aquel caldo insalubre é impotable. Por eso nuestra sed era horrorosa. Nuestro heliógrafo pedía agua. Los jefes superiores se atemorizaban y llegaron seriamente á inmutarse. Y eso á orillas del mar. También en Ali Cherif se sufrió una sed espantosa, aunque no tan larga. ¿Y los carros-aljibes? Pero, ¿y el convoy ofrecido? Entonces sucedió una cosa grotesca, indigna y miserablemente bufa: el heliógrafo nocturno comunicaba que el convoy se había perdido y que mañana

habría agua. La desesperación se desbordó. ¡Perderse un convoy, si nos veíamos los unos á los otros!...

Pasar sed como los ingleses en la India ó en el Camboadge, se comprende; pero á unos pasos de los pozos de Nador, nadie lo comprendía. Y las blasfemias coreaban las protestas, y yo temía una sublevavación, que estaba indicada y que los jefes eran los primeros en invocar contra aquel innecesario y peligrosísimo abandono. Los jefes, unos á otros se pedían agua. Pero el privilegiado que atesoraba un buchecito de ella lo guardaba como reliquia.

Llegaron á mirarse con mucha atención los orines. Temía mirar á los demás. No dormían. La luna no encanta ya. Ni nos fijamos en el panorama de la llanura, ni en las azules montañas donde el enemigo ha encendido sus colosales hogueras, encendiendo por cuatro lados una enorme extensión de arbolado.

La hoguera flameaba en el corazón de cada uno. Un horno era la boca de todos. Los mismos animales de la impedimenta sobrecogían el alma, aumentando el horror de la tenebrosa noche. Sus tonos naturales, bruscos y desarmónicos, tenían ahora un espantoso y claro dejo de tristeza. Piafaban de otro modo, gruñían como nunca en alaridos de monstruosas súplicas, con roncos y agrios bufidos y lastimeros silbos. No exage-

ro, pinto mal aquella noche. El agua caía del cielo á cascadas como en los sueños de los febrilentos y se monologaba trágicamente. Recuerdo detalles que horripilan. Porque era verdadera sed, sed de varios dias, que una batalla habia trocado en ansia de beber. Y aquella noche todos soñamos despiertos en que nos arrojábamos á Mar Chica y nos hinchábamos de beber, como los caballos atacados del muermo, que veíamos morir todos los dias entre atroces pataleos.

No llegó con la aurora el convoy. No hubo, pues, café. El sol alumbró fantasmas. Hacia la madrugada, el relente era muy frío, y nos tapábamos hasta los ojos. Aquella mañana parecíamos ogros. Además, un íntimo trastorno impedía el trato. Nadie hablaba ni obedecía. Se miraba á Nador con los ojos saltados. Allí habia agua. Yo estoy seguro de no equivocarme si afirmo que la sed del cerro de las desdichas selló la lengua y el corazón de los soldados, y les restó moral militar. Ni en la larga estancia en Melilla se han olvidado de aquella sed tremenda los soldados. Fué un error que pudo costar caro. Yo creo que costó. Porque desde entonces el agua fué la única preocupación de los soldados.

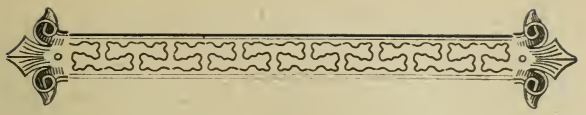
En la marcha sobre Zeluán, un capitán, á sablazos, impedia acercarse á una fuente de un mora-

bito; pero las tropas se desbandaban, y hubo que hacer un alto para aplacar en algo su temor de tener sed.

Mas aquel dia el convoy no vino tampoco. Los soldados pedían permiso para abrir pozos é intentaban abrirlos, con esfuerzos dignos del éxito. Y como en el crisol de los alquimistas, el oro no aparecia. Dia cruento, fatal, milenario. Algunos soldados se escaparon á beber á Nador, y trajeron la horrible noticia de los pozos inagotables y el agua vertida á cántaros.

Y allá, cuando el sol que nos habia quemado las entrañas, convertia en ascuas las vértebras de las montañas de Leddara, apareció una nube polvo en la ruta de Nador. Y la nube fué pronto cabalgata. Y un rugido brotó de los pechos exhaustos. Saltaron los soldados los parapetos, y se abalanzaron al encuentro del convoy. El agua fué tasada, medida. De mi sé deciros que llené con ella mi vasito militar de latón, que me escondí para que no me lo quitaran, pues hubiera hundido mi cuchillo del mauser en el corazón del ladrón, y que la bebí sorbo á sorbo, saboreando con fruición aquel regalo del cielo, deteniéndome á mirarle muchas veces, como un vino generoso y viejo. Y ya calmada un poco la sed y vuelto al camino de la vida, comprendí el célebre verso de Homero: «El alma del genio no bebe vino, sino agua en escudilla.» Y viendo cerca de

mí á alguien á quien el agua no le había faltado, le referí, sonriendo, el episodio aquel de la batalla de Arbelas: Alejandro el Grande, arrojando el agua única que un soldado le ofrecía en su casco. Bien es verdad que en nuestro hermoso siglo, al sacrificio por los demás se le llama medro, y á la dignidad, inconsciencia de la vida.



IX

Preliminares de la toma de Atlaten.

Desde la Cárcel.

Al entrar en mi tienda de campaña encontré á los soldados disgustadísimos. Me increpaban y zaherían porque yo siempre, bondadosamente, les anunciaba un próximo embarque, y aquella tarde habían sabido una mala noticia. Era la única manera de tenerlos á raya, y de que por las noches me dejaran un hueco junto á los fusiles, donde, en la postura de un idolillo japonés de jade, pasaba las noches. La mala noticia consistía en un nuevo avance á las minas. Sólo esta palabra producía en los soldados una decepción singular; no cobardía, sí repugnancia. El fracaso del 30 de septiembre les perseguía como un fantasma; como la batalla de

Friedlan al granadero bretón. Además, no les interesaba ni poco ni mucho la riqueza del suelo africano, debido á que nadie le había enseñado una palabra del problema español en Marruecos. Les disgustaba derramar su sangre por una Empresa particular, según ellos creían. Así es que aquella noche sufrí pacientemente sus cuchufletas y sus escarnios, groserías que, á veces, ponían en mis labios repulsas dignas, pero sin éxito. ¡Pobres cabezas!

Mal se durmió en la tienda. Ardía la vela cogida al mástil por un alambre. El suelo estaba cubierto de cuerpos de 45 soldados, encogidos en inverosímiles contracciones, enroscados con el arte triste del vagabundo urbano, apelmazados como radios muy juntos de una gran rueda y acoplados con un ajuste que me hacía recordar la micrón de las puertas del Laboratorio de instrumentos militares de precisión en el Hipódromo. La manta les envolvía perfectamente y apoyaban su cabeza en el equipo. Al levantarse uno para salir, pisaba á los demás y se alzaba de la extraña masa tupida un dolcroso y desesperado vocerío. Negreaba el cielo cónico de la tienda; moscas. De un lado salía el humo de un cigarro y de otro un ronquido. En el cuadro de la ladronera abierta brillaba tanto Sirio, que en el húmedo ambiente había trazado un

halo lívido su rayo blanquísimo. Hacía mucho frío. Tosían. Rachas de viento fuerte, cogiendo de través la lona, mal tendida por falta de cuñas, bamboleaban la tienda con ese estrépito bronco, marino, de las velas azotadas por alisios opuestos. La puerta, por las aberturas, mal atadas con cuerdas, dejaba pasar una helada corriente, y los muchachos cercanos á ellas se estremecían y apretaban. Recordaba las verjas de San Cayetano á las dos de la madrugada, y me imaginaba como un consuelo las tiendas morunas de pieles de camellos y las covachas de los singanes en la travesía de la ruta del Brenner. Hedía. Bajo aquellos cuerpos se extendía, ya podrida, como turba de cuadra, la paca de paja que nos habían dado. En el muelle formaban éstas colosales montones derrumbados hacia el mar y miserablemente perdidos. Aquella paja, nunca saneada por irrigaciones antisépticas, hervía de piojos. Nunca, nunca, durante la campaña, he visto que un sanitario inspeccionara una tienda.

Al amanecer, antes del bellísimo toque de diana, repartieron la menestra: pan, patatas, arroz, tocino, latas de sardinas. Esto grava el equipo; pero tiene la ventaja de que así los mulos pueden llevar sacos con la ropa y menesteres de los sargentos. Los soldados embaulaban en el morral las vituallas con sumo dis-

gusto y gran experiencia, pues no hay peso que más ofenda en las marchas y los combates. Llega á ser insoportable, insufrible. Se arroja, aunque al hambre y al cabo furriel les pese. Y no ha habido escarmiento. Es muy cómodo á las compañías no llevar muchas acémilas, por si acaso. Y no comprendo cómo los capitanes permitieron que el soldado fuera abrumado de fatiga bajá un sol de 40 grados, cuando, además de estos pesos inverosímiles, llevaba encima tres y cuatro canecos de agua, que esos sí no estuvieron de más nunca.

Y nuevamente tomamos la ruta de Nador. La calle del General Chacel, silenciosa y sumida en la lividez de la aurora, parecía el doble telón de un gran escenario. La Puerta del Campo, con sus faroles encendidos; la perspectiva azul del mar, las nubecillas rosáceas, la irradiación pálida del matutino alumbramiento, daban la completa ilusión de un juego de telares en una ópera de gran espectáculo. Y, conforme avanzábamos, el Peñón del presidio, con sus eléctricos fanales; la inquietante silueta de los barcos de guerra, con sus fuegos de posición en las vergas y el fragor del mar, que barría los arenales del Hipódromo, aumentando la ficción escenográfica. El óvalo del sol rojo, refractado en haces, substituía al estroncio, y

bastaba aislarse de la columna para creerse comparsa.

Dejamos atrás un enorme depósito de agua y la fábrica de la estación. Sorteamos el corral del Cabo Moreno, la aduana del bandido. Un rayo blanco descubría el cipo fúnebre de Pintos. Los arcos metálicos de los lavaderos del mineral. Y teniendo como flancos las vías española y francesa, comenzamos á andar aquel camino que llevaba á la guerra. El sol derribó las telas y convirtió los lugares en realidades.

Y con el sol volvieron los ruídos de la vida. Vimos por las faldas del Gurugú Caballería, y oimos el metálico choque de los avantrenes y las piezas. Piafaban los caballos. Y con el día despertaba un amplio movimiento militar. Bajaban escuadrones de Camellos, regimientos de Cabrerizas y del camino de Santiago. Delante de nosotros descubrimos los zig-zags de otros regimientos, en columna de viaje. Detrás, más tropa, producía ese mosconeo singular de los batallones, que es el producto de muchas voces y tiene un precioso acorde dominante, como nota de fuelle en el armonium. Inusitado, teatral, maravilloso todo aquello.

El mar se había incendiado. El encanto de la noche se había resuelto en prosaica perspectiva de lomas rojas. Un blockhaus. Otro. Más allá otro; en él cierta mala noche un oficial, muy joven, murió en brazos de

la Patria, como el soldado de Pola. Vuelvo los ojos al Gurugú. Basbal yergue su cima monda, y la grieta del barranco se abre de lado, en monstruoso aborto, como el cráter del Vesubio. El musgo aterciopela el campo de batalla del 27. En un picacho sueño un león herido de bronce, y por asociación de imágenes recuerdo el águila expirante de Bramtome en Waterlóo.

Un oficial me dice: «Nos reuniremos en Nador lo menos 20.000 hombres. Es preciso dar un golpe que repercuta en el ministerio de la Guerra.»

Yo pregunto al oficial: ¿Vamos á Tazza? Sonreímos los dos, y ojeamos el magnífico espectáculo de los regimientos, marchando en todas direcciones por el abrupto terreno, bajo los fuegos de las posiciones, que, como un anillo estratégico, vigilan el monte odiado. El mar brama. Hay Poniente. Unas nubes muy densas cubren el horizonte de Beni-Sicar. El sol nimba sus extremos y los desmadeja, pero hacia el centro ennegrece su panza. Caminamos de prisa. Los soldados se preguntan: «¿Dónde está Atlaten?» Otros dicen: «¿Hacia dónde cae Tauda?» Y se comunican sus recelos de que tal vez haya *jaleo*. No descansamos, como otras veces. Crece la voz gigante del mar. El aire se afina, se sutiliza, ondula y se enfría. Habrá lluvia. Sobre el Cementerio de Melilla una nube muy

blanca finge un ángel que camina á nosotros con las alas desplegadas. Y su diseño es tan claro, que el oficial ve el espectro. Esa nube la he visto otra vez en Rostrogordo; venía de Cazaza, muy lenta, y semejaba un pájaro desmesurado; la luna le hacía terrible y alucinaba encontrarle sólo en el espacio, flotando bajo el polvo estelar como un siniestro lábaro.

Al transponer el penoso cerro del Atalayón, nos detenemos. Entonces presencio una situación muy bella. Una larguísima columna militar, que parte de nuestra cabeza, traza de una espiral muy larga, que se desarrolla sin intervalos y llega al reducto de Saboya.

Y otra, que parte de nuestra cola, se extiende hasta más allá de la segunda caseta. Alegran el rumor y la visión de tanta gente. Los soldados confían en su número y parecen muy animados. Pasan los camiones automóviles. Llevan neumáticos de cremallera, y dan la esperanza europea de su poder. Son realmente magníficos transportes, que muy bien pudieron llevar agua y otras cosas en tiempo oportuno.

«¡Viene Marina!», gritan los soldados. En efecto. La visión de un Cuartel general es siempre interesante. Además, Marina es un enigma para los soldados; no tiene en la capacidad mental de los soldados un determinado valor, esa caracterización que pone

junto al nombre del general un adjetivo. Se dice Marina á secas. Un observador sagaz vería en ello un mal; yo creo que ese mal sería en un campo de batalla europeo la más formidable de las derrotas. Aquí es indiferente. Nos agolpamos en fila de curiosos á su paso. Viene despacio, solo. Detrás de él una lucidísima cabalgata, igual quizás en número á la que seguía á Don Alfonso XIII el día de su coronación. Encanta el cortejo y fortifica. El caballo del general en jefe camina majestuoso, dulce, fácil. El general le lleva suelto, al parecer, y abandona su cuerpo al paso del bruto en balanceo natural y agradable. Es pequeñito, cuadrado y grueso. El ros de funda negra, su barba y la cara que se pierde en ella, el cuello corto, casi perdido en la amplitud de los hombros, forman una silueta sencilla de general español. Se detiene á saludar á nuestro coronel, y al darle la mano noto su viveza senil y una íntima conciencia de su importancia. Su aparatosa escolta me seduce. Hay moros magníficos á caballo sobre corceles blancos, velocísimos y fieros; hay jinetes con borlas y fajas azules y rojas, jefes de todas las graduaciones é intérpretes, agregados de la Escuela de Guerra. Un vistoso grupo que hace pensar en una gran jura de banderas. Echo de menos la Escolta Real. El general se acerca más á los solda-

dos. Viste sencillamente y le aureola una gran placidez, un estoico dejar hacer, una viva naturalidad. Observa el panorama sin mover el caballo, y llamando al *Gato,* parten los dos á un galope elegantísimo, seguidos de lejos por la cohorte fastuosa, digna del tiempo de las Cruzadas.

Me queda la impresión de haber visto un general en jefe; pero su imagen se desdibuja, se funde en el uniforme, y hoy que os le describo, le veo todavía como un bulto negro, cuadrado y grueso, á caballo en un alazán negro y á ras del cuello del caballo. Llueve. En marcha. Muge el mar y el aire. Debe en las alturas existir un gran desequilibrio atmosférico, porque las nubes no descargan y se cruzan en extraños cirros. Al llegar á Nador, como Wellington, años después de Waterlóo, encuentro que me han cambiado el campo de batalla del 17 al 24. No me oriento. No importa.

El campamento se establece perpendicular al reducto de Saboya. Vivaqueamos á cielo abierto, en larguísimas filas, muy cerca de 20.000 soldados. Se cierra en agua el cielo; pero el diluvio se deshace en viento. Las nubes cubren el cielo como un toldo, y la tarde es grisácea, sucia, tristona. Cerca de la noche alzamos las tiendas de campaña que nos han traído los

camellos y los carros de Administración. Humean las calderetas del rancho. Anochece. Sobre las Tetas de Nador hay cuatro campamentos. Un rumor inmenso se extiende por el ámbito y no muy lejano, á intervalos isócronos, el mar rompe en bramidos como la sirena de un barco. La luna se abre paso entre las nubes, y como está en nuestro meridiano, destaca las tiendas, las ilumina y tiende sobre el vivac la paz mortecina de su lumbre. La atalaya del reducto rompe la simetría del campo. Al toque de retreta observo el Milón, cerca del collado de Atlaten, y me estremezco. Una formidable hoguera. Los soldados la observan también. Nos esperan. A las dos de la mañana la hoguera es un incendio. Muy lejos, en Leddara, la contestan otras fogatas. Y en el grandioso silencio del vivac, alzando al cielo azul los ojos, veo en torno de la luna un halo cuyo diámetro debe ser de muchas leguas. Los perros ronzan los huesos, los roen con hambre. No hace frío. Contemplo con dulzura cómo duerme el soberbio aparato militar bajo la frágil lona de las tiendas, y cómo arde en las faldas del monte todavía la hoguera de Mizziam.

Se habla de un vastísimo plan de combate; tres, cuatro columnas; conferencias de generales; un admirable y definitivo ataque al collado llave de las mi-

nas. Y mientras discuten los generales, yo me paseo por el reducto de Saboya, y entro en las cantinas, y bebo á la salud de mis jefes. Es una preciosidad este reducto. Parece arrancado de una sala del Museo de Artillería y trasladado aquí. Las calles están tiradas á cordel, enarenadas con finísima tierra y adornadas con jardincitos y figuras lineales de valvas de moluscos. Pero el *clou* del vivac es la calle de las cantinas. Una calle de Fez, la de los bazares. Las barracas, adosadas unas á otras, son de madera. Allí encuentran los soldados todo, menos agua. Una romería el curso de la calle. Moros, hebreos, periodistas, confidentes, jefes y soldados de todas las Armas, á pie y á caballo. Se transportan las mercancías del muelle de Mar Chica. Se vocifera, se grita, bailan los soldados, se pide pan á voces y se come entre gritos. En cada mostrador se agolpan cien que quieren ser servidos á un tiempo. Humea el café y la profunda cacerola de los churros. Huele á verbena de pueblo. Se camina empujando, á empellones, á codazos. Los grupos entorpecen el paso. En los figones, en bancos, comen multitud de soldados, que hablan de Atlaten y Taxuda como de lugares misteriosos llenos de encantos y de moros. Los reposteros argelinos y malagueños hacen negocio. Se bebe mucho, se habla, se entusiasman

unos á otros. Los paisanos se descubren entre una gritería de sorpresa.

Y de vez en cuando la multitud, que es en muchos sitios muchedumbre, abre paso á la patrulla de la guardia Toca en la plazoleta de la atalaya la banda. Un grupo muy grande la rodea. Aires regionales, cosas de soldados. Bailan y corean; tararean otros. Los clarinetes y las trompas hacen las delicias de los soldados con sus dulzuras y estridores. Cantos de la tierra, fácil acorde, tiernas remembranzas que hacen llorar mientras se mastican *alcahueses;* dolorosos ecos de la guerra que hacen reir, ya pasados. Y á las seis, cuando el sol no ilumina la bandera, el emocionante toque de oración, el ángelus y el izado de la enseña, dos cosas muy sagradas y muy bellas cuando se es soldado; una melodia religiosa muy grave, en tono menor, interrumpida bravamente por la vieja Marcha austriaca. Firmes los soldados, la mano en las sienes, en inmóvil postura, escuchan y rezan. Un rico instante de emoción que hace palidecer. La sombra santa de la Patria, en la actitud de la Purísima, cruza ante los ojos, rauda, calzada por la luna y aureolada de estrellas, flotantes las orlas rojas del manto, que tiene, como su nombre—Hesperia—, los colores del crepúsculo de la tarde.

En movimiento el monstruo. Detrás de las Tetas avanza una gruesa columna, otra costea las montañas; la nuestra ocupa el llano.

Avanzamos muy despacio por el campo de batalla del día 17. El globo anaranjado viene con nosotros. ¿Se le romperá el hilo del teléfono como el célebre día?... Los soldados van muy preocupados y noto en ellos una atención extremada. Son más cautos; hasta parecen más valientes. Les gusta, sin duda, avanzar protegiéndose unos á otros, en número de 20.000 hombres. En secreto, su conciencia les dice que los moros no harán frente á tan numerosa Infantería y les envalentona la probabilidad de no ser atacados. La marcha de las columnas es penosa. Al medio día hay un momento de emoción, pues en el cerro de Sengangan los moros espían nuestros movimientos. Al mismo tiempo, la otra columna amenaza las estribaciones del collado de Atlaten, y el regimiento del Rey vigila las salidas y lomas de las minas francesas. Los moros reclutados por la hoguera de aquella noche, ceden, no sin tirar. Suenan los agrios *pa-cos.* Una guerrilla contesta. Los últimos cartuchos quemados por los moros han logrado hacer un herido. En la cumbre de Sengangan no hay nadie en las casas. Se registra y se sella la casa del Mizziam; hay una alberca con patatas mondadas,

brasas en el hogar. Los soldados coronan las posiciones. Nuestro regimiento guardará la retirada. A la caída de la tarde la vuelta al reducto comienza. Quietos nosotros, presenciamos el desfile de los demás, hecho al amparo de las posiciones tomadas. El lujo de fuerzas no ha sido justificado aún, pero el general en jefe ha procedido como un buen padre de sus soldados. Vale la pena un hombre, por bruto que sea. Y tal vez, si en las anteriores operaciones se hubieran movilizado así las fuerzas, disgregándolas en columnas y atacando á un sitio fijo por varios lados con intención de vivaquear en la posición tomada, no lamentaríamos hoy escaramuzas desastrosas, que no fueron hecatombes gracias á que los moros se parecen mucho á nosotros, y á veces nos copian con demasiada perfección, para bien nuestro. Dos cosas temen los moros: el ataque franco de frente, y el ser envueltos; es decir, las dos ideas madres de toda estrategia.

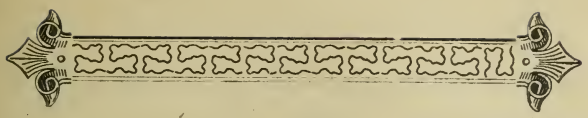
Ha faltado conocer este sencillo dato. Lo reveló Atlaten.

La proeza había terminado. Volvíamos victoriosos. Los 50 moros de Mizziam habían huído ante 20.000 soldados, en lo que habían demostrado cierta civilización y no poco sentido práctico. Sin embargo, nosotros estábamos inmóviles en la boca de las minas, y era ya

la noche. Las nubes se agolpaban en las cumbres del Gurugú, negruzcas y amenazadoras, deslizándose arteramente por los barrancos. Al iniciarse la retirada nuestra caían gotas de agua, muy gruesas. Los jefes debían tener órdenes severísimas, porque nunca he presenciado una retirada tan académica. Ni en los Alijares. Sólo faltaban las fogatas pedreras. Escalonándose las secciones, apoyábamos la marcha sucesiva. En las montañas enemigas no había un moro para un remedio; pero es indudable que un ejército de 20.000 hombres necesita justificar un movimiento y ser digno de su número. Mas las nubes bajaron de los montes, resbalaron por sus faldas, se prendieron á los riscos, lamieron el suelo y, como una tromba, se echaron encima. Y sucedió una cosa graciosa. Que la retirada fué de veras. En filas de á cuatro, envueltos en las mantas, apretados cuanto era posible, pusimos nuestra marcha al compás de nuestros deseos y entramos valerosos en el radio de acción de la tromba. Una marcha entre los remolinos de una tromba de los trópicos. Nos calamos los huesos. Llegamos al vivac rendidos, algo desilusionados, y con cierto peso en la conciencia de no haber luchado y vencido tan fácilmente lo que tan caro costó el 30 de septiembre y el 17 de octubre.

Una explosión nos aturde apenas dejados los equipos en las tiendas. Salimos alarmados. Algo sube al espacio silbando. Un cohete de señales. Trepida y se abre el saquillo en el viento y derrama flores luminosas de colores, esparciéndolas á puñados en maravillosa orgía de luz y matices. La negrura de las nubes aumenta el infantil efecto del volador y reímos el juego de artificio, y nos olvidamos de nuestros uniformes empapados, con la agradable fiesta de pirotecnia. Otro. Otro más. Es encantador ver descender aquellos globitos rojos, verdes, azules, blancos, que parecen de talco con la luz dentro; chispas que se funden en el aire y lágrimas como luciérnagas. Otra explosión y nueva algazara. Cesó la lluvia.

Humean los ranchos. La luna abre un claro en las nubes y las esparce, las clarifica, las blanquea, las sube hacia sí, tan alto, que no se ven. Y, como la víspera, traza en torno suyo un halo cuyo diámetro es de muchas leguas. Contemplo con dulzura los caprichos del cielo. Y en el Milón ya no hay hoguera. Un resplandor contráctil chispea. Atlaten tiene ya lengua y habla con el monte Arbós. Y en silencio, observo, ensimismado, cómo dos montes hablan.



X

Entrada del regimiento del Rey en Melilla.

Desde la Cárcel.

Al anochecer oimos un gran rumor. El regimiento de León debe estar muy alegre, pues sus vivas explotan en el aire como cohetes. Creemos oir música. La noche cierra en agua y el crepúsculo apenas ha sido una cinta lívida en el horizonte de Zeluán. Nos asomamos á las trincheras, pero en las lomas no hay una sola luz. Las hogueras de los ranchos agonizan aquí y allá. La luna da cierta transparencia á las nubes, y aunque llueve, el cielo no está obscuro. Desde las avanzadas, unos buenos ojos descubren la mezquita de Barraca y el farolito que todas las noches oscila,

suspendido de un árbol. Hay allí un asesino que espía toda la noche. El menor ruido le sirve de blanco, y al relevar la guardia, una bala silba cerca del grupo.

—¿Por qué estarán tan contentos los «Leones»?...

Llueve toda la noche suave, lentamente. Unas nubes cenicientas, empapadas en rayos de luna, riegan despacio las Tetas. Desde las avanzadas se ve brillar una luz en el monte Arbós, y una hoguera formidable en las crestas lejanas de Alí Cherif.

Bajo la manta espían los ojos en la soledad tenebrosa. Algún perro, rápido, cruza por el radio de la visión, ó un avión nocturno vuela á ras de tierra, tendiendo una gran sombra. Enfurece la ducha continua. Pesa arrobas la manta. Y en el cielo, ni un claro que anuncie un día sereno. Gradualmente el aire, constante hasta ahora, se mueve como la manecilla de la rosa de los vientos, en direcciones opuestas. Es frío, vario, veloz; silba, oscila, molesta y concluye por remover los nubarrones, lanzándolos sobre el mar. La luna se abre paso, y parece que es ella la que camina por el espacio y entre el denso nublado. De Atlaten se acercan negros estratus; los cercos son lividos, parduzcos. Deben estar muy bajos, pues rocian de agua los lugares por donde pasan. Corren también al mar.

A veces toma el cielo el aspecto de un telar de bambalinas, y como la luna las ilumina de través, la ilusión es sorprendente, pictórica, escenográfica. Un cielo así es un encanto para un acto de ópera.

El *Paco* del arbolito no cesa, y su voz robusta, seca, mortal, estremece á intervalos la serenidad del ambiente, como un velocísimo pájaro que hendiera con el pico una ruta en cristal. Las estrellas centellean en algunos claros. Andromeda y Perseo brillan sin el obstáculo de los vellones, que roban luz á Casiopea. La nebulosa de Orion parpadea libre en su gran desgarrón.

—¿Por qué estarán tan contentos los «Leones»?...

Alguna buena noticia. Corren rumores de próxima vuelta á España; pero han sido tantos los deseos chafados, que no se puede creer en otro. Llevamos cerca de tres meses en campaña, durmiendo al aire libre, bebiendo cuando hay agua, lejos de Melilla, en el suelo rojo de estas grandes llanuras ó en el húmedo limo de los verjeles de Nador. Las marchas han sido continuas, y los ataques del enemigo desesperados, certeros. Para más abundamiento, la estación de las lluvias ha sido este año cruda y sin precedente. Ella nos ha arrojado de las chumberas á las Tetas y nos ha puesto en peligro de ser arrollados y sorprendidos.

La luna ha vencido. Opuestas corrientes desbaratan el nublado. Perdida la densidad por un descenso de temperatura, las nubes ó ascienden ó se deshacen. Reina sola en el espacio. A su favor contemplo, como en un plano orográfico, la encenagada llanura vastísima de Arkemann, por la que hemos peregrinado tantas veces en éxodos amargos, y las montañas de Leddara, recorridas de extremo á extremo en algaradas de incendios y devastaciones, volando aljibes y dejando á nuestro paso, con el horror y el escarmiento de la destrucción, hogueras de casas y silos. «Brigada Aguilera estar perro» —decían los moros—. Hemos bordeado Mar Chica. Desde mi puesto, la laguna azul recorta en amplia rama de espiral la llanura, que es una charca, el fondo de un inmenso lago desecado por un hundimiento espontáneo de las aguas.

Nuestro trabajo ha concluido. Fracasado el avance, más lejos de Zeluán, ¿qué esperamos allí, acampamentados en las Tetas? La carretera para los Saint-Chamond está ya hecha, colocadas las piezas, dominada toda la extensión que abarca mis ojos. ¿Será, pues, ese rumor de alegría la señal de nuestra marcha? Nada se sabe. Estamos acostumbrados á recibir las órdenes con unas horas de antelación. Esperemos.

Las nubes, siempre en círculo, se alejan retroce-

diendo. Abren una circunferencia cada vez mayor. La luna es siempre el centro. Al llegar al cénit, la luna mengua, crece el vigor de las constelaciones, y el polvo de algunas nebulosas mancha el fuerte azul del Nordeste. Distrae esta contemplación celestial. ¿Y qué otra cosa se puede hacer estando de guardia? Se han olvidado de relevar, y el tiempo pasa así perfectamente. Tirita el cuerpo porque la carne es débil; pero el alma se ensimisma, fijos los ojos en los astros. Mi alma no se pierde en el cielo; conoce el mapa estelar y gusta de admirar las estrellas dobles, los sistemas de astros, fundidos por la formidable distancia en un solo haz lumínico. Sueño en los crepúsculos variadísimos de los felices planetas que ruedan en torno del alfa del centauro, y desdoblo aquella estrellita de Perseo que centellea, lejana, en dos globos, anaranjado y rosa. Soy fuerte, y, á veces, implacable conmigo mismo. Suelo estar muchas horas de pie, apoyado en el fusil, atenta la visión á las bellezas de la realidad y á las crudezas del ensueño. ¿Por qué no ha de mirar el soldado al universo? Una de aquellas balas traidoras que silban á criminales intervalos, puede esparcir como polvo ó humo sus energías en aquel espacio, tan azul, tan tranquilo...

A eso de las nueve de la mañana llega la gran noti-

cia. Albricias. Partiremos á Melilla pronto. Pero, ¿así como estamos?... Así, como estamos. ¡Qué diablo!... De héroes es ser sucios. Parecemos desenterrados. El rayadillo desaparece bajo un costrón infame de cieno. El agua y el barro han amasado sobre el uniforme una argamasa, una especie de molde tan asqueroso como honrado. A gala tenemos esa porquería. Nunca como hoy nos hemos sentido soldados. La alegría de una próxima marcha ha derramado sobre el vivac el cuerno de la abundancia. Se abrazan enemigos irreconciliables; se dan la mano los unos á los otros; se compadece con grandes muestras de dolor á un torito que despedazamos la víspera, y cuya piel, á secar, parece el contorno del mapa de España; se felicitan las clases, y la alegría se entrega á regocijos infantiles, á celebraciones grotescas. El reparto de la menestra, amargo trabajo en víspera de marchas hacia el enemigo, es ahora un encanto. Se llenan los morrales de patatas. Hay quien se presta á llevar un saco de ellas para aliviar en algo al mulo de la impedimenta. Se forman grupos, donde se discuten con gran magnificencia lo que ellos llaman batalla de Tahuima y toma de Zeluán. Las penas recordadas son ahora gérmenes de heroicas oraciones y discursos bélicos. La visión de Melilla ilumina las inteligencias, y tontos de remate asombran

con elucubraciones. Se lanzan especies mirificas. Hay que ir sobre Melilla á marchas forzadas. En el puerto esperan los transatlánticos que nos han de conducir á Málaga. Los corazones arden como el sol. Hallo á necios absolutos, ensimismados, contemplando el paisaje deslumbrador. Un cabo, que es un bendito, me habla, conmovido, del mérito del general Marina, que ha conquistado todo lo que abarca la vista. Los sargentos danzan en su propia salsa. Están orgullosos y bracean, al andar, con marcialísimo coraje. Ya era hora. Bastante se ha sufrido. Siento que me abrazan unos brazos sinceros y me estrechan: es un pobre voluntario, muy célebre, que está envuelto el hombre siempre en una manta. Enfermó hace tiempo, y, como el médico no le dió de baja, y él no puede hacer servicio, fantasmea. Me jura que andará sin fatigarse desde allí hasta Melilla. Es muy probable.

Hay gran algazara entre los jefes. El capitán, que sale de la caseta de los sargentos de dictar las relaciones de propuestas por méritos de guerra, me felicita efusivo. «Estoy propuesto para unas cruces rojas; me he portado muy bien; lo merezco.» Estoy aturdido. Esta gente se ha emborrachado con oxígeno puro. La idea de que la guerra ha concluído, los vuelve locos. Más tarde, en Cabrerizas, al dar yo la noticia falsa de

un próximo embarque á los oficiales, me estrecharon las manos con ingenua y alocada satisfacción, que, en el fondo, encerraba una falta grave.

El capitán se enfada porque no queda un ros para un remedio, y será preciso desfilar por las calles de Melilla con el gorro de cuartel. Los soldados han arrojado de sí cuanto les daba peso. ¿Por qué no han de fijarse en ello los jefes de Estado Mayor y aliviar el monstruoso peso del equipo? Formados sobre las Tetas esperamos el toque de marcha. Yo miro alternativamente al paisaje y al sol; no sé decir cuál de los dos es más hermoso. Terreno de mis andazas ha sido aquél.¡Dios quiera que sirvan de mucho provecho á mi Patria aquellos kilómetros de tierra erial, y la gran laguna muerta, de sal, como el estuario de Genezareth! Mi poca inteligencia no ve grandes resultados de la aventura y de la sangre vertida; pero no es de ciegos el criticar la gama de colores ordenada por Hemboltd. Doctores tiene mi Patria que sacarán de esta duda cruel á mi insólita vena.

La alegría toma características alarmantes. Se abrazan los soldados, se confían secretos. Hay quien cree verse libre ya de piojos, bañado, afeitado, limpio y pasando marcial entre arcos de follaje, gallardetes, flámulas y guirnaldas de farolillos japoneses por la

Castellana, ante la pálida silueta del rey, encogido ante sus guerreros. La avidez de marchar me recuerda tristemente la pesadumbre y la tardanza de los días atroces, cuando el vivir era un problema, y, á veces, con frecuencia, una especie de absurdo. Melilla es para mis buenos camaradas lo que Jerusalén para los Cruzados. La meridional cabeza la ve en lontananza labrada en un pilón de azúcar tan grande como el Afra, ó el Axao, ó el Uixda. Del laberinto de voces que en vano persigo para extractar una que dé idea de un estado general de conciencia, descubro el interés pasmoso de huir de aquellos lugares de maldición. El duque marchó á Melilla hace días, aprovechando un claro. Tuvo miedo real, y con razón, porque el cielo ofrecia ese aspecto de bocaza de monstruo, que amenaza tragarse la tierra. Y huyó hacia las dulzuras de un hogar coquetón. «¡Quién fuera él!», decíamos.

Nos miramos los unos á los otros con estupor. Parece que la tierra acaba de abortarnos, en un parto horroroso. Somos tierra, terrones vivientes, seres embrionarios cargados con un fusil, estatuas modernas vaciadas en cera perdida, mitad hombres, mitad masa. Hace mil años que no nos lavamos. Las barbas nos dan un bonito tipo de chivos. Y aquellos trajes serían despreciados, por absurdos, de los mineros más cochi-

nos. Nos consuela de ello la visión de la gloria, cuyo camino se abre por vez primera ante nosotros. Somos gloriosos. Vamos á Melilla sin generales; Orozco enfermó; se enfrió Aguilera. Además, estamos diezmados, y hay secciones que producen el escalofrío de lo sublime heroico, pues están en cuadro. Las lluvias dejaron fuera de combate á los bravos. Recorreremos. pues, la vía militar, sembrada de flores y lauros. Como trofeos conducimos nuestros trajes, y como despojos sangrientos nuestros rostros, que más que faces de hombres parecen extrañas máscaras de varones silvestres. Honor á nuestra suciedad. Sonreiránnos las hermosas y nos mirarán aterradas desde los balcones, celebrando nuestra fiera silueta de luchadores. En marcha.

Dirijo una última mirada al paisaje, y descendemos por la escarpada pendiente de la Teta. Dejamos, á nuestro paso, un rumor sonoro, como humo de locomotora, y en él nuestros sueños de grandezas. ¿Qué hubiéramos hablado si en vez de venir de Nador hubiéramos ido con Bonaparte á Moscou?... Soñemos en nuestra entrada triunfal, mientras esperamos al primér batallón cerca de un aduar de adobes derruído por la Artillería. Resoplamos inquietos. Abrimos latas de sardinas, y engullimos como héroes. Firmes; se nos

lee una orden de plaza. Será preciso entrar marcialmente al compás de la banda. Luego no se bajará á la ciudad hasta haberse convertido en hombres como los demás. Es una grande y á todas luces sesuda proclama. No está bien hacer gala de fieros por las pacíficas calles de Melilla. El mérito ha de encubrirse decentemente, y no hay más hermoso caso que un héroe que luce en sus puños unos magníficos almidonados. Estamos conformes con la orden.

No pesa el equipo; una de las muchas maravillas de la voluntad y de la satisfacción. Como en el mensaje de Cristo á Juan, preso en Herodiade, podemos decir que los cojos andan, los ciegos ven, oyen los sordos y los mudos hablan. Porque es un bello fenómeno observar que al toque matinal de reconocimiento nadie había acudido, siendo así que la víspera daba grima aquella cola de difuntos alineada cerca de la tienda del médico. Uno que no podía andar, porque afirmaba tener baldadas las piernas, andaba hoy como un manolo. Melilla enfrente, ¿quién no anda? Como el inválido de la Puerta Indiciaria, arrojaron las muletas los cojos ante la visión de Melilla. Era preciso marchar, costara lo que costara. Dígalo, si no, aquel buen corneta que ayeaba lúgubremente el otro día, mirando sus pies envueltos en algodones profilácticos y que

hoy camina triturando guijarros y pedernales con las plantas más seguras del mundo. Los *maulas* ríen; los enfermos danzan; gallardean los impedidos; un soberbio espectáculo de taumaturgia militar.

El repecho del Atalayón está salvado. Un ¡ay! se escapa de nuestros corazones. Se ve ya la ciudad de promisión. Una nube bajo el sol nos encierra en la sombra proyectada, y arroja como un reflector, su luz sobre la ciudad. Destácase ésta en el mar como un escollo piramidal truncado, sembrado de viviendas amarillas. Altas montañas tienden detrás un telón azul muy obscuro. Los soldados, orgullosos, gritan con embeleso el nombre santo. Nos impulsa un viento desconocido. Nuestra marcha parece una huída. Entonces vemos á los regimientos de Ceriñola y San Fernando que avanzan para relevarnos. Van diseminados, en guerrillas de flanqueo, muy nuevecitos y muy monos, con sus gorras de plato. Los soldados gastan bromas inocentes con ellos. Les aseguran que no vayan con tanto cuidado, porque ya no hay moros, y les echan en cara su traje de bisoños. Nuestra veteranía tiene estos privilegios. Un cabo de San Fernando nos pregunta, con aire socarrón muy castizo, que «si somos por ventura las momias del barranco del Lobo».

El sol desciende apresuradamente. Hacemos un alto

al dar vista á la segunda caseta. Trabajan moros y andaluces en el tendido de las vías española y francesa. Vigilan, muy serios, unos guardias civiles. Ahora resulta que no tenemos prisa. Quiere el coronel que lleguemos al anochecer, para no destacar de las sombras á sus soldados. Es, realmente, la única manera de no espantar á la gente bondadosa y burguesa. Un desfile nocturno es digno de nosotros, y quedará de él impresión imperecedera. Comemos despacio, mordisqueando el pan de munición; un pan casi siempre crudo, color de paja sucia, cuyo sábor es una especie de postulado de Euclides. Abrimos la segunda lata de sardinas. Estos bicharracos no son tan inútiles como parecen, aunque sí un poquito indigestos y un si es no es cargantes.

A las tres de la tarde hemos cruzado la segunda caseta, por la carretera. El sol derrama sobre Ait Aixa una cortina de haces de rayos y polvo. Vivaqueamos de nuevo junto á Mar Chica. Perfectamente alineados, contemplamos con emoción el macizo de la ciudad. Arden las ventanas de sus edificios como espejuelos de las facetas de un prisma soberbio. Se destaca la grúa de las obras del puerto cerca del murallón del mar, y posamos los ojos en las lineas esbeltísimas de esa buena fragata nuestra que estuvo en el Callao y

que estará, seguramente, en el día del Juicio, si es que no la envuelve un vendaval de bolina como el del Golfo de Lyon.

De nuevo en marcha. Nada es comparable á nuestra ventura. La ciudad es cada vez más grande, se precisa más. Ardemos en deseos de poseerla, de verla, de pasear por sus calles, de ver mujeres, de comer en tabernas, de charlar en cafés. Frecuentemente es preciso refrenar el paso, porque devoramos distancias. Poco á poco Melilla se nos ofrece en toda su magnificencia. Es una ciudad fea, rematadamente fea; pero que, como las mujeres feas, tiene el encanto nada vulgar de ser buena. A nosotros nos parece de perlas. Soñábamos en Nador y en la Alcazaba una cosa así. El camino es detestable; pero peor es el del Infierno ó el de Nador ó Zeluán. Los muchachos filosofan cosas tan serias como esta: «¡Qué haríamos si nos dijeran cabeza variación derecha, de frente, march!...» Probablemente, sentirse cojos, mancos y ciegos. Cerca del Fondak, donde una tarde se rezaron tres padrenuestros celebérrimos, nos forman. Es la primera vez que marcharé al són marcial de la charanga, y siento los preliminares de la emoción, un vehemente deseo de ser reconocido por las gentes, á pesar de estar tan sucio. Perdón; esto es muy humano.

Marchamos en filas de á cuatro, pausadamente. Se ha ocultado el sol, pero no me fijo en el crepúsculo. Estoy encantado de mí mismo. Un varonil toque de corneta, sostenido en vibraciones de una harmonía fiera é imperativa, nos clava en nuestro sitio. Los arrabales están llenos de gente ansiosa de vernos. Somos los primeros batallones que vienen de la guerra, los únicos que han hecho una larga campaña por tierras lejanas con eficacia y sin bajas. Siento cierta angustia y se encalabrina la sangre. ¿Marcharé bien? ¿Marcaré bien el paso? Se han encendido los primeros faroles. Hemos de atravesar la arteria principal de la ciudad, la calle del General Chacel. Hay una niebla azul en esta calle. Las sombras la invaden lentamente. Otros toques de clarín, y en marcha marcialísima hacia el puente del río de Oro.

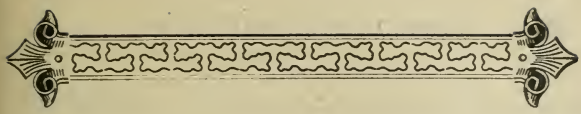
En plena calle. Me tiemblan las piernas. Oigo la música; pero mi oído, fiel siempre á un acorde, no acierta á convertirle en ritmo marcial. Y marcho como un palurdo. Hay muchachas en los balcones y filas de gente numerosa que se estrecha para vernos. Nos aclaman. Palmotean. Brincan los chicuelos en torno nuestro. Yo vacilo; voy hinchado, rojo; creo que todo el mundo se fija en mí, y experimento el miedo más terrible de ser llamado por mi nombre. Al mismo

tiempo tengo el noble orgullo de ser un soldado obscuro, de ser uno entre todos, y rectifico mi paso con la conciencia de mi deber sagrado. Tengo la obligación de marchar bien, de dar á los que presencian el ansiado desfile una buena idea del soldado. Creo que ahora marcho bien. Las mujeres nos siguen con sus ojos, nos compadecen, nos llaman diminutivos mimosos y nos encuentran muy sucios. Pero les ha sido simpática nuestra suciedad heroica. Conforme marchamos nos erguimos. Noto que toda la columna, por obra y gracia de la música, ofrece un maravilloso conjunto de emociones y movimientos. Lo que yo siento entonces lo sufren los soldados. Llevan en la cara su emoción. «Vienen de la guerra», y ha puesto la Humanidad en esta sencilla frase tantos siglos de sangre, epopeya y miseria, que electriza y asombra. Algunas mujeres lloran. Muchos caminan con nosotros, y no se hastían de mirarnos y preguntarnos si estamos heridos. Esto, sobre todo. Lo que se busca en un soldado es la posibilidad de que esté herido. El pasodoble enardece. Mis piernas obedecen el compás de la banda, y siento palpitar el corazón más que antes las balas. Todo homenaje ofusca.

El crepúsculo ha arrojado sus tintas grises y su polvillo cárdeno sobre la calle y sus casas. Hay luces

y faroles encendidos. Las casas se envían el estrépito de los tambores y el picado recio y saleroso de las cornetas, y como una humareda harmónica se encajona en la calle la barbiana melodía de la marcha triunfal. Se desea marchar así por una calle infinita. Quisiérase oir una enorme tempestad de harmonías militares y pasar por bajo de arcos y exvotos, y entre masas de gentes y sobre rosas. Del pecho suben á la boca ansias de gritar, y se busca entre la gente alguien á quien decirle cómo es una batalla y el misterioso trayecto de una bala. Impulsos hay de salirse de filas y formar corro y contar episodios á lo lazarillo. Hay también ganas de marchar solo por el centro de la calle, soberbio y erguido. Y se envidia al gastador, que atrae las miradas. Todos somos unos: soldados. No ha ido la bandera con nosotros; por eso no desfila. Parece corta la larga calle. Y al finalizar, cuando la banda cesa, un escalofrío atroz sacude los nervios lacerados por la tensión suprema, la del orgullo de raza, de la varonil petulancia de ser uno entre los soldaditos sucios que han guerreado con fieras.

Ya es de noche. Vuelto á la vida, subiendo á Rostrogordo, envío un beso á través del mar á la dulce Patria que espera nuestro desfile.



XI

Una noche en las avanzadas de Zeluán

Desde la Cárcel.

Alcaide y Delbrel, nuestros dos intérpretes, solían no estar acordes con lastimosa frecuencia, para malandanza del Estado Mayor, que necesitaba de sus servicios inestimables. Precisamente al salir de Aograz surgió una duda, que puso á prueba los conocimientos geográficos de los dos agregados. ¿Era ó no vadeable el río Zeluán, Tigaud, como le nombran los moros? Delbrel, buen francés, y, por lo tanto, optimista, decía que por aquella época sí, aunque su cauce era muy profundo. Alcaide se reservaba su opinión, gesto prudente y sesudo si los hay, y un general, que tiene el pelo casi blanco, se congratulaba de que, según los

informes luminosos de estos intérpretes, el agua sólo llegaría á las rodillas de sus soldados. Y, en efecto, con asombro ciertamente agradable, topamos con un riachuelo sin agua, humilde y bien oliente á berros, mejorana y hierbabuena. Cosa de reir era; pero no estaba el horno para risas, pues los *pacos* sembraban su pánico acostumbrado.

Viene á cuento este episodio, pues en nuestra marcha á Zeluán desde Tahuima soñábamos con refrigerar las fauces exhaustas en las aguas del río Tigaud, por muy turbias que estuvieran. El plan del general en jefe era, como todos los suyos, muy sencillo: lanzar sobre la Alcazaba—supuesto campamento de la jarca—dos grandes masas de soldados, una que marchara paralela á las montañas, pequeñas lomas que tienen detrás las moles enormes del Afra, Haxao, Axara, Anmah, Argán y Milón, y otra columna, muy numerosa, que abriera una rama muy excéntrica de parábola en torno de la meseta de la madriguera de la insurrección, hasta tocar cerca de las colinas de Alibu-Jerrafer, variando entonces á la derecha y circunscribiendo un amplio sectora tangente al zoco el Telafza.

Encerrábase así la Alcazaba en un círculo de fuego, y sólo restaba á la jarca sus calles de Settut y las pe-

dregosas lomas sucesivas de Benibuifrur, donde serían acorraladas y batidas sin remedio.

Cumpliendo las órdenes, dejamos enfrascados á los Cazadores de Tovar con los moros montañeses, y emprendimos la atroz caminata por los arenales rojos, trazando una curva de 20 ó 25 kilómetros. El polvo nos cegaba, nos envolvía en una nube que resecaba la boca y enlodaba los pulmones. Caminábamos de prisa, á paso largo, al cubo de las ruedas de los Schneiders. Tragábamos cal, fuego, luz. Dolían los sesos, mal amparados por el gorrillo de cuartel en los más, y peor en los otros, pues el ros de los soldados es horriblemente pesado é incómodo; se agarra á las sienes como un aro, deja pasar el calor é impide la expansión del sudor de la cabeza, que obra como un bárbaro fuego sobre el cráneo. Sin agua las cantimploras. La llanura había sugerido una marcha prusiana, ordenadísima, y los jefes cuidaban de que las secciones estuvieran unas á la altura de otras y no rebasaran el frente ó los costados. El equipo, sobre todo la manta—una especie de estera absurda en forma de collera—, nos oprimía con múltiples tormentos. La fatiga era angustia, y gradualmente con la distancia vencida se desenvolvía en todas las torturas, capaces de rendir un tórax no educado para este género de verdaderas marchas for-

zadas. Los jefes se desentendían de las quejas ó fingían no oirlas. Los comandantes y tenientes coroneles nos gritaban desde sus caballos órdenes de correcta formación, y echaban los bofes los sargentos para que las líneas convergieran matemáticamente en un punto ideal. Ibamos en el seno de una tromba de arena pulverizada por los pasos de 12.000 soldados y una numerosa impedimenta. El sol hacía hervir la niebla, y sentíamos los pinchazos, el escozor y los ahogos de este horroroso bochorno, cuyo recuerdo sólo trastorna y enloquece. Algunos pobres soldados arrastraban ya las piernas y gesticulaban, como los mareados en los buques. Por segunda vez, la leyenda de la resistencia física de nuestro soldado quedaba en leyenda. No es posible, sin previa aclimatación, resistir un sol de 40 grados, una tierra que arde, un aire quieto que corta como un cuchillo recién afilado, y ardiente todavía del roce con la piedra. Unos músculos, todo glándulas secretoras, que se bañan en sudor en un instante á una flexión sostenida; un estómago, que refleja en la cabeza sus condumios y levaduras, muy poco nutritivos y un mucho estimulantes, no pueden dar energía y resistencia natural. Todos los soldados del mundo marchan; pero el ideal no es que se cansen, sino que resistan «naturalmente» distancias proporcionales. Esta

naturalidad no la he visto nunca en nosotros. El soldado español se cansa muy pronto; su fortaleza es improvisada, pero no duradera; como no es atleta, no soporta.

Llevamos tres ó cuatro horas andando á un paso forzado. Hemos pasado el Zeluán, que es una ciénaga de dos metros de ancha. Muchos soldados han bebido aquellas aguas infectas, removidas por el paso de los batallones. Los oficiales se indignan, con razón, y les conminan á arrojar el venenoso líquido. Oímos descargas y las explosiones secas de los Schneiders. Pero la densa nube bajo la cual caminamos nos impide ver nada. La manta me ahoga y respiro con dificultad. A veces siento la angustia de un próximo ahogo, y entonces busco con ansiedad aire respirable. El sargento, á mi lado, camina con paso incierto. Debe ser may hermoso el panorama de tan grande ejército en tan amplia llanura, y siento no verlo. Andamos sin cesar; á una zona de juncales y zarzas sucede una vasta extensión, sembrada de piedras que dañan mucho y entorpecen; luego nos hundimos en un terreno de arenas que parece el álveo seco de un río americano. Al fuego del ambiente se une nuestro vaho, el calor que despedimos nosotros mismos Se hace insoportable la ruta. La monotonía de la llanura se rompe de pronto con la

subida á un altozano. Pisamos tierra húmeda, que negrea, humea. Experimentamos un contento infinito. Alivia un poco sentir la tenue frescura. Un cuadro de huerta junto á un morabito. Cerca, un pozo. Algunos soldados audaces se desbordan en dirección á la charca, que brilla como un espejo. Imposible detener á nadie. Alto. Mas los soldados que desean saciar su sed inextinguible son tantos, que es preciso formar en torno del precioso charco un cordón de guardas. Se llenan las calderetas, y como el tiempo apremia y la columna se pone en marcha, muchos quedan sin beber; yo entre ellos. Arrecia el tiroteo hacia nuestro flanco derecho. Hemos variado, y, sin duda, tenemos el cuadrilátero de la Alcazaba al frente. Tovar entrará por la puerta de los lobeznos, que da al Este, y nosotros amagaremos el lienzo Sur de sus murallas.

La niebla se ha despejado mucho, y contemplamos, muy lejano, un bello paisaje de batalla. Explotan las granadas cerca de la Alcazaba y en las lomas que la dominan. Muy á la derecha, el fuego de fusilería crepita á intervalos, en dobles descargas cerradas y á discreción. Los Schneiders han arrojado á los caballos audaces del Mizziam á las montañas, y la Alcazaba es nuestra sin una baja. Tronitúa el eco de los cañonazos en las montañas. Más tarde, el 30, este fenó-

meno tenía una grandiosidad indescriptible; parecía que las rompedoras Aranaz rebotaban de monte en monte, produciendo una siniestra y turbulenta queja escalonada, de su masa megalítica. Marchamos ahora más despacio. Vigilamos cuidadosamente la garganta de El Gareb y las estribaciones de Ullat Settut, avanzando siempre en dirección al gran cuadrado de la Alcazaba. Sentimos no ser atacados, porque confiamos en nuestro poder. Mediada la tarde, la Alcazaba es nuestra, pero los tiroteos no cesan; no se regignan los moros á la humillación de su retirada. Nos consume la sed y el cansancio; pero hay algo más difícil que una retirada, y es una castramentación. Vivaquearemos al aire libre. Después de largos y continuos ensayos, adoptamos una posición estratégica. Entre los soldados corre el hermoso rumor de que hay agua abundantísima en cascadas, á torrentes. Y, en efecto, el Zeluán corre bordeando la meseta escarpadísima de la Alcazaba, arrojando sus aguas entre peñascales y pizarras. Beben las bestias metidas de patas en las aguas, y confundidas con ellas la tropa. Es consolador y sublime este hermoso venero de agua. Bebo. Es un agua amarga, sosa, salobre; no calma la sed, no la sacia, pero es agua y es abundante. Beberíamos acíbar.

Durante la noche atraviesan las sombras los proyectiles moros. Y así todas las noches. Las hogueras señalan una constante presencia del enemigo, y desde nuestra posición avanzada, el Tor-Taurit, se asiste á una nocturna danza de sombras que, con farolillos en la mano, desafían á los tiradores. No aciertan éstos, y muchas veces sus voces se perciben distintamente. Los soldados se estremecen y avizoran, porque la voz viene de los peñascos y parece que son éstos los que hablan. Pasan, ululando, manadas de perros. Y lejos, muy lejos, aullan los chacales. La luna sale cada vez más tarde. Es ahora roja, oval, inmensa. Surge del Muluya como un enorme globo refractado. É impone en las serenas noches contemplarla, estando el cielo sin una nube, lleno de luces misteriosas y estrellas que brillan aquí como en el Golfo Indico, con verdaderos resplandores, en un aire tan puro, que hace soñar en las noches de enero de la Patria.

Vamos frecuentemente á Nador conduciendo convoyes. Nos adiestramos en las fatigas de las marchas. Las montañas nos son hostiles, y será precisa mucha sangre para dominarlas. Cambiamos de posición varias veces en torno de la Alcazaba. El día es horriblemente cálido, y desde las once de la noche insoportable el frío. Como es preciso vigilar de día la extensa

línea descubierta de El Gareb, se destacan patrullas. Un calor tórrido, implacable, nos envuelve en las llamas de una hoguera, nos tuesta, nos amenaza con insolaciones. Un despeñadero calizo, blanco, se precipita en el torrente del río y amontona bloques, por los que el río pasa triunfante. Las fuentes de este río son preciosas. Vamos allí una guardia diariamente para impedir una irrupción ó una sorpresa. Los soldados, contrariando órdenes severísimas, provocan un conflicto, uno de esos incidentes tan comunes en esta guerra desdichada. No sé quién de ellos ha descubierto en un plantío una infinidad de granados. Sus frutos aún no están bien maduros, son muy pequeños; pero los soldados no reparan en estas nimiedades, y van desarmados y llenan sacos. Los moros les sorprenden, y se ven muy apurados los incautos. Noto que en Zeluán la disciplina no es muy severa; tiene libertad el soldado, concesión que no sé á qué atribuir, pero que es evidente, palpable. Los mismos soldados han comprendido bien su situación y la utilizan. Las órdenes del día son muy curiosas, y se parecen á los bandos de las ciudades españolas; no se adelantan nunca á los sucesos, sino que los deploran amargamente, y después del daño y el peligro, amenazan con un diluvio de palos. Pudo tener funestos resultados la peregrina-

ción de los guerreros á una blanquísima mezquita, distante del vivac más de un kilómetro. Además, en la orden se hablaba de profanaciones. Es una gran medida la tolerancia de cultos, y así lo reconocen los más beatos. Suben á la Alcazaba los oficiales, atraídos por espléndidas bellezas, imaginadas en aquel cuadrilátero regular, cuyos lienzos de muralla obedecen al viejo arte marroquí de fortificación; los cubos son aquí dados, esbeltos contrafuertes que estrían los muros y hacen menos fatigosa la monotonía de sus 150 metros de largo. Su posición es bellísima, pero nada estratégica. Domina la llanura de Arkemann, por hallarse en una elevada meseta; pero los montes vecinos la enfilan con sus fuegos. Es la casa ideal de labor, una granja agrícola. Antes de su ocupación oía yo á los oficiales maravillas de este enorme patio: era la llave de Marruecos, la convergencia de no sé cuántos caminos del interior y de las montañas, el corazón del Rif; pero lo cierto es que Zeluán está muy cerca del mar y tiene detrás de sí otra inmensa llanura—unos 80 kilómetros—y Tazza, que realmente es la puerta del Imperio. Por eso en Zeluán supimos que Francia había indicado amistosamente la conveniencia de no marchar más al interior. Miel sobre hojuelas. Había allí concentrados unos 16.000 hombres, no sé con qué fines bélicos;

pero dudo que Tazza estuviera en la cabeza de los que nos conducían. Era ampliar mucho nuestros dominios y separarnos de nuestra base de operaciones. Y si hasta allí las cosas iban muy medianas, ¿qué no serían de allí en adelante?... Había discusiones serias, de memoria. Estoy seguro de que muchos de aquellos oficiales no conocían otros planos que los que por entonces daba la Prensa. Y sobre este dato nada militar alzaban ellos sus castillos, y su fruto era éste: no es conveniente marchar sobre Tazza.

A la verdad, yo nunca creí en ello. Sabía muy bien que los franceses habían delegado desde hace muchos años Comisiones científicas para levantar planos, estudiar costumbres, observar las fuentes de riqueza del País, y sabía también que nosotros no habíamos hecho nada parecido, y el Estado Mayor no poseía datos.

Nuestra misma estancia en Zeluán era incierta; había quien aseguraba que convenía abandonarla. Después del 30 de septiembre esto era imposible, porque equivalía á una huída.

Era dura allí la vida. Los moros no querían vendernos nada, y los cantineros tenían miedo. La carne de los ranchos era de latas de Chicago, conservas que los soldados no podían tragar y que arrojaban enteras.

Además, no había pan, y la galleta es insoportable como base de alimentación.

Yo me preguntaba á cada paso, anonadado, si tan cerca del mar, y no habiendo perdido nunca la comunicación franca con las posiciones tendidas á lo largo del Gurugú, era cosa de morirse de hambre ó comer mal, poco y tasado. La campaña de Marruecos ha debido ser la verificación de unas grandes maniobras; ha debido estar previsto todo y hubiéramos ganado mucho de no improvisar rápidamente las cosas, almacenando vituallas á millones sin pararse en su género ó clase, y no preparando medios de conducirlo. La buena voluntad, como el heroísmo, no son nunca base en las guerras modernas; son un medio de combate más. Con la buena voluntad y la desesperación y los juramentos no se conduce á Zeluán, con barro hasta los cubos, uno de esos carros catalanes, baldón de una impedimenta.

No eran peligrosas las avanzadas por la parte Este del vasto campamento. Vigilábamos el barranco del río, que murmuraba, encajonado, con una mansa voz. Había por allí, unos moros vendedores de tabaco, asesinos de unos soldados que lavaban sus ropas ó se bañaban en un pozo de muy fresca y profunda corriente.

Desde aquella altura se contemplaba el paisaje dul-

císimo de cierto tinte oriental. Se veía la mancha azul de la laguna, las hogueras de Benibuifrur y Eulad-el-Baxir, el desierto de Arkemann, bañado por la intensa claridad de la luna, los fuegos de vivac, escalonados en torno de la Alcazaba; los avanzados de Saboya, los más lejanos del Taurit. Baladraban los camellos, acorralados cerca de nosotros. Los moros argelinos de la conducción comían en silencio. En el de la noche se oía hacia el collado de Atlaten, ó más cerca, en Lazurem ó Sidi Ali el Hassani, aullidos de chacales ó señales de moros que, audazmente, se corrían por allí en busca de agua. Hallaban la Restinga, Tahuima, el Atalayón y el zoco del Arbáa. Y había cierto encanto en la sencilla grandeza de aquellos destellos rapidísimos, que eran letras luminosas lanzadas al espacio. La calma de aquellas noches de guardia ha quedado grabada en mi alma profundamente. Había peligro y poesía. Pertenecía á un ejército pobre, que corría aventuras impulsado por ignoro qué secretas maquinaciones industriales ó inciertos ideales de raza, que, de ser tales, debieron realizarse, como el 60, por Sierra Bullones, Wad-Rás, Castillejos, Tetuán, Mequinez, Larache...

No escarmentábamos nunca. ¿De qué servirá ensanchar por allí nuestro dominio y los límites de la

ciudad-presidio, si Francia vigilaba en las márgenes del Muluya y ponía á Tazza bajo su protección, trazando la trocha de la península Tres Forcas como avance máximo de nuestro poderío militar? Y me reía de mis propias reflexiones.

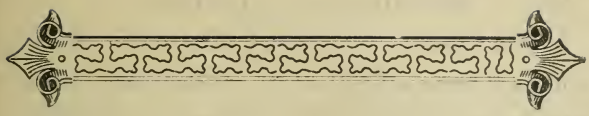
Como Alarcón, pintaba paisajes porque no había batallas que relatar, ó elucubraba porque no tenía en el corazón amores que recordar tiernamente. Hemos peleado muy pocas veces en esta guerra. Poéticamente se prestaba la decoración á un poema ideal, y con muy poca diferencia ensayábamos de nuevo las andanzas africanas del cardenal Cisneros. La contemplación interior de mi Raza me absorbía. Somos incorregibles, atávicos. Salimos de nuestra abulia con sacudidas epilépticas. Somos como esos enfermos que en la convalecencia de un paludismo beben un helado por mero capricho.

Suena un tiro hacia las ruinas donde está acampado Figueras. Contesta un *paco*. Desgarran el alma y el aire estas mortales explosiones imprevistas, cuyas balas vuelan por encima de mí como pájaros. Me paseo. Duerme el retén con ese sopor pesado de los soldados. Los centinelas cantan para ahuyentar el sueño, ó, por distracción, hacen blanco en un perro audaz. Esto despierta al sargento, y, con razón, se in-

comoda, pues las balas no se han dado para matar canes. Son muy largas las horas. Las estrellas se ocultan con lentitud en movimiento de cúpula giratoria. El oficial se ha hecho traer su cama á las avanzadas, y ronca. Recorro el borde del precipicio y espío con inquietud. Frecuentemente oigo ruidos extraños, que me ponen en guardia. Sé cómo se portan los moros. Su extraño heroísmo les lleva á hazañas suicidas, y pueden muy bien intentar una sorpresa por el barranco del Tibaud. La conciencia de mi responsabilidad é importancia es absoluta. Despierto á los que se duermen, y me bufan. Estos soldados son una especie de niños grandes, á quienes nadie ha preparado para las sublimes aventuras de la guerra. Hacen todas las cosas arrastras, sin darse cuenta, porque sí, porque se lo mandan, y si cuando pelean son capaces del heroísmo, es porque defienden la vida, y en ese caso, ¿quién no es héroe? Y esta amarguísima verdad, que tantas veces he confirmado ante la realidad fiera de los hechos, me desespera y entenebrece. Ya hace frío. ¿Dónde iremos mañana? La operación del 30 ha desconcertado á todo el mundo. ¿Por qué no avanzamos de nuevo sobre las minas? Recuerdo que en la tienda de los oficiales un prócer preguntaba, admirado: «¿Por qué no avanzamos de nuevo sobre las minas, si ese es el

objetivo de nuestro general?» Ordenes de Madrid tal vez: miedo á algo; pues debió ser tenebroso el efecto moral de la batalla del 30 en la Patria, engalanada con el traje de los días de fiesta por la subida de unas compañías al Gurugú. España creía que la guerra era el monte.

Y cuando me enfrasco en reflexiones, que no deben ser cosa de soldados, el sargento despierta al retén con grandes vociferaciones. Me relevan. Envuelto en la manta, en el suelo, cerca de la cama del oficial, espero á que el sueño cierre piadosamente mis ojos, llenos del paisaje de aquella noche dulcísima.



XII

La Caballería mora en Arkemann.

Desde la Cárcel.

Las montañas de Lehdara, observadas desde el zoco del Arbáa, forman una línea recta, ligeramente conexa, hacia su brusco final en Mayen Moh-u Brahim. Esta línea ondula trazando un ángulo muy obtuso, que termina en Abu Jenafer.

Las vértebras de la cordillera parecen más altas de lo que en realidad son, porque las lomas se escalonan en mesetas desde Muley-Ali-Xerif, vertientes del Ulad el Jemis y Ulad el Baxir, hasta lanzar al espacio moles como el Tezzam. Cuando el sol ha traspuesto estas cimas, que van en disminución hacia el mar y en progresión creciente hacia el Muluya, y las destaca en su

solitaria y formidable grandeza, se comprende su poca importancia orográfica. Son estribaciones del sistema de Quebdana, ó más bien reproducciones en menor relieve y paralelas del macizo, cuya más alta cumbre, el Berard, por el espejismo propio de los montes, parece erguirse no lejos del Tezzam en Yebel Zamzoj, región de Bual-Laten.

Todas estas montañas, desde Yarfer-Rum, donde se precipitan sobre el mar—costa brava, agrietada y basáltica de los cien y un barrancos—, hasta Cherauit, donde se desvanecen en colinas de poca elevación, han sido recorridas por nuestro regimiento, que ha dejado en ellas huellas inolvidables de desolación y devastación. Veíase desde los picachos de Sok el Jemis un nuevo valle, y las raíces enormes, como planicies de la verdadera cordillera de Quebdana, que sigue la tortuosa corriente del Muluya, como una fiel línea sinuosa hasta la Kasba de Bu-Hiaten.

Al obscurecer, las montañas se fundían en una masa de azul muy obscuro, y quien no hubiese estado en ellas, las hubiera creído un accidente del terreno, independientes de todo otro sistema. Desde el mar, la enorme bahía que traza la costa desde Punta Quiviana hasta Sidi el Baxir, en Cabo de Agua, descubre al pasajero la complejidad de estas ramificaciones mon-

tuosas, que se engranan en difíciles convergencias y anfractuosidades. Pero en el zoco del Arbáa sólo se ven las gradaciones del suelo, que se eleva abriendo grandes depresiones como la del casucho del Santón de la Puntilla, Botuil y Hemuchal, y, alzando moles abruptas y salvajes, El Hafir y Bu-Ankud, murallas inexpugnables de tierra rocácea que tienen su foso, el uad—rio—el Jemis.

Aquella noche, las hogueras en toda esta vastísima extensión, sobre todo en las alturas de Cherauit, ofrecían un espectáculo imponente desde el campamento. El regimiento de León operaba cerca, y había el nuestro de enlazarle con la base, que era el zoco, cubriendo la gran llanura. Tan inmensas eran las extensiones ocupadas por las hogueras, que veíamos perfectamente las llamas. A media noche, los puntos de fuego del Milón, Argán, Axara y Haxao crecieron como por ensalmo é iluminaron la lejana región de Zeluán. Más hacia el Este, en Nador, en los barrancos de Barraca, ardían luminarias espantosas. Parecía que Guelaya y Quebdana se iban á arrojar enteras sobre nosotros. En la inmensidad azul eran fantásticas aquella muda y vasta petición y promesa de auxilio. Uno de nuestros batallones ya estaba en su puesto, y al amanecer iríamos, si era necesario, á estrechar más la línea de con-

tención. Nadie durmió, absortos en la contemplación de la fiesta luminosa. En un radio de muchas leguas, las fogatas rompían la negrura de la noche y elevaban en el misterio de las sombras su haz de antorchas. Continuamente aparecían otras nuevas ó se renovaban los fulgores de las extintas como las luces intermitentes de un faro. Algunas eran tan desmesuradas, que se veía sin dificultad la aureola del humo, y esa expansión de gases, que es calor de cerca y niebla cárdena de lejos. Solamente el incendio de muchos bosques puede dar idea de aquel juego de fogaratas. La ilusión óptica de una larga contemplación las acercaba más, y creíase oir sus crepitaciones, sus chisporroteos, sus sonoros lengüetazos, el murmullo de los gases como insuflación de fuelle portentoso en ascuas de fragua. Era sublime la visión de aquel esfuerzo primitivo para aunar fuerzas y hacer frente á los invasores, telégrafo arcaico, venerable por su poética y épica grandeza. No había una nube en el cielo, y las estrellas brillaban con indefinible vigor. Algunas cigarras cantaban, y á intervalos largos los resoplidos de las bestias de la impedimenta detonaban en el quieto ambiente. Hacía mucho calor; una sequedad cruel, que atenazaba y mordía la piel. La Restinga y el Atalayón hablaban con rapidez. A las tres de la mañana las hogueras pa-

lidecieron. Primero fueron extinguiéndose las de Cherauit; luego, como un soplo, vacilaron las llamas de las más lejanas. La aurora acabó de apagarlas y el sol iluminó francamente las fragosas crestas. Unicamente en Azru Uhuman, detrás de Nador, se consumía lentamente una lengua roja de fuego.

El vasto campamento del zoco del Arbáa, cerca de las Jaimas, recobró, al toque de diana, su vida prodigiosa. No hemos vuelto á poseer un campamento como aquél, en una situación tan bella, tan sana. Cuando el regimiento del Rey llegó allí desde la Restinga, fué penosa su tarea de desbrozar raigambres, quemar abrojos, terraplenar y convertir en llanura propia para vivac aquel coto salvaje. Después, trabajando incesantemente, se consiguió que estuviera limpio, y ello bajo el fuego enemigo, que no cejó hasta las operaciones de Lehdara. El que intentara describir aquel campamento tendría que hacer alto aquí, pues nada de excepcional encontraba. En las grandes maniobras de 1907, esta división levantó un campamento que era, según descripciones, una verdadera Escuela práctica de Administración Militar; aquí ni aun los sencillos hornos del pan veía por parte alguna. Tal vez no hicieran falta; pero yo deseaba ver demostrados ante el enemigo la eficacia y la movilidad de todos esos medios modernos

de castramentación y combate que debían estar en los Parques de la Península.

Los rumores de combate empezaron á circular muy pronto. Sabíase con entera certeza que los moros habían comunicado su propósito decidido de ayudar á los de Cherauit. La movilización fué rápida. Nuestro batallón ocupó en la llanura, dando vista á Brugriba, una posición estratégica. La Caballería de María Cristina enlazaba nuestro flanco izquierdo con los de León, y, á nuestra derecha, Mar Chica extendía plácidamente su sabana azulina, casi verdosa. Observaban los jefes con sus gemelos la vasta llanura. Nada, en el campo de su visión. La lente traía el cuadrilátero de la gran Alcazaba y unas blancas tiendas de númidas en torno. Una soledad vastísima se extendía por la estepa. En las montañas seguían los incendios. Las humaredas se enroscaban como humos de sacrificio, ascendían en formas caprichosas como los geisseres de Islandia, se desparramaban y corrían como un fuego en verano por unos trigales rubios, por unas mieses secas. En los picachos más altos era más tenue el resplandor blancuzco, y como de cenizas avivadas salían del rescoldo llamaradas. En un largo espacio sólo se veían casas y silos ardiendo. Un barreno volaba un

aljibe y estremecía su estampido, como el de una fogata pedrera.

Con nosotros venía un moro, kaid de Lehdara, llamado Taddu-Ben-Assa, que era sencillamente un héroe. Sus bizarrías eran nuestra admiración. Cierto día había salido escapado en su caballo, detrás de una vaca que galopaba hacia las montañas. Las balas enemigas le dibujaban, pero su idea fija era la vaca. Como nuestros piqueros en las dehesas andaluzas, echó el caballo sobre el rumiante, se interpuso en su camino, y con su carabina, á estilo de rejón portugués, la descerrajó un tiro. Muy tranquilamente se volvió al vivac, excusando las felicitaciones, porque la condición sublime de este moro era su modestia, sencilla como la de un niño. Asombraba su intrepidez y su bravura. Se lanzaba despeñado contra un grupo de moros agazapados en riscos y matorrales; les enfilaba despacio, pausadamente, solo, y volvía como de un torneo, victorioso y sonriente, domando sin esfuerzo la dura boca del caballo, un bruto de insignificante alzada, muy semejante á esos pequeños caballos tártaros que vuelan por las estepas del Turquestán, en las mesetas del Asia Central.

Los soldados estaban nerviosos, inquietos, en esa tensión única de espíritu que precede á las batallas.

Abrían unos sus fusiles, examinando despacio el engrasado cerrojo; otros, oteando el horizonte visible, señalaban la aparición de moros en las lomas ó la llanura. El piélago de Mar Chica, plateado por el sol, brillaba ardientemente. No presentíamos que allí acaecería un grandioso espectáculo, tal vez el más gallardo de la campaña. Estábamos seguros de que por aquel lado nada sucedería, y mirábamos con obsesión hacia el cuadrilátero de Zeluán, que, á simple vista, se distinguía en su alta peana de esquistos. A veces seguíamos con los anteojos á unos grupos que galopaban cerca del cerro Tahuima, y que parecían espiar el terreno y á nuestros caballos exploradores. Se oían tiros en las montañas.

El regimiento del Rey había tenido un muerto conduciendo un convoy, entre la segunda caseta y Melilla, en aquella tenebrosa égira de luto y angustia, cuando cada conducción costaba inútilmente dos, tres y cinco bajas. En toda la difícil campaña de Lehdara había ocurrido otra desgracia así, y eso que jamás se ha visto ejército alguno al borde de tan horrendos precipicios y en zonas climatéricas tan diversas, que sudábamos hasta derretirnos en las faldas de unos peñascos, y ya en la cumbre, durante la noche, helaba el aire. Los mismos jefes confesaban, ante el salvaje es-

cenario, su asombro de no ser copados y fusilados á mansalva, como la sección del día funesto. El sistema de guerrillas, ideado allí por Aguilera, merece todo elogio, y la fama de su implacable energía y las hogueras que dejaba al paso evitaron una atroz guerra de montañas, aventura de la que sólo somos capaces esos locos que produce España, sublimes ó desgraciados. La audacia hizo fortuna, y, como Larrea, dominamos montes inexpugnables, ayudados de la Providencia, que ha dado á los moros un alma muy rara.

Los grupos aumentaban y se congregaban con rapidez pasmosa. Al mismo tiempo explotaba en las montañas el característico fuego á discreción, que parece el estampido de un buscapié pirotécnico. En guardia. Nuestra Caballería de observación retrocedía poco á poco. Algunas balas rompían el aire, como pequeñas hélices disparadas de su árbol de transmisión. Por las laderas del monte, hacia Timizuguin, bajaban patrullas de moros, que cambiaban ya con nuestros exploradores montados los primeros cartuchos. A la par se observaban en Aograz grandes masas de caballos árabes, que se distanciaban, se unían y caracoleaban como en un extraño «carroussel». Seguros del flanco derecho—Mar Chica—, hicimos una variación adonde el enemigo comenzaba á hostilizarnos. Los

caballos de Cristina, valerosos, sostenían el duelo y no retrocedían, para dejarnos libre el campo de batalla. En la montaña, el tiroteo era ya incesante y desgarraban las descargas cerradas. Se sienten pinchazos de aguja en el cuerpo y cierto malestar que nubla los ojos. En una batalla la muerte toma mil formas siniestras, y no es la más lúgubre y la más temida aquella bala que hirió, al salir del remington moro, la frente del soldado. Hay una gran lucidez en el cerebro para apreciar el peligro, y éste toma en él su espantosa y definida imagen. Durante la batalla se suele no ser cobarde; pero en los preliminares, el corazón, que es un niño, tiembla como azogado. El heroísmo es un imperativo de la reflexión rápida. No es el instinto el que salva, es la reflexión, mandada en una bala.

Las balas matan á un mulo de la impedimenta. Arde y sofoca el sol. Las montañas arrojan sobre nosotros la sombra de su bárbara grandeza. Galopan los cristinos. La batalla ha comenzado. Tenemos ante nosotros una lluvia de fuego, siluetas que agrandan, peñascos de los que brotan resplandores, y allá lejos unas masas de caballos que suman unos cientos. Se presenta sombrío el combate.

No se ha oído, como aquel día, silbar mayor núme-

ro de balas. Así lo han reconocido todos al final de la campaña. Tiraban los moros demasiado alto, y esto les ha sucedido siempre; si su pericia hubiera igualado á su valor y serenidad, nuestras bajas en todos los combates hubieran sido absurdas. Nos hemos metido en la boca del lobo, pero, felizmente, al lobo le faltaban los caninos. Eso les debemos. Las balas no silban todas lo mismo. Las distancias, el calibre, la resistencia y la velocidad forman unos acordes extravagantes. Ésta silba, aquélla bufa, resopla otra, otra chilla como un vencejo; una deja cierta estela palpitante, que es un maullido; una sacude el viento y produce el chispazo de una lámpara que se funde; otra la azota como el rastrillo de la fusta ó el vergajo de la tralla; muchas arrastran, como los gorriones, un finísimo hilo de voz; todas participan de un funesto eco sordo que las acompaña en su fatal trayectoria.

Parecerá mentira que haya tranquilidad suficiente para oirlas. La hay. Los soldados se dan unos á otros la imagen justa de sus sonidos: graznan, pían, fustigan, azotan. Y como son tantas las que cruzan, la harmonía tiene una seducción mortal y un interés formidable para ellos. El peligro produce afinidades misteriosas, y como los niños se dan la mano para no tener miedo y ser más fuertes, así los soldados se dan las

alzas, se señalan blancos á quien no los ve, se comunican sus rápidas y variadísimas emociones. Después de una batalla se ha vivido un año y se ha leído un hermoso libro.

Entablado furiosamente el combate, éste no ofrecía otras alternativas que los compases del cansancio ó las esperas forzadas de atención á los movimientos del contrario. Pero los moros no se movían. Esperaban á las masas de Aograz que no llegaban. Como las intermitencias de una lluvia de granizo, así corría por el campo la explosión de las balas. Felizmente todo aquel aparato era un duelo de «fantasía morisca». Ni ellos avanzaban, ni nosotros tomábamos una determinación. Querían arrojarnos más hacia ellos, atraernos, alejarnos de Mar Chica, ahora que veían su imposibilidad de entrar á sangre y fuego entre nuestras guerrillas, y las de León en la montaña. Pero nuestra base era la ciénaga. Había entre los moros un plan preconcebido, que sabe Dios cómo se habían comunicado. Consistía éste en fingir un retroceso rápido, separarnos de la llanura hasta las montañas y lanzar su Caballería sobre el gran espacio abierto entre las fuerzas y la morisma. Nuestro primer batallón estaba así en grave aprieto; pero el segundo formaba un ángulo de contención que, á ser necesario, podía abrirse y comunicar

con el campamento del zoco. Sin embargo, ignoro por qué descuido ó casualidad no se cubrió á tiempo aquel espacio. Y como un torrente, según la vieja imagen morisca, vimos, asombrados, el turbión de la Caballería del Chadli y el Mizziam que, inexorablemente, admirable, maravillosa, trazando una amplísima media luna, amagaba nuestro costado. Fué cosa tan rápida, tan feroz, tan inusitada, que sólo nos dimos cuenta cuando podíamos prepararnos á resistirla. Calamos el cuchillo. La emoción saltó de corazón á corazón como una corriente eléctrica. Las balas que estallaban nos tenían sin cuidado. Era aquel rumor violento como un vendaval siniestro, una algarabía de odios, una horda de bárbaros sublimes que iban á entrar muy pronto en el radio de la muerte. No podíamos movernos sin dislocarnos. Una bala rompe el pretal de un caballo del que poco hacía se había desmontado un comandante. Las balas enemigas eran ya más certeras, cada vez más eficaces. La curva de la Caballería se estrechaba en sectores concéntricos, desviándose imperceptiblemente hacia Mar Chica. Los moros de las montañas debían estar orgullosos de su gente. Porque nosotros mismos admirábamos aquella audacia sin rival. Sentíamos de antemano el choque fatal, tal vez decisivo para ellos. Toda la Caballería de la insurrección esta-

ba allí, en aquella cabalgata que devoraba las distancias, que se desgajaba como una irrupción. Los soldados hablaban con ansiedad, se buscaba la artillería, se suspiraba por los Schneiders. Nadie comprendía que desde el zoco no vieran aquella escena tremenda que amenazaba con un temido cuerpo á cuerpo.

La Caballería mora, bruscamente, varió el centro de su curva, y á un galope desenfrenado ganó, casi rozando las riberas del mar pequeño, el espacio libre, y se precipitó, salvaje y brava, por él. Caro costaba no haber parado mientes en aquellos grupos que se formaban desde por la mañana en Aograz. La batalla tomaba ese aspecto profundamente lóbrego que entenebrece los momentos de verdadero peligro. Se hablaba rápidamente, mal, no se oía; yo creo que de tanto mirar, no veíamos nada. Entonces sucedió una cosa que desconcertó el plano entero del combate. Una batería, destacada del zoco, volaba en nuestro auxilio. Oímos su metálico arrastre, soberbio y desenfrenado. Y como en las maniobras, con un aplomo y una seguridad admirables, antes que pudiéramos observar nada ni darnos cuenta del valor de aquella ayuda tan deseada, los relámpagos atroces de la expulsión nos trajeron el eco del fuego de ráfagas. Algo muy grande, que es inexplicable, un rayo, un verdadero rayo de ale-

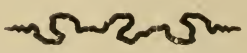
gría, alborotó las conciencias de todos, soliviantó los decaídos ánimos, nos hizo gritar la emoción reprimida como una congoja.

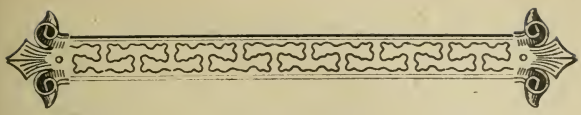
En poco tiempo, la Caballería mora quedó destrozada. Las granadas ocupaban una zona mortífera imposible de salvar, se expandían en el aire sus 200 balines, sembrando la destrucción, la rabia y el espanto. Se los veía caer, se los oía. Se los oía, porque con fiereza sin ejemplo se abalanzaron á las piezas, furiosos, desesperados, ciegos de rabia ante aquel duelo desigual, ofendidos de que su valor estallara en mil pedazos antes de ser probado.

Pero en un intervalo de segundos, la voz varonil, épica, del capitán de la batería, gritó el alza nueva, justa, eficaz, y las granadas esparcieron muerte, desbarajustaron la jarka, los acorralaron en desesperado asombro y en mortal incertidumbre, y huyeron en todas direcciones, perseguidos por el galopar de las balas, que trazaban líneas cada vez más lejanas de torpedos, de blancas sulfataras, en torno de las cuales, los jinetes y los caballos se retorcían en espantosas convulsiones. Azorados, algunos de ellos buscaban en el agua de la laguna una mentida salvación.

Y cuando todo terminó, cuando nos acercamos á las piezas, las acariciábamos como á perros.

Yo hubiera clavado junto á la marca extranjera, europea, maravillosa, las cuatro espadas romanas de la laureada. Desde aquel día los Schneiders tenían la palabra.





XIII

Conquista de Hidum y viaje á Cazaza.

Desde la Cárcel.

I

—¡Hidum!

—¡Cazaza!

—¿Dónde está Hidum?

—Cazaza, ¿dónde está?

—Era indispensable. Desde hace tiempo se sentía la necesidad de esa posición. La hemos tomado y abandonado cuatro veces. Una de ellas nos ha costado 60 bajas. Se opuso á la retirada el coronel; pero el ayudante...

—Y, claro, ahora se han encontrado que sin esa hermosa posición dejaban un paso, bien ancho por

cierto, entre la celebrada Taxdirt y el zoco del Had. Los moros de Beni-bu-Gafar y los de Beni-Sidel podían aventurarse por allí.

—Hidum se tomará sin una baja.

—No así la ensenada de Cazaza.

—¿Y por qué no llegar á la desembocadura del Quert? Este río es el límite natural del campo estratégico de Melilla y Punta Betoya, no Punta Negri; la ensenada de Azanen, no la de Cazaza, es lo que nos conviene.

—Misterios, hijo, misterios.

—Además, creo que se movilizará parte grande de los 60.000 hombres.

—Sí; es el único medio. Marcharán en dos columnas: una á Taxdirt y otra directamente á Hidum. La operación de Cazaza es un complemento y se realizará más tarde.

—Todo sencillo, como una lección de medición de ángulos.

—Se han podido lanzar 30.000 hombres, de primera intención, sobre todos los puntos de la Península, y tomarse sin una baja. Pero no se han tenido á mano.

—Bueno; el caso es...

—Que marchamos á Hidum pronto.

—Y á Cazaza.

—Hombre, ¿dónde está Hidum?

—Cerca de Cazaza. Mira, aquí...

Siento no poder escucharles más, porque se ha sentado cerca de mí el capitán ayudante, y este señor me ha tomado entre ojos. La otra noche, al entrar en el café, me llamó, irritadísimo.

—Oiga.

—A la orden, mi ayudante.

—¿Con qué permiso está usted á estas horas por aquí?

—Con el de mi capitán, mi ayudante.

—¿Dónde está su capitán?

—En el hotel, mi ayudante.

—Bien; pues por primera providencia, márchese arrestado al campamento y preséntese al jefe de guardia.

Por eso, en cuanto le he visto, huyo. No por miedo, sino porque su vista me irrita. Es un buen señor que cree ser admirable humillando á un voluntario ante la gente congregada en el café. Me molesta aquel orgullo estéril, y me entristece ese prurito de mandar por mandar. Hubiera estado más tiempo oyendo á los dos oficiales, porque su conversación me revelaba una operación en proyecto. Hacía un mes que estábamos en Cabrerizas Bajas inactivos, pasando revistas cotidianas de correajes y policía y sufriendo horrores con la

prohibición terminante de bajar á Melilla sin el correspondiente pase del coronel. Así es que una nueva operación era un encanto. Volveríamos á luchar, á marchar, á trabajar por la Patria. Desde el principio de la campaña había observado que no se procedía en firme; que estábamos estacionados con demasiada frecuencia; que no sabíamos aprovecharnos de nuestras ventajas, ocupaciones y poder; que dejábamos á los moros un tiempo precioso para rehacerse; que no sacábamos nunca un verdadero y definitivo fruto. En Zeluán hemos estado inmóviles muchos días, un mes en Nador y ahora otro mes en Melilla. No yo, todos los jefes, los mismos soldados, se hacían con extrañeza estas consideraciones.

Mas, según parecía, marchábamos á Hidum y Cazaza. Aquella noche nos racionaron para tres días. Los soldados perdieron la esperanza de regresar á la Patria. Comenzaban de nuevo las operaciones, y la repatriación, tantas veces anunciada, se dilataba para un lejano día con el nuevo avance. Los soldados se preguntaban, como los oficiales:

—¿Dónde está Hidum?

—¿Y Cazaza?

Se comprendía perfectamente, sin haber leído los preceptos de Moltke, que el Estado Mayor obraba se-

gún las circunstancias, no según sus propias inspiraciones. Por confidencias ó lo que fuera sabía que los indígenas no resistirían en aquella posición, que tan cara había costado por dudas incalificables é inexplicables titubeos. Y rápidamente concebía el proyecto de ocupar la meseta que unía Taxdirt y el Had en una trocha estratégica, á cuyo amparo pudiera lucir sus destellos el faro internacional de Tres Forcas y producir las minas sus metales. Ahora bien, ¿tenían razón aquellos oficiales? ¿Por qué decididamente no se avanzaba á las márgenes del Quert, ocupando la bellísima ensenada de Azanen, mucho más práctica, amplia y segura que la de Cazaza, donde anclaron un dia las naves cartaginesas de Annón y Asdrúbal Barca?

Y, sonriendo, contestaba su lacónica frase: «Misterios, hijo, misterios.»

Supe con tristeza que mi regimiento no era de la partida, y con alegría que era de ella el príncipe don Carlos. Tenía yo muchos deseos de ver entrar en batalla á este hombre mimado de la fortuna, ante quien tuve el alto honor de estar cuadrado veinte minutos en Nador, oyendo una muy jocunda conversación entablada por él con cierto marqués cerca de un kiosco de ramaje, que lucía el maravilloso título de Ideal Rif, donde á la hora del crepúsculo se hicieron liba-

ciones copiosas en laudo de nuestras victorias y fechorías. Sabía yo su intervención en las grandes maniobras de los Ejércitos europeos, y hubiera dado algo caro por verle dirigir una batalla. Pero el Destino tiene reservadas para cosas más altas á las personas, y ahora que podía volver á tener el honor de formar parte en su columna, quedaba á las puertas con las ganas, como aquel crepúsculo de grata memoria, inolvidable, en las del Ideal Rif.

Debe ser bastante difícil poner en sesudo movimiento dos columnas, que, como decía un picarillo amigo mío, eran, por su consistencia, «salomónicas». Una de ellas subió por la carretera de Rostrogordo, y la otra por las riberas del río de Oro. Muy entrada la mañana, todavía no habían pasado todas las fuerzas. El globo flotaba en el espacio; pero las nubes densas y la fuerte corriente de aire le mantenían bajo. Tal vez no serían necesarios sus buenos servicios, pues el numeroso cortejo se bastaba para espantar á los moros. El problema era subir la artillería por los collados, donde nosotros, trocados en ingenieros por obra del Estado Mayor, tendimos cierta carretera, que no es romana precisamente, unos días más tarde. Pero las cosas marchan con la ayuda de Dios, y si se empujan, mejor todavía. Además, los artilleros son gente fiera, alta y

fornida, que en estos lances demuestran cuán utilísimos son unos puños como sesos, y á los que arriesgaban su opinión de que sería muy difícil subir las piezas por los impracticables riscos, les oponía yo este razonamiento, que me parecía de perlas y tuve la satisfacción de ver realizado: «Esas piezas no harán falta.»

La intuición es una de las pocas cualidades buenas que desde luengos siglos se han concedido á los poetas: por eso adelanté á los que quisieron oirme todo lo que sucedió aquel día memorable. Las fuerzas llegaron, vieron y vencieron. Su trabajo consistía en hacer una marcha de 15 kilómetros por una especie de montaña rusa que fatigaba sobremanera. Hay unos aduares en el camino, que, aunque escarpado, tiene muy bonitos atractivos, y los moros, en grupo en las puertas, miraban aquella larguísima é interminable procesión encogiéndose de hombros—«á la verdad, no era necesaria tanta gente»—. Mas insisto en que no es tan fácil como parece conducir y converger dos columnas, y se puede dar el caso de que la una llegue á su destino y la otra no llegue nunca. El ministro de la Guerra felicitó á las tropas por esta operación militar «tan brillantemente realizada». Pero los soldados sentimos el pudor de una felicitación tan elevada, pues sólo esti-

ramos un poco las piernas, y á mi corto juicio de soldado de segunda ningún cerebro de grado superior al mío, incluso el de nuestro príncipe, tuvo que resolver sobre el terreno alguna ecuación de determinantes. Sin embargo, no ha de creerse que porque no se oyó un solo tiro, ni se vió un moro armado para un remedio, no estuvimos en peligro. Unos cuantos moros, de los que frente al zoco del Had se decidieron á morir antes que pasara por allí Sotomayor, corriéronse hacia Hidum, con las peores intenciones del mundo. Mas, sin duda, reflexionaron, como los más audaces pensadores modernos, y comprendieron que es estéril todo heroísmo cuando vienen en són de guerra 20.000 hombres, con cuatro ó cinco ó seis generales, un príncipe, un general en jefe, el Cuartel general, el Estado Mayor y sus respectivas escoltas. Además, los Schneiders, los únicos que se han ganado la laureada por derecho propio, tienen el encanto de impedir á los moros que derrochen prodigios de los muchos por los que yo les concedería el preciado emblema del mayor enemigo de sus antepasados, los almohades, benimezines, muslines y berberiscos.

Gente zafia los moros, debieron esperar los bellacos y tirar algunos *pacos,* para que la batalla repercutiera en la corte. Mas, con gran alegría de los solda-

dos, la cosa no pasó de un buen y saludable paseo, de los que se preparaban, según nos decían, por las márgenes del Quert. Sin duda, se pensó mejor luego, y no pasamos de Cazaza.

A las tres de la tarde volvían los Cazadores. Antes, á la una, había pasado el globo, muy arrolladito, con sus muchos y necesarios adminículos en apropiados carros, un precioso juguete de Duremberga, un poco más grande, que parecía recién sacado de una de las cajas de la gran fábrica de soldaditos de plomo. Queríamos mucho los soldados al globo, y yo, con un poco de pedantería, solía cuadrarme ante él; era una mala costumbre mía, muy francesa, pero que yo creía mi deber, así como el saludar militarmente á los heridos, acto que hacía reir, y no sin razón, á mis buenos camaradas.

—Hemos tomado Hidum.

—Le hemos conquistado.

—Sin una baja.

—Felizmente.

—¿Y el príncipe?

—Satisfechísimo; radiante; está admirado de los soldados.

—¡Lástima que no se haya oído un tiro!

—Sí; pero ha podido oirse.

—También es verdad.

—¿Y el general en jefe?

—No sé; le ví bajar por el camino de Rostrogordo, seguido de su Estado Mayor, escoltas, agregados...

—Y de la Gloria.

—En fin, ya está Hidum en la talega.

—Y vengadas las víctimas de Taxdirt.

—Adiós, Paco.

—Adiós.

Al separarse los dos oficiales me adelanto á uno de ellos. Es un alegre joven, digno de ser personaje de novela alegre. Su alma es muy bella, como su entendimiento, que desborda de franqueza y juventud, y un espíritu militar que para sí lo quisieran muchas notabilidades que desde las once y media hasta la una y media toman el sol á las puertas del Gobierno, en la explanada. Le abordo *impromptu,* se para, me coge con sus brazos de los dos hombros, me mira á través de los lentes, risueño y cáustico, y escucha.

—Acabo de oirle á usted un diálogo admirable, Hidum...

—¿Quiere usted dejar á Hidum en paz?

—Es que, según creo, ha sido una operación de importancia.

—Realmente. Ha sido una conquista.

—¿Conquista?...

—Es usted muy poco militar, amigo; allí ha podido suceder algo gordo. Albricias, si no ha ocurrido.

—Luego...

—Mañana iré á felicitar al general en jefe por el resultado de la operación.

—Es usted todo un hombre.

—Tomemos café en celebración del nuevo «episodio galdosiano.»

—Vamos.

Y después de un silencio, en el que sin duda buscaba una imagen para una idea, lo que es, por lo menos, tan difícil como cortar un vestido á un cuerpo, se detuvo á la puerta de la cervecería de Las dos Hermanas de Negro, y exclamó muy serio:

—¿Conoce usted la fotografía de Peso?

—Sí; la del barracón.

—Pues allí sucede todos los días una escena que tiene mucha gracia, que da una gran pena y que es de un maravilloso simbolismo. Por un real, que se entrega á un malaventurado moro, se pone éste á los pies de un soldado en medrosa actitud de súplica cobarde, ó se entrega á una mano que le aprieta el gaznate, mientras con la otra levanta el buen soldado el mauser

ó su cuchillo en heroico y sublime espectáculo, digno de una página del *Don Quijote*.

Y sacando—ya dentro de la cervecería—varias tarjetas fotográficas de ellas, me las enseñó. El talento admirable de mi amigo había hallado un símbolo fundamental. Y bebimos ajenjos.

II

El problema era arduo. Cazaza lo resolvía. Aislaba la Península de Tres Forcas, constituía una posición avanzada de primer orden y enfilaba la desembocadura del Quert, en la ensenada de Aran-Azanen, lo que era tenerle á mano en caso necesario. Pues si las minas de la «Península aurífica», como la llamaron los romanos del tiempo de los Scipiones, requerían un fácil embarcadero, una salida apropiada, las dos playas, tranquilas siempre, en el fondo de una admirable bahía segurísima y al amparo del dique formidable del Cabo de Tres Forcas, llenaban tal objeto cumplidamente.

Era, pues, evidente que se avanzaría sobre el Quert. La ocupación constituiría un paseo militar sin importancia. Vigilada de cerca por la admirable posición de

Hidum, los kabileños de Benibu-Gafar no se opondrían; y si su audacia amenazaba resistencia, podía cogérseles entre dos fuegos; pues dos columnas, partiendo en ángulo, encerrarían en un triángulo de fuego al enemigo. Además, el general en jefe presidiría el avance, y esto es la mejor de las garantías. Y, por si era poco, ya que el mar es nuestro, un acorazado, la pobre y chillona *Numancia,* por ejemplo, seguiría por la costa nuestra ruta. Con esto y con movilizar un numeroso ejército, reproduciríamos la hazaña de los cartagineses, que en muy remotos tiempos tomaron, con menos de 40.000 soldados, lo que hoy es la Argelia y todo el Norte de Africa. Para más abundamiento, se hablaba entre nosotros de unas hermosas ruinas allí depositadas por el tiempo para veneración de los siglos. En fin, que el avance tomaba un mágico aspecto de aventura, muy del corte de las que solemos hacer los españoles, según los europeos. «Aventura tenemos, Sancho...»

Una de las dos razones por las que los cartagineses tomaron en tan breves años y con tan pocas fuerzas aquellos lugares, era—según mi travieso amigo el de las fotografías—que no conocían los Schneiders, y la otra porque entonces no se emprendían las operaciones más que en las estaciones cálidas, secas, propias

para la guerra; además, se marchaba de noche, lo que indudablemente exige más valor, pero da unos resultados incomparables, ó los cañones de Aníbal son una zaragata.

Y ciertamente conducir Schneiders por un terreno minero que no puede compararse sino con los sistemas de montañas de Bilbao, con aquellos caballejos que fueron la admiración nuestra en las revistas y aquí se parecían al caballo célebre que *tantum pellist et ossa fuit,* era un si no es imposible. Pero, ¿no había Schneiders de montaña en el mundo? Yo, como soldado de segunda, tenía una gran ignorancia de estas cosas; pero como bajo el uniforme existía un curioso, había yo en sendos libros de Creussot y la casa Krupp, leído catalogaciones de preciosos equipos de montaña. Los cañoncitos nuestros, sobre mulos, debían estar ya en los Museos provinciales de armas de guerra ó en los Museos pedagógicos para uso de los niños, que aprenderían en ellos cosas tan interesantes como los peligros que corren las guerrillas cuando uno de éstos «perritos» despeja los frentes enemigos. Sin embargo, el avance hubiera ido como sobre rosas si el cielo hubiera tenido en consideración que sólo la civilización y el exacto cumplimiento del Acta de Algeciras nos llevaba á ocupar la ensenada histórica donde nuestros

abuelos y próceres, como los duques de Medina-Sidonia, tenían feudos y castillos, unos y otros hoy en respetables ruínas. Mas el cielo tiene leyes que, como las de aquí abajo, suelen desplomarse á destiempo, y cuando menos necesarias son, y por el Ras Tagasut (Punta Negri), aparecieron unas nubes panzudas, del peor cariz que puede adivinar un bilioso. El aire avisaba la tormenta y los soldados pusieron esa cara de pocos amigos que ponen los hombres cuando el diluvio los coge en el campo, ante el enemigo, vestidos de un capote que pesa sólo unas arrobas y adornado con un equipo que sería suficiente para atravesar de punta á punta el Universo.

Y el diluvio llegó, felizmente, cuando Cazaza era nuestra. El buque de guerra había vigilado, todo había salido bien, menos aquel imprevisto final que hizo refugiarse en Hidum al general en jefe. El espectáculo era curioso y recordaba el de las procesiones aguadas. Si apenas se pudo comprobar que aquellas ruínas consistían en unos cubos de piedra y lienzos de murallas. sin arquitectura posible de definir. El mar estaba irritado, mugía sordamente algo colérico y había intentado dar mala fama á la ensenada, volcando una lancha del buque de guerra.

Estaba gris, sucio, revuelto. Reflejaba las nubes. y

éstas eran de un color sombrío y parduzco que producía tristeza. Los aduares de Sidi Mesand, Ifrit Urasien, Jazanen, la duma de Zera, nombrada por Plinio, y al otro extremo las kéteras desparramadas de Igzhar Izurasen, iban obscureciéndose lentamente, como si les envolviera la niebla sin nube de un crepúsculo de la tarde en diciembre. La lluvia fué pronto chubasco, aguacero borrasca, temporal y diluvio. En Africa la lluvia es casi siempre eléctrica y las gotas se precipitan en espantosas velocidades y con una fuerza que pasma. Parece que palpitan en ella odios de elementos y se encarnizan el viento y el agua y el fluido en aéreas contiendas. A veces el agua se desploma como si se vaciaran las nubes por desgarros bruscos de sus panzas. A veces el aire se encrespa, se revuelve, choca en corrientes diversas y parece que el viejo de Hesiodo ha abierto la odre. A veces el fluido vibra y silba y empapa en efluvios de energía las gotas y las sacude en el espacio como chispas.

Nos alejábamos de Cazaza envueltos en las mantas, castigados en nuestro orgullo militar y fe de aventureros por la Providencia, que, según es fama, tiene sus defectos y sus veleidades, ó, al menos, lo parece.

No filosofaban precisamente así los soldados, sino antes bien renegaban de Cazaza con todas veras y da-

ban al diablo nuestro auge militar y colonial, y bajo la manta hacían frases graciosas, jugando los vocablos á costa de los cartagineses y los duques de Medina-Sidonia y las minas y la guerra. Yo leía en los periódicos, entre muchas atrocidades, que sería preciso rectificar; que los soldados estaban á boca que quieres, llenos de entusiasmo y de alegre guitarreo; que soportábamos los soldados estos diluvios con entereza digna de todo encomio. Soportábamos porque en plena juventud no íbamos á llorar y mugir como si el simoun del Desierto nos sorprendiera en las arenas descritas por Loti; pero si hubieran oído los interesados las palabras que se les ofrecía, salidas del corazón y no exentas de un raciocinio interesante, no hubiera ido todo como la seda. El abrigo empapado pesa quintales, la manta agobia si se moja, y como todo era antiguo, viejo, impropio de esta clase de guerras coloniales, para las que la Administración Militar moderna tiene su *atrezzo* y *mise en scene,* los soldados se enfurecían y rabiaban. Yo mismo estaba sombrío.

—¡Hidum!

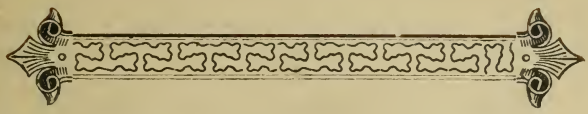
¡Cazaza!

—Esto ha concluído, amigo.

—Sí, ocupamos una vasta cuerda orográfica.

—Pronto habrá minas, diques, ferrocarriles, conducciones aéreas.

Y mi amigo, el alegre oficial que ama á España como yo, como se ama á una refunfuñona abuela que fué reina y hoy es vieja, me dijo bajando la voz: «No olvide usted escribir esto con el título de «Conquista de Hidum y viaje á Cazaza.»



XIV

Crepúsculos en Africa.

Desde la Cárcel.

I

Nador. Han traído en un saco mugriento un cuarto trasero de buey, y ahora le despedazan en porciones. Como es poco, han añadido hoy parte de la asadura, ayer la cabeza. En torno de los carniceros improvisados han colocado los cabos de grupo 13 ó 15 platos de estaño. ¿Quién repartirá la carne? No toda ella, por desgracia, está en condiciones; no es magra, hay mucho hueso y partes averiadas, piltrafas que azulean. Es, pues, necesario un cabo que sea justo y dé á cada grupo equitativamente pedazos malos y buenos, en proporción alícuota.

—A ese le has echado magro ya tres veces.

—Tú te callas.

—Eso no va bien; no te fijas, me das asadura.

—Te doy lo que quiero.

—Pero, ¿á mí, hombre?

—Espera, hombre, espera...

—Estás haciendo lo que te da la gana.

—Oye, tú, furriel, que reparta otro.

—Pues yo no llevo eso al grupo.

—Pues lo dejas.

—Luego no se cuece en tres horas y nos vamos sin comer á las avanzadas, como ayer.

—¿Tú crees que es justo lo que haces? Oye, furriel, que tengo en mi grupo 14, y mira lo que me da éste...

—Apáñate como puedas; allá tú...

—¡Bien has salido, amigo!...

Pronto humean las calderetas de la compañía. Su humillo azulino detona en el vivac encuadrado en las chumberas. Cerca de allí, en otra huerta, la banda da el concierto de todas las tardes. Iré á formar parte del corro en cuanto repartan el correo, que ya no debe tardar. Ha ido el sargento por él á la tienda de Argote, donde se entrega por compañías. Las lluvias y el mal estado del mar nos han tenido ocho días sin cartas. Juegan los oficiales al dominó. Desde que acaba-

ron de comer están enfrascados en el juego. Es un vicio de vivac imposible de desterrar. Un oficial me dice: «Esto no es una falta, se hace en todos los Ejércitos europeos, ¿cómo pasar el tiempo?» Yo sé una hermosa manera; pero si le digo que los soldados necesitan conferencias, se molestará, sin resultado para él y para mí. Un sargento que ha ganado tres billetes de Banco al monte en la chirlata de una compañía, me convida á cerveza. Ayer perdió 20 duros. Entre los soldados se castiga el juego con firmeza, y me pregunto por qué no ha de servir para ellos este rasero. No he visto á nadie dibujar, enseñar ó hacer algo verdaderamente provechoso. Apena tanta ignorancia é incuria. En las discusiones entabladas sorprendo muy pocos rasgos de inteligencia; todo es mohoso, de segunda mano, parabólico. Un duque que alardea de ingenioso, juega vocablos torpes y repugna oirle. La falta de mujeres los hace obscenos como á los soldados, que sólo tienen palabras lúbricas en la boca. Además, un campamento pone en irónico relieve los defectos de las sociedades y el parangón de clases, y resulta penoso é instructivo observar cómo en cada tienda de oficiales y entre ellos se representan comedias de vida que la disciplina es impotente á veces para cubrir con su máscara de hierro.

Cuecen ya los ranchos. El humo es cada vez más tenue y borbotean las calderetas; en torno de las cuales, se apiñan los grupos. Comen de pie, en corro, un caldero de patatas y carne, que con mucha frecuencia, por la prisa y la impericia, suelen no estar bien cocidas. Es un problema no resuelto la comida en los vivacs ante el enemigo; de todos modos, esta arcaica manera de distribuir la menestra, de cocerla y tragarla es antihigiénica é indigna de un Ejército europeo. Todos los días veo partir la carne y me da náuseas; los mismos soldados no escasean sus quejas. Los capitanes de las compañías dejan hacer: tal vez no puedan hacer nada. Y yo, que he estado cinco meses viendo comer así á los soldados, he notado que les embrutece, les produce lesiones gástricas, les debilita y no les sustenta. Es un proverbio hoy que «el que come todos los días patatas está al poco tiempo imposibilitado de ganarlas».

Claro es que el haber del soldado no alcanza á poseer, como el marqués y el duque de mi compañía, extractos de carne por las fórmulas de Liebig; pero con el plus de campaña y una verdadera administración, y un estudio anatómico de lo que es el estómago humano, creo yo que podríanse mejorar los ranchos, hacerlos variados y, sobre todo, bien condimentados, que

es el secreto de la nutrición. Se ha trabajado mucho en este sentido en Alemania y Austria, con gran resultado, y en Suíza. Un doctor de Munich, Waldmann, ha escrito obras especialistas del género, que son hoy autoridades. Las intoxicaciones son muy frecuentes en los Ejércitos, porque las materias alimenticias sufren averías á cada paso. Durante la guerra, el general Marina recibió un saludo de la Sección de Sanidad militar del Congreso de Medicina de Budapest. Algo mejor que el saludo debieron haber hecho los ilustres médicos militares: enviar comisionados que inspeccionaran los campamentos y vieran nuestras letrinas y el modo de destruir las basuras, y probaran aquel rancho que, claro es, ni estaba podrido ni olía mal, pero muy pocas veces estaba lo suficientemente cocido. No ha podido ser más deficiente nuestro material higiénico y sanitario, y el doctor Larra y Cerezo hubiera podido añadir comentarios muy sabrosos á la hermosa síntesis del progreso en este material de los Ejércitos europeos. No basta que los generales se retraten comiendo el rancho, es necesario que repartan entre los oficiales los opúsculos sanitarios y vigilen los campamentos todos los días. Descansan demasiado en la confianza depositada, y no han oído, como yo, que al anunciarse su visita se arrastra á varazos á los sol-

dados con escobones improvisados y se quita lo más visible. Eso no es limpiar, es remover todo ese ejército de infecciones que sigue á los soldados. Hablaba de ello con los oficiales; pero, como siempre, me irritaba al oirles que no disponían de otros medios.

Llega el correo cuando el sol se ha ocultado. Es muy tibio y muy dulce el airecillo que corre; quisiera que aireara mi cerebro y mi corazón. Los sargentos han desparramado el montón de las joyas en el suelo y los soldados forman un apretadísimo corro. Explotan en el silencio los felices nombres y vuelan los sobres por las cabezas. Vase el agraciado lejos de allí, á un lugar solitario, donde pueda sin testigos ni interrupciones dar de comer al corazón. El alborozo y el regocijo encantan y aturden. Un soldado que no sabe leer, me busca; es una carta de mujer; se retrata tan admirablemente, que la veo material y moralmente como es, á mi lado. Ama demasiado al analfabeto y simpático muchachote, y se relame de las «cosazas» que la buena lugareña le larga en aquel lenguaje divino y franco, que ha inmortalizado las cartas de Teresa Panza. Como yo no he recibido carta alguna, me distraigo bien así, y hasta intento reir. ¡Bravo corazón el de aquella Alfonsa! No sabe lo que hace. Aquel muchachote que ella ama tanto, esta noche, en las

avanzadas, se acurrucará en el terraplén de las trincheras y rumiará «las cosazas» de la novia, que se graban mejor en el magín que el articulado de los centinelas y sus responsabilidades. El corro se ha deshecho. Es muy bonito el aspecto de la huerta-vivac; los soldados leen desparramados, apurando la luz del crepúsculo, que es una hermosa luz intensísima.

Una especie de luz zodiacal acompaña en Africa á la caída de la tarde; es una cascada boreal de luz nacarina, que por gradaciones se tiñe de violeta y gualda. El inmenso azul se ensombrece un poco; un velo cárdeno borda los contornos de la bóveda celeste, y la proyección solar, como una irradiación, triangula el haz de rayos. Densa al principio, se sutiliza, se evapora y es cada vez más delicada y más tenue. Las nubes, muy altas, reciben todavía los rayos que las capas elevadas embeben aún, y son deliciosamente rojas, anaranjadas, y mienten una flotilla de globos como el que duerme en nuestro «hangar». El rojo se torna en rosa; palidece y esplende como un destello de grosella diluída en agua. Tiende el crepúsculo sobre el campamento ese género de luz tan oblicua que es claridad lateral, una enfocación casi horizontal, que ensimisma y daña. Dura aquí mucho tiempo la luz de la tarde. Venus, el lucero vespertino, flota en el océano de

luz ambarina. Aquella estrella es el emblema de mi Patria.

La banda, muy lentamente, desgrana las notas tristes del coro de zíngaros, tan popular en España. Deben encontrar los soldados un estado de alma en ese bello coro melancólico y dulce que rememora una Patria lejana y describe una marcha lenta á través de paisajes extraños, acompasada por el patriarcal y milenario pandero. Yo traigo á mi memoria las canciones bohemias de Brahms, los cantos tzíganos de Strauss, los coros de Borodine, el bellísimo canto moro de Selenik, cuya sencillez y melodía tienen savia fresca mora, y tintas como la de este crepúsculo, y angustias indefinidas como las de mi alma. ¡Oh! Ahora es un pasodoble. Chueca sonríe bajo su bigotazo. Los soldados corean. En el interior de los kioscos de ramaje de los oficiales se encienden lucecillas; es necesario ver lo que se juega, porque se arriesgan cuartos. Es un género de emoción como otro cualquiera, tal vez más digno y varonil que estar como un iluso contemplando con qué matemática y dulcísima precisión la luz zodiacal recoge la sabana luminosa, atenuando su vigor y su matiz sin violentar los ojos. Algunos soldados danzan al compás de la jota, que la banda toca con cierto enardecimiento. Cantan otros con muy mala

voz una canción muy bella. En un radio largo de sombra está formada la sección que hará avanzadas esta noche. Van apareciendo las estrellas, y las nombro con cierta feliz alegría infantil de conocer su nombre. No sé qué tristeza muerde mi alma como un ácido. ¿No tocan oración hoy? Dondequiera que esté, el soldado ha de cuadrarse al oir el maravilloso toque. Ya. La música, muy despacio, inicia un largo religioso, que matiza con emoción muy expresiva; es un suspiro repetido tres veces, que es cada vez más elevado, hasta abrirse en el acorde encantado de una plegaria; entonces, bruscamente, se quiebra, se abre, y el acorde danza á un contratiempo tan violento como delicado. Son así, deben ser así, las plegarias de los militares. Me increpo á mí mismo esa tristeza. ¿Vale alguna cosa en la vida la pena de estar triste?

La luz es ya tan escasa, que las estrellas resplandecen con su brillo africano. Centellean los astros. Un oficial se acerca á mí, y, gentilmente, comprendiendo mi estado de ánimo, murmura el *é luceam l'estelle.*

—Tengo un notición, poeta.

—¿Cuál?

—Bueno; pero baja á la tierra.

—Ya estoy.

—El juicio de promoción es ya un hecho.

—No debía serlo. En ninguna escaramuza de las que hemos afrontado ha merecido nadie esa honrosísima distinción.

—Pues ya está el gato en el desván.

—¡Ah, si fuera él solo!...

—¿Por qué no escribes una historia de cierta promoción?

—Es muy delicada la cuestión de ascensos. Marina debía obrar con una energía que no tiene, de que no es capaz. La Patria paga al militar, y cumplir con su deber no debe traer nunca un ascenso. ¿Y quién ha hecho aquí otra cosa que cumplir con su deber?

—¡Cómo se conoce que eres un soñador impenitente! Marina firmará cuantas gracias le propongan, y el Gobierno las aceptará. Es una medida admirable de buen Gobierno. ¿Qué honrado con tal ó cual otra cruz ó gaje ha de criticar, si el caso llega? Intereses creados, poeta; aquí de Benavente.

—¿Qué concepto tan limitado tendrán del deber cuando por una marcha ó un tiroteo se piden ó se dan mercedes?

—La Humanidad, filósofo celeste, no tiene alas elicoidales aún. Y el problema de la dirección de los globos está en que el peso del vientre del hombre no

está, como en los pájaros, en equilibrio con el del cerebro. Es necesario que no divagues.

Río de todas veras la comparación ática de mi buen amigo. Cierto. Las cruces y las distinciones debían ser una humillación. Y la moralidad militar, más que otra alguna entidad social, debía hacer de las recompensas la más difícil y firme de las cuestiones.

Ya no hay luz. Paseamos en la sombra, oyendo la algarabía de los jugadores y el canto apagado de los soldados, que en sus chamizos entretienen el tiempo. Los aerolitos cruzan la atmósfera con mucha frecuencia. Estos fragmentos de astros parecen estrellas que han logrado escaparse de su sitio eterno, y encantan. Llegamos á un pozo. Suben agua los soldados en cubos atados á los extremos de una larga cuerda. Nos sentamos en la piscina seca, estanque de adobes que tienen cerca todos los pozos orientales. El oficial tararea el *racconto* de Rodolfo, y yo miro la cristalina bóveda celeste con efusivo deseo. Relinchan las bestias que duermen al aire libre, sin cobertizos, durante toda la campaña, y da pena ver su delgadez.

—Oye, poetastro.

—¿Qué, Buonaparte?

—Ante todo, no me llames eso. Los realistas, por mofa, llamaban así á Napoleón.

—Tenlo por no dicho.

—¿Qué se siente cuando no le escriben á uno desde la Patria y le abandonan todos y no se acuerdan del pobre soldado?

Mi buen amigo, como yo, tampoco tenía en la dulce Patria muchos amores. Busco una imagen para mi idea; la encuentro:

—Un ligero fresco hacia la nuca.

Y, caminando á la tienda, le digo para explicarle aquella imagen, cuyo sentido se escapaba á su talento:

—Así había informado Guillotin á la Convención el día de la admisión de su «viuda».

Y en el apretón de manos suyo comprendí su emoción.

Me envolví en la manta, y, como tenía fiebre, me eché en el suelo, deseando que una bala de las que comenzaban á pasar me clavara en él.

II

Melilla. Como el domingo de los burgueses en España, aprovechamos los soldados «que han tocado marcha en el campamento». Están llenas las tabernas de Triana, y la calle del General Chacel rebosa de

soldados que pasan en grupos, en filas, en alegres promiscuaciones de armas y clases y paisanos.

El sol de diciembre calienta; pero aun en Africa el mes de las nieves no es una delicia. Corre un airecillo molesto y se prevé que al ponerse el sol hará frío. Sin embargo, al salir á la ribera del mar, cerca del Hipódromo, me quito el pesadísimo capote. Me acompañan un oficial y un proveedor de menestra á los regimientos. Atrás dejamos la Plaza de Toros, convertida en establo y pesebreras, y caminamos «tomando el sol», por las orillas del mar. Han dejado los pescadores moros sobre las arenas una especie de medusas, muy comunes en estas costas, un viscoso «agua clara», que parece un poco de agua de mar congelada y teñida por una mezcla de albayalde y verde. Hay varados lanchones. En el mar los transatlánticos esperan la repatriación de los reservistas.

Conocemos á distancia los buques de guerra; aquél es el *Río de la Plata,* el *destroyer* aquél el *Osado,* aquel crucero el *Princesa de Asturias* y la fragata *Numancia* aquella nave que tiene en el centro una chimenea chata y dos palos con enormes cofas, distanciadísimos el uno y el otro. Como un sargento del *Río de la Plata* me ha dicho que no puede ser peor tal buque, se lo digo así á mis amigos. Fué comprado

por subscripción americana. Por cierto que sucedió un caso graciosísimo durante la guerra norteamericana con un torpedero que estaba anclado en un gran puerto de Sud-América, y que demuestra lo que somos los españoles en todos los sitios. Y les cuento á mis amigos que, sabiendo aquellos que el *Iowa* había de pasar por el Estrecho de Magallanes, en Tierra de Fuego, indicaron al comandante del torpedero que hiciera rumbo á su encuentro, le lanzara un torpedo y hundiera el buque. «¿Creeréis, amigos, que hubo necesidad de levar anclas ante la sesuda negativa del comandante y la revolución espantosa que provocó?» Y departiendo así de nuestra pobre Armada, caminábamos tramando un trío interesantísimo, hablando en voz alta de errores fundamentales que no tenían remedio, porque la raza se pierde fatalmente por su horror á examinar sus defectos y su atávica manía de grandezas.

Unos pescadores de Frajana embanastaban peces. Junto á la panza de una nave derribada en la marisma ardía una hoguera. Dos moritas, muy monas, nos piden *perras,* y se las doy con la condición de recibirlas quietas. Nada de eso. Su timidez es proverbial y santa. Una raza ha fenecido cuando se humilla al vencedor. Nos sentamos en la arena, desmenuzada

como polvo y cubierta de sinnúmero de valvas de molusquillos. Estamos ante el mar. El mar es la única palabra humana que no tiene definición posible. ¿Cómo definir esa respiración monstruosa y lenta, esas mareas y reflujos, esa vasta extensión que parece inmóvil, á veces, y es, á veces, la más gigante muestra de la irritación y la catástrofe? Su color en la calma es el del cielo, pero en su furia tiene lividéces espantosas y turbias atroces, toda la gama de los colores de la bilis, la sangre y los vómitos. Pero hoy el mar está tranquilo y las olas son ondas, y éstas vienen á nuestros pies con una mansedumbre perezosa y digna, desenvolviéndose suavemente en espumillas y murmullos. El gran macizo de la vieja Melilla se destaca como un peñón.

—Ya se van las tropas.

—Sí, los reservistas.

—¡Pobrecillos! Han sido las víctimas propiciatorias.

—Una mala y peligrosa medida.

—Digna de revisión y minucioso análisis.

—¿De modo que teniendo la división Orozco en pie de guerra y la brigada del Campo de Gibraltar, se piden las reservas como si se tratara de una movilización de éstas en unas grandes maniobras alemanas?

—El 23 y el 27 fueron, primordialmente, fruto de esta medida bárbara.

—Bien cara ha costado á la Patria.

—Sin preparación, sin conocimiento de la táctica nueva, que esos pobres reservistas no conocían, porque ellos sirvieron con la antigua.

—Así había que formarlos en medio del combate, presentando blancos espantosos de secciones formadas de á cuatro.

—¡Horroroso!

—No; trágico.

—En un libro que aparecerá pronto en Europa, un amigo mío, escritor extranjero, hace un minucioso análisis de esta medida y sus frutos, que en vano he intentado criticar. Europa se reirá de ese anhelo de testificar una movilización inverosímil; porque las reservas no tienen por objeto engrosar batallones y presentar blancos; las reservas deben tener períodos de instrucción que refresquen la táctica aprendida en la poca y nula vida de cuartel que se hace en España.

—Así sucedió la dolorosa escena del Fondak cuando la formación de las quintas compañías. Aquel paso dado adelante con seguridad y decisión, es toda una protesta...

Tengo necesidad de ponerme el capotón, porque hace frío.

El otro día, un oficial de guarnición en Melilla me aseguraba que nunca había conocido en Melilla un invierno tan crudo y una más larga estación de lluvias que aquélla. El sol está ya detrás de Basbel. Por el barranco del Lobo, que triangula la posición de Ait Aixa, se refracta un haz prodigioso de rayos solares que se pulveriza en niebla hialina.

—Ahora, al volver á la Patria, harán un estado de opinión malo. Su descontento engrosará la fila de los pesimistas y sus relatos debilitarán.

—Ocurrirá lo de siempre. Nadie dirá la verdad en voz alta. En voz baja ninguno está conforme con Marina, pero que toquen á generala y no se alzará una voz valiente y patriótica que diga: «No sirves; no te caben en la cabeza 60.000 hombres; no sabes esa técnica difícil que tiene por base la ciencia gubernativa y por vértice la ciencia social; ignoras el medio de tener á mano esas fuerzas y desde el primer momento has titubeado, y una duda es en las batallas la derrota ó el triunfo incompleto.»

—Sí, ¿quién dirá eso?

—Y, sin embargo, es cierto.

—Yo he oído criticar muy severamente la compla-

cencia del general con los moros. Es una senil terquedad insistir en esa medida que acusa un noble corazón doméstico ó una noble equivocación; pero demostrada su ineficacia, ¿por qué no se echa mano de la fuerza, de los Schneiders y del miedo efectivo, como Aguilera en Lehdara?...

—Es cierta y dura aquella frase: «Si esa posición ó ese reconocimiento ha de tomarse ó hacerse sin una baja, bueno...»

Y aquella posición era Atlaten, y el reconocimiento, el avance del 17 en Nador. Había miedo ó dudas en Madrid.

—Un general debe ser autónomo.

—Debe tener talento para serlo.

—Como Roberts en la India y en el Transvaal.

—Si no...

—Si no, nos exponemos á pedir soldados poco á poco, á aglomerar ante el enemigo vituallas, á surtir de víveres con convoyes que son epopeyas, á no disponer nunca de un grupo de fuerzas, á...

El sol se va. En los límites del mar la refracción ha teñido una franja que se deshilacha en arborescencias de espectros de laboratorio. La paz es inmensa. Mugen dos sirenas de barco en dúo monstruoso.

Volvemos á Melilla preocupados con nuestra con-

versación. El crepúsculo es hermoso, pero el interés de las palabras que oigo me roba atención y sensibilidad.

Camino mordiéndome los labios. Tengo gana de gritar alto, muy alto, y la angustia transforma el divino paisaje del mar, del cielo y la tierra, envueltos en una única tinta tenue, en horroroso infierno.

—No; no habrá nadie que hable de estas cosas.

—Todos las dicen.

—Pero los que las dicen son pobres de vientre y d cerebro.

—¿No habría por ahí un hombre de corazón que sólo tuviera en éste el puro amor á la verdad y el santo interés de la Raza?

—Sí; yo.

Y los dos me miran despacio, como si dudaran.

III

Cabrerizas. Malo ha sido el día. Nuestro coronel quiere destacar su regimiento entre los demás y prohibe bajar á Melilla á sus soldados, por ignoro qué escrúpulos; pues los coroneles de Saboya, Wad-Rás y León no tienen inconveniente en permitirlo á los

suyos, y nada pierden con ello. Pero como la guerra no se presta á ganar laureles, es necesario hacer algo. Por la mañana una orden ha reunido á los voluntarios para el tiro al blanco. Hemos subido cerca de 60 al Polígono de tiro en Rostrogordo. Antes de ir á la guerra nos foguearon con un cargador solamente; ahora, después de la guerra, cuando ya no se disparará un tiro para un remedio, nos mandan descargar 25 balas á diversas distancias, en distintas posiciones, á discreción, y descargas cerradas. Anotan nuestros blancos; el que mejor tira hace ocho, á pesar de que los encargados aumentan el número por un mal entendido amor de regimiento. No me explico la razón de esta maniobra. Hemos estado todo un mes en Melilla, inactivos, y en un solo día, los soldados se han ensayado en las prácticas de tiro. ¿Por qué solamente los voluntarios, y al final de la campaña, cuando una Real orden los va á mandar á sus casas?... Y ya en el campamento nos encontramos con la prohibición absoluta de bajar á Melilla. Pasará revista el coronel y luego habrá instrucción de orden abierto hasta el toque de oración. Los soldados rabian. Pasan revistas todos los días, mañana y tarde, ante el sargento y algún oficial que viene arrastrando el sable muy despacioso, fijándose con mucho cuidado y criticando con

sorna; más tarde el capitán se certifica de ello y, como complemento, el comandante y el teniente coronel. En mi ánima juro que no está mal, ni mucho menos, tomada esta medida, que mantiene entre los soldados cierto necesario grado de limpieza exterior. Mas he aquí cómo se verifica. El sargento de guardia va de tienda en tienda, gritando de muy malas maneras, á estilo de pastor, que habrá revista, y que quiere mirarse en las cartucheras su fisonomía, que, por cierto, no es de las que acusan un alma. El capote ha de brillar, según él, y el fusil tiene que estar *como un sol.*

Como en las tiendas de campaña dormimos 45 y 50, los equipos están tirados y los fusiles en el aro del ástil, apelmazados. Con 20 céntimos que reciben como sobras han de darse placeres y gustos y comprar pasta para metales, lijas, grasa y betún ó barniz de los correajes. A todas luces, es imposible. Por eso unos á otros se roban los enseres, los paños, las pastas. Nadie tiene bolsa de aseo, ni se ha cuidado nadie de darla. Y los pobres muchachos extienden la manta, y sobre ella los correajes y las piezas del fusil, y limpian como pueden. Cuando hay sol lavan en el río las faenas y la única puesta interior. Ellos mismos, entre los muchos y muy fundamentales ar-

gumentos que oponen á tanta revista, dicen: «¿Por qué no pasar revista de las mudas?» He presenciado muchas veces el reparto de unas camisas ó unos pañuelos para el cuello que substituyeran á la tirilla, ó de unos gorros, pero siempre ha sido el reparto parcial, y en ningún equipo de soldado había nunca el menaje necesario, lo que constituye la buena policía interna, una desinfección constante, un prudente cambio de ropas interiores. Nuestro siglo estudia demasiado estas cosas para portarnos como en tiempos de nuestras nefandas y trágicas guerras civiles, cuando los jefes, al llegar á los villorrios, tiraban en las cunetas del camino las guerreras, hirviendo de piojos.

Porque buscar con la limpieza exterior del soldado una agradable visión externa de conjunto, es bastante pueril y contra toda verdadera Ordenanza. El cuidado del cuerpo trae el de la ropa, porque sobre un cuerpo limpio nadie se pone una ropa sucia. Además, los antihigiénicos capotes, que cuando llueve, según la frase graciosa de los soldados, «se ponen de pie y andan», aludiendo á que su tela infernal se reseca como pellejo de peleón en lonja de abacero, por medida de economía se usan años y años sin previas desinfectaciones. Y es preciso verlos para comprender cuánta no es la paciencia é ignorancia de nuestros buenos soldados.

El tejido, roído por las polillas y el roce; los lamparones, ese gris parduzco, verde, cárdeno, que se extiende por las ropas viejas, como el jaramago de los paños duros, y, á pesar de esto, plantado sobre el cuerpo de nuestros soldados, verdaderos «cuerpos de pobre». Yo denuncio el uso de esos capotes que se abrochan y envuelven el cuerpo como fardos é imposibilitan las marchas, puesto el correaje y cargado el macuto á la espalda, y bien ceñidos los acromiones y las axilas, y oprimido el pecho por la manta, que debe estar envuelta, como el macuto, en un lienzo impermeable.

Así, era muy gracioso observar desde filas una revista de policía de capotes. Habíanlos traído en unos carros y en fardos enormes, que hubieran horrorizado á los grandes microbiólogos. ¡Cuántos pirochetos pálidos y diplococos lanceolados y bacilos de Koch y de Roux! Luego, en el reparto, para facilitar la entrega, se habían «tirado á la rebata». Pero, ¡ay de aquel á quien faltara un botón ó un corchete, ó luciese una arruga ó un pliegue falso!... Y, como ellos decían, «peor sería que nos los hubieran dado nuevos». Por no haber cosido un botón, que ni á tiros se encontraba, una noche de avanzadas, aquella noche llovió horriblemente, y el desgraciado soldadito soportó en el

terraplén del río de Oro el mortal aguacero. Por la mañana tosía y por la tarde estaba imposibilitado de las piernas, y aún decía el sargento que sentía no pudiera hacer otra noche de guardia. Estas y otras cosas están muy mal en campaña. Un hombre no tiene precio, y eso lo ignoran los sargentos y no meditan en ello los oficiales. No basta darles palmaditas en el hombro ó mandarles quitar de la frente la mano; es necesario saber muy profundamente que bajo aquel uniforme, que es un disfraz social, hay un espíritu inquieto, prez de la Patria y de la Humanidad. Y no importa que sea analfabeto ó bruto; la culpa de ello está en los mismos oficiales ó en el presupuesto. Yo no he visto durante toda la campaña un libro en manos de nadie. ¡Y cuánto tiempo ha sobrado!...

A las tres de la tarde el sol comienza á palidecer, se le puede mirar cara á cara sin que se resienta el nervio óptico. Tornamos para la revista que, según dice la orden, pasará el coronel. Antes, claro está, sufrimos las del sargento, cabos, jefes de sección y la del capitán; sin contar, también está claro, la que yo paso «in mente» de los soldados y de los jefes. Éstos no se conforman nunca, ni para ellos es suficiente la limpieza observada. Yo les diría que si se embanastaran 50 en una tienda, donde, según el Reglamento

caben sólo 25, les sería imposible ser limpios. Y aun podría objetarles que los oficiales deben vigilar la limpieza, enseñar higiene á los soldados y predicarles, no á pescozones, que el cuerpo humano es una maravilla, y que es preciso conservarla con amor, no porque así lo mande aquel artículo de la Ordenanza que, formada la compañía, los leía yo de diez á once de la mañana. Los oficiales pasan muy despacio mirando aquellos hombres clavados en el suelo, indicándoles que la hebilla del cinturón debe despedir reflejos de oro. Yo soy de opinión que también las dos cabezas: la del soldado y la del jefe. Y siento ganas de decirle que no mire con tanta solicitud al agujero del cañón del fusil y abra las cartucheras y mande limpiar el óxido de los cargadores, que luego durante las descargas no entran en la ranura del cerrojo y ponen en peligro la vida del soldado. Pero se trata de presentar soldados de plomo, muy lucientes, aunque detrás de los vivos colores haya sólo plomo. ¡Ah! ¿Y cuándo un toque arrebatado manda una revista improvisada? Es allí al oirse de las vociferaciones, los juramentos, las palabrotas soeces que escarnecen, los vilipendios y las bofetadas. Todo para presentar en fila unos equipos por dentro de los cuales corren los piojos. No; un Ejército europeo no es así. Y mucho menos, á las puertas

mismas de Melilla, cerca del mar, á unas leguas de la Patria.

Cuando pasamos el puente, camino de la explanada, el sol está ya muy oblicuo. Todo el regimiento hace instrucción. Me fijo muchísimo, porque tengo el defecto de creer que cuando se hace una cosa, no sólo se debe hacer bien, sino las causas por las que se hace. Tengo muchos datos sobre estas instrucciones militares, sobre sus deficiencias, sus alternativas, las tentativas por hacer entrar en ella la táctica alemana, que es, en su base, la japonesa. En orden abierto y en orden cerrado. Recuerdo las experiencias de la táctica de Burguete, y su fracaso. Observo ahora á mi gusto el grado de verdadera instrucción de estos soldados de la División reforzada, que llevan dos años aprendiendo lo mismo. Y como he presenciado la táctica observada en las batallas, comparo. El dislate salta á la vista, y es tan sencillo, tan fundamental, se ve tan á las claras, que me admira no lo comprendan las clases. El dilema es éste: ó hay una táctica para campaña y otra para guarnición, ó un Ejército debe siempre estar en pie de guerra. Yo he visto que usamos dos tácticas distintas, completamente distintas: la que nos enseñan y la que nosotros discurrimos ante el enemigo. Tan cierto es esto, que aquella precisión en los movimien-

tos, aquel ruído isócrono y cronométrico, aquel manejo del fusil enteramente teatral, de saltimbanqui ó de zuavo, sólo conducen á pasar un tiempo precioso admirando á los hebreítos, que nos contemplan horrorizados. En las batallas sólo tiene cierta eficacia el sistema japonés de guerrillas, y aun en este movimiento he notado, al replegarlas ante el enemigo, cierta anarquía, que estriba en no poseer los soldados la ciencia y la moral de los movimientos que ejecutan. Los hacen á la voz de mando ó de corneta; pero, ó yo no he visto nada, ó esos soldados deben poseer conciencia de que en un momento dado han de verificar el movimiento señalado. Por eso, á los sargentos les cuesta tanto trabajo enseñar la instrucción, y muy pocos saldrían airosos de un verdadero examen táctico. Se atienen á los libros, á las reglas, con un absurdo y cómodo interés. No les ha enseñado nada la guerra. Ésta ha demostrado que los repliegues sobre el terreno son un género de desbandada. Y esa misma predisposición del soldado á ejecutar uniformemente un movimiento, le resta la independencia, la iniciativa, el desenvolvimiento libre dentro de las filas; pero esto, que lo han hecho clásico los boers de Botha y las maniobras anuales de las milicias suizas, lo ignoran los sargentos. Éstos no saben más que un vocabulario de voces tác-

ticas, y realmente no se les exige más. Con ese bagaje no se va á ningún campo europeo de batalla.

Yo me reia tristemente cuando los jefes se irritaban porque todo el batallón en marcha, al grito de «¡Cambien!», no atronaba el Gurugú con el porrazo de las 500 manos en la chapa de la culata. Pero, al mismo tiempo, muy humilde, confesaba mi crasa ignorancia y estupidez palmaria en esta ciencia. Tal vez los manes de Federico II impongan el avance de un batallón por las lomas del Gurugú de esta guisa. Y no sería una razón afirmar que entonces no se conocian los cerrojos Mauser ó las recámaras Maxims. Los moros han puesto comentarios muy lúgubres á estos libros de táctica; pero, ¿qué saben ellos de movimientos simultáneos y otras zarandajas? ¡Asi, se alzaban de hombros los ignorantes cuando presenciaban nuestras maniobras!... Tanto peor para ellos si no comprendian que aquello sirviera para maldita de Dios la cosa.

El interés del soldado por su instrucción militar es muy poco. La razón no es de Sócrates; es ésta: porque no se la hacen interesante. Le aturden los oidos, le vuelven loco, le hacen dar vueltas y tumbos, le dan carreras, le hacen marcar el ritmo, el tiempo, el compás, le piden con el reloj en la mano la seguridad y la firmeza en verdaderos giros de acróbata ó malabarista,

y como previamente no se le ha formado, el cuerpo gimnásticamente ni se le han dado lecciones teóricas de aquellas volteretas de ardilla y oso enjaulado, el soldado, y yo también, estábamos deseando que el sol se fuera á ver si en los antípodas se hacía otra clase de instrucción, cerrada ó abierta, pero con mucho sentido común, si es que no es cierto que es el menos común de los sentidos. En campaña no se ha ejecutado jamás un movimiento de éstos; sencillamente, porque la realidad impone reglas, pero no leyes, y reducir á éstas, aunque sean militares, los caprichos, las sorpresas y las fases de una batalla, es sólo privativo de aquellos generales austriacos que no se explicaban, y con razón, cómo volaba Napoleón detrás de ellos, los superaba el frente, los envolvía, les obligaba á dar batallas cuándo y cómo quería y en el lugar que le era favorable y á la hora que se le antojaba.

Claro es que yo soy un simple soldado de segunda, y no está bien que critique cosas ya admitidas y muy sesudamente comprobadas por eminencias; pero como he tenido la suerte de oir las balas y ver la eficacia de todos esos movimientos, hoy me río de ellos, y cuando me case—si es que me presto á esa nueva guerra como voluntario—, mandaré á mis niños á la explanada, y les diré: «Id, queridos, y veréis cómo unos hombres hacen

lo que vuestros peones y juguetes mecánicos de Nuremberg; id y volveréis imitándolos con un palo.»

Un suspiro de satisfacción acoge á la corneta. Alguien nos dispone teatralmente en la explanada. La música, en el centro, canta el *Ave María*. El sol se ha ocultado como un gran actor entre nimbos, que parecen bambalinas y cortinas de telón. Las nubes hinchadas de agua refractan los rayos dulces del crepúsculo y tiñen sorprendentes chafarrinones de paleta de mal pintor. No sé si es ello ó mi mal humor de danzar como un oso enjaulado, ó mis dolores en la mano y cabeza, que no veo poesía en esa hora que esté donde esté, siento una inmensa paz, una intensa bondad ascética y deseos de que los hombres dejen de ser necios y no se disfracen de sacerdotes ó soldados.

Para más abundamiento me *toca* hacer guardia en el barranco del río de Oro. Lo malo es que llueva, porque aquí es el único enemigo. Humean los ranchos en todo el empinado cerro; recuerda tiernamente este humillo el de las chimeneas de la casa solar, visto desde el campo, también á esta hora, y que es promesa deliciosa de amor y armonía.

—¿Lloverá esta noche, Jandor?

—Esta noche llover mucho.

—¿Tú vernos en la instrucción; Jandor?

—¡Ah! Estar farrucos.

—No; Jandor, estar peones.

IV

Carretera de Hidum. El Estado Mayor, con muchísima razón, no quiere que los soldados dejen de aprender topografía y se adiestren en el muy beneficioso trabajo de trazar carreteras y construirlas. Para esa clase de trabajos militares hay ingenieros: pero no es cosa de mandarlos á pedir todavía, y para una cosa de tan poca importancia como es construir un camino, picando en él un poco, echando unos miles de sacos de grava y tender por un sistema de lomas y cerros, un sendero del ancho de un cañón. Gracias á esa laudable determinación llevamos tres días laborando como jornaleros y sentando plaza de muy ilustres peones camineros, y no de los de carretera española, que sabido es desde tiempos en que Dumas, padre, peregrinaba por ellas, no suelen arreglar el pavimento hasta que el rey pasa, lo ve y se queja.

Pero hasta aquí todo hubiera ido como la seda si se hubieran atenido al célebre precepto «trabaja lo que puedas», del socialismo fisiológico; pero las competen-

cias deben ocasionar trastornos y deseaban que acabáramos aquello por la posta. Todo el santo día estábamos sobre aquellas benditas lomas acarreando á la doble fila de pedruscos grava y más grava, bajo la vigilancia del sargento, admirable capataz por cierto, digno de una buena *peonía* en el camino de Madrid al Pardo, que, según es fama, es el mejor cuidado de Castilla la Nueva, por razones que todo el mundo sabe. Algunos soldados lo entendían bien, y, «tomando soleta», marchaban á las tapias de un aduar moro derribado en una loma cuya posición era admirable y donde el sol calentaba á las mil maravillas la panza ambarina de unos sesudos sapos. Pero hasta allí llegaba la astucia del buen sargento, que aparecía sobre el terrado de improviso, sorprendiendo á los incautos en la muy agradable tarea de oir la carta de una novia pelando naranjas. Otros, amigos de los cabos, «hacían que trabajaban». Mas aunque se notaba en todos los ánimos el desprecio que se tiene por oficios tan bajos, la carretera seguía su trazado, no como era de desear, pero sí como deseaban los soldados. Era de ver allí palpable y en su salsa esa vagancia de que hablan los extranjeros y los indígenas que no trabajan. Todo un poema eran aquellas siluetas, llevando en un seroncillo unas piedrezuelas recogidas una á una en

lento escardar por aquellos abruptos vericuetos. Caminaban despacio, con lentitud que enfadaba la energía indudable del buen sargento; arrojaban la carga en la marca como se echa de sí un enorme pecado y volvían á las lomas con ese paso y esa melancolía que hacían á Don Quijote detener á «Rocinante», y á grandes voces exclamar que allí había aventura y un formidable entuerto que enderezar. No lo creía así el sargento, y como si hirviera su sangre en el santo amor al trabajo, se acercaba airado y le lanzaba, no, como se puede creer, un sermón ó cosa parecida, sino el «sopapo» mayor que han recibido hijos de cristiano. Esto era un poco rufianesco, pero había que tener en cuenta la enorme responsabilidad que se le seguía de no tener hecho al ponerse el sol un buen trozo de carretera que enseñar al comandante, responsabilidad tanto ó más efectiva cuanto que no era remunerada. Así es que aunque agradecí mucho á Dios no haber sido la mejilla del soldado, pensé que los hombres son muy buen argumento para trabajar de peor gana que antes, si es que eso era posible; pues si Dios, que todo lo puede, hubiese puesto de manifiesto la situación de aquellas buenas almas, se hubiera dado el caso de venirse todas al suelo. Mas el sargento no comprendía bien esta dejadez melancólica de los soldados, y lo

achacaba á vagancia, algo agresiva á su humilde persona, y, en cambio, puedo asegurarle que no para su personal satisfacción. Había allí fastidio, tedio, *pose*, cansancio; pero de otro origen que se sintetizaba en esta frase que le espetó el malherido incauto: «¿Pero es que somos nosotros ingenieros?» Aquella interrogación tenía una maravillosa filosofía y hasta ciencia infusa.

Gracias al Señor, el sol transponía ya los macizos donde Sotomayor, como Suero de Quiñones, habíase plantado para no pasar de allí, aunque lo asparan ruedas de molino. Bello espectáculo el de aquella puesta de sol. A pesar del sargento y del dolor de mi pobre pierna, con el seroncillo de la grava caído en el suelo, empapé mis ojos en el juego de luz del ocaso y el lento ensombrecerse del paisaje agrietado y como convulso por algún formidable bostezo de la tierra. Sin imagen poética, aquellas sombras salían como humo misterioso de los barrancos, se esparcían en nubes imperceptibles, se abrían en velos sombríos muy tenues, tan delicados en sus crespones, que á través de ellos, brillaban las estrellas. Y así es. La sombra en el crepúsculo de la tarde sube del suelo. Una vastísima obscuridad envuelve nuestros pobres destinos. Por eso el sol, al marcharse, produce en el

alma la emoción más profunda de soledad y abandono. Con él se va la luz. No he presenciado nunca un ocaso igual á otro. Sus rayos, descompuestos por las partículas de agua ó quebrados en las nubes, arrojan cascadas, fingen torrentes, ó incendian ascuas, ó diseñan monstruosas leyendas titánicas, ó iluminan tan dulcemente la tierra como en el cuadro de Millet. La pierna me dolía mucho. Había deshecho los vendajes para ir á trabajar con mis soldados, contrariando las órdenes del médico, que había indicado tuviera tensa la pierna é inmóvil.

Y ante aquel cielo divino y de sublime belleza olvidé que los ayudantes del botiquín, llamados por mí para curarme, habían dicho:

—Si no hubiera venido á la guerra, no se hubiera lastimado.

Y olvidé también que un jefe, entrando la víspera en la tienda y viéndome inmóvil, había vomitado esta frase:

—Lo siento, porque así no puede hacer avanzadas.

El sol y su crepúsculo terminaron, como nosotros, su trabajo.

Pronto la larga columna bordeó los enormes barrancos de Benisicar, sesgó los terraplenes atroces del río de Oro y anduvo la no pequeña distancia has-

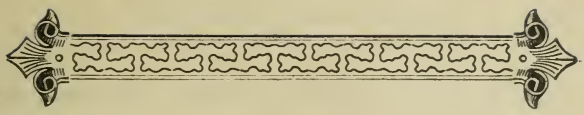
ta Cabrerizas. Iban muy cansados los pobres soldados, y yo arrastraba mi pesar y mi pierna.

Al entrar en el campamento me dijo un jefe, muy gordo:

—Mañana no irá usted á trabajos; es usted un soldado distinguido.

Y en mi contestación hubo tal pena y nobleza, que el digno oficial, siempre alegre, se puso serio.

Aquella noche soñé que hacía, por castigo, un camino infinito.



XV

EL LUGAR DE LA PAZ

Desde la Cárcel.

La operación de ocupar esta loma estratégica ha sido magnífica y ha revelado cómo se debió ejecutar el 27. Tres columnas han subido al funesto Gurugú, apoyándose unas á otras los flancos, sin perderse de vista y dándola siempre al barranco de odiosa memoria. Mi regimiento ha constituído la columna central. Muy de mañana hemos formadc en los Lavaderos del mineral, y cuando las otras dos columnas han emprendido la marcha, una por las laderas de Ait-Aixa y otra por el profundo declive de Mezquita, nosotros hemos emprendido la subida por los mismos lugares del día funestísimo. Es una especie de repetición de

aquella operación audaz é improvisada, sobre la que hoy se cierne, como un remordimiento, esta formidable interrogación: «¿Fué Pintos ó Marina quien la mandó?» Se habla de una escena sucedida en una tienda de campaña y de ciertas heroicas palabras impulsivas pronunciadas en ella. Se habla también de cierta prohibición terminante de Marina. Pero lo seguro, lo indudable, es que se desconocía el monte, que no se tenían noticias verdaderas del poder y situación de la jarca, que la operación se realizó en las peores circunstancias posibles y que no se mandó detener á tiempo el fuego por elevación de los obuses de Camellos al barranco.

Pensando en estas cosas, conforme vamos subiendo, observo la topografía del terreno, con tal interés, que se graba en mi imaginación como un croquis. Sin grandes triangulaciones ni operaciones trigonométricas descubro que la raigambre del monte son verdaderas raíces y no faldas; es decir, que el Gurugú es un monstruoso tronco de roble cuyas raíces fueran lomas y los espacios entre aquéllas depresiones. Presenta así para nosotros el monte la misma dificultad y visión que el árbol á las hormigas. No dulcemente, ni en gradación de mesetas superpuestas, sino en serpenteos bruscos y aglomeración ciclópea de colinas

que son vértebras fundidas, peñascos enormes cubiertos hipócritamente, desde lejos, de un manto de verdura de pradera inglesa, que engaña con su suave ondulación y graciosa pendiente. Tal vez Pintos, que dijo á sus soldados marchaban á un convoy, engañado por la vista, subiera y se adentrara por aquellas serpientes de piedras, siendo sorprendido, copado, arrollado y despedido raíces abajo por los moros de la jarca, que se deslizan por los riscos como sus camaleones verdes por las ramas de los árboles.

Y á ello incita verdaderamente la ficticia facilidad de las primeras lomas. Mas no tarda el repecho de los altozanos en ser cerros, en constituir una serie de bárbaras pendientes asimétricas, como cauces de ríos abandonados, y de abruptas cuestas que fatigan mucho. Así se nota con estupor que antes de subir al verdadero monte, y como si fuera una ilusión óptica, el camino andado es muy largo, sin que aparentemente se haya ascendido ni se acerquen más las bases piramidales de los grandes picachos ó los lienzos geogénicos de espantosas trincheras inexpugnables. Y realmente es un espejismo de perspectiva, pues avanzando, como nosotros, de prisa parece que Basbel se echa atrás, se aleja, escapa; mientras el Kol'la gira en rama de círculo hacia nuestro flanco izquierdo.

Y no es el mío un vano deseo de observar el paisaje, sino un afán sereno de comprender el plano de batalla del 27, sin recordar para nada cuanto se ha inventado ó dicho del funesto día. Unos acantilados desmoronados, masas rojizas que parecen morones de pedernal ó pedruscos gigantes de escombreras estrían las estribaciones, las rayan, las escarpan como la corteza del añudo árbol de bosque. A medida que nos acercamos al macizo, más fatiga notamos en el pecho. Las primeras colinas nos dieron una falsa idea de la subida y, como á los soldados del 27, nos engañó ese relativo desenvolvimiento de pequeñas colinas, que parecen recursos de defensa y son enfiladas atrozmente por las megalíticas trincheras naturales desenfiladas de los fuegos de Camellos por su ángulo tan obtuso que, desde lejos y aun en el campo de los poderosos lentes de la artillería, ha de dar un alza falsa, como así sucedió también á los cañones de los buques. No es suposición mía esto, ni mucho menos, porque recogemos á nuestro paso y fuera de acción los cascos de las enormes granadas. La artillería ha sembrado el suelo de pedazos de hierro. Asusta la ineficacia de tanto cañonazo. Y ahora me explico por qué se telegrafiaba y se creía que los moros morían en masa, siendo, indudablemente, muy pocos los que han debido morir,

dado su género de defensas. Hasta en los mismos peñascos de los espías avanzados hemos visto su arte. Abren detrás del pozo de tirador un hoyo de tres metros y más, una especie de casamata, á cuyo techado dan forma de matorral enmarañado, que realmente es una verja para mirar. El relámpago de la expulsión los pone á cubierto de las balas arrojándose al hoyo. Por eso, infantilmente, se afirmaba que de la humareda levantada por la bomba salían muchedumbre de moros; es decir, que se escapaban ilesos, graduando las distancias con un instinto de conservación prodigioso.

Los resultados los vamos tocando á nuestro avance, y tanto los soldados como los oficiales los palpan, sin dejar lugar á la más mínima duda. Todavía están aquí las líneas nuestras de fuego, los cartones de los paquetes de cargadores, las vainas, las balas enemigas, algunas sangrientas y oxidadas. Para una mediana inteligencia, acostumbrada á deducir, todo aquel día se reconstruye en su imaginación, con una perfección de detalles que inmuta. Precisamente en el sitio en que ahora nos detenemos buscando un sendero, fueron sorprendidos unos batallones. No se necesita ser un zahorí ni un vidente. Allí, en el suelo, está la triste demostración, los paquetes de cartuchos, abiertos por las manos apresurada, casi atropelladamente rotos en el

ansia nerviosa de surtirse y como un reguero de filas sucesivas; hacia atrás otra y otras líneas sinuosas de paquetes, hierros y balas. Y ante nosotros, una mole calcárea, formidable, de esquisto ó de balastro, que engaña, que niega el acceso, pues las sortea un paso ancho, pero que lleva á la muerte. Nosotros nos detenemos, dudando. El panorama comienza á destacarse con soberana grandeza. Pronto abandonaremos el entronque de las raíces con el macizo y subiremos por él. Pretenden, y así se ha hecho desde los Lavaderos, que subamos formados con precisión, de á cuatro. Así sucedió el 27. El temor á la ignorancia ó al miedo de los soldados conduce á llevarlos en la palma de la mano y á que una descarga los siegue como una guadaña ó un soplo unos naipes. Se fatigan los soldados mucho. El sol sube con nosotros, quemándonos la sangre y dándonós una gran sed. Vamos muy despreocupados. La sima del barranco, que se abre como la horquilla de dos colosales ramas de un tronco, nos tiene sin cuidado. Llovió durante varios días y el día anterior había cesado de pronto; la tierra, en muchos sitios, estaba removida. Cuando el declive del monte se hizo insufrible para el equipo que llevábamos encima, como caracoles, cada soldado, á pesar de las órdenes y griterías, imitó á las piezas de los rebaños, que suben por

donde les parece mejor. Hacia mi derecha oigo exclamaciones jubilosas, y veo un grupo que se forma. Es un cadáver de un moro. Hemos visto tan pocos, que uno es un espectáculo admirable. Las lluvias de estos días han socavado su sepulcro. Se le ven solo las piernas descarnadas, las rótulas, la tibia izquierda, el astrágalo, machacado por los picos de las aves de rapiña.

La loma adonde caminamos, vista desde Melilla, parece cercana; una colina á la que se sube en un paso de caballo. Nada de eso. Situada á los pies de Basbel, del que aún dista cerca de dos kilómetros, tiene una relativa importancia estratégica, pero no tan absoluta como han afirmado. Basbel la domina, y un moro puede encerrar en la posición á los que guarnecen, haciéndoles imposible la vida. Sin embargo, la nueva línea de fuertes ha dado á Melilla un pulmón nuevo. Ya respirará algo más. El sol nos acompaña en la áspera y agria subida. Yo me pregunto, sin cesar de caminar como puedo, si no están destinados en los ejércitos europeos los Cazadores y las tropas ligeras para estas operaciones de montañas; echo, además, de menos una pérdida de excursionista, uno de esos palos con contera de hierro que usan los regimientos alpinistas franceses é italianos. Los soldados imitan con toscos palos

esta necesaria ayuda. Todo, todo esto es así. Nada se prevé. Gracias á los guías moros, los Maimones y los de la Policía indígena, encontramos una subida un tanto menos horrible. Al fin llegamos. Encontramos á otros regimientos de Melilla y á unos batallones de Cazadores que han subido por la cañada de Mezquita. Vivaqueamos en una explanada cubierta de musgo, y bebemos agua en un remanso de agua del cielo. El sol cae á plomo sobre nosotros. Comemos, los que se han provisto de ellas, latas de sardinas. Descansamos.

El paisaje es sencillamente deslumbrador. Su grandeza no tiene elogios ni palabras humanas. Pintarle es un loco intento vano, y sentirle al menos produce un fuerte dolor de nervios, puestos en tensión para abarcar tanta belleza, tan diminuta nota de color, tan inmenso tesoro de poesía y aire interpuesto. Asombra el panorama, que es un plano micrométrico, un relieve de dos vastísimas provincias: toda la bahía desde el Cabo Tres Forcas hasta el Cabo de Agua, desde los Farallones hasta las Chafarinas; toda Guelaia, la antigua Betoia de Mercator, la Sebja Bu-Arg, la bellísima é inútil laguna, la lengua arenosa de la Restinga, que los soldados recuerdan estremeciéndose; el cono truncado del presidio, las líneas de fuertes de Melilla y aquel cielo, y aquel mar, y la isla de Alborán en el

fondo, y hacia la Ras Nuarex, Tres Forcas, lejos, difuminadas en el horizonte acuoso, las montañas bermejas de la Patria, que no son nubes. Vienen muchos barcos. Encanta aquella silueta humeante, tan chiquita, y los rizos de su estela, que el sol descubre. Cabrillea el mar en toda su extensión, con burbujas de luz que parecen chispas.

La mole de Basbel, el Ko'la, el barranco, Ait-Aixa, Sidi-Musa, el Gurugú, están ante nosotros. Como hoy, sin una baja y sin un tiro, pudo subir Pintos. No merecían estos lugares, á pesar de su grandiosa hermosura, ni los moros, un tributo de sangre semejante. Hororiza pensar el ataque en estos mismos lugares que hoy poseemos para siempre. El espectáculo, la visión de tanta belleza, no atrae á los soldados, que recuerdan el 27 con una insistencia lúgubre. Parece que andan por allí los espíritus de los soldados muertos y que velan á los ojos toda otra contemplación. Un toque de corneta me libra de la pesadilla. Sentado en un peñón que da á la sima del barranco, reconstruía ya el combate. Locura, locura sin honor, sin heroísmo, lanzar á esta garganta los soldados: ahí sólo se debieron lanzar granadas, que armonizan con estas fieras arborizaciones pétreas. Allí estuvo la impedimenta de Arapiles; por allí bajaban las manadas de

moros, como locos, para arrebatar las cajas de municiones; aquí fué segada la sección como trigo seco; por esta línea ideal caían en el barranco, donde estaban los soldados, las granadas de Camellos... Gracias al toque de llamada, yo no recuerdo más ni resucito la lóbrega caza. Toca á mi compañía trabajar en la rapidísima fortificación que se alzará allí. Manos á la obra, bajo la vigilancia de los sargentos y los cabos. Llevo al blockhaus piedras sobre mis dos hombros. Siento orgullo y fatiga de aquel trabajo. Sudo mucho; pero no ceso. Es un bien positivo aquella ruda labor, digna de un voluntario de la Patria. ¿Qué importa que duelan los hombros, si aquellas grandes piedras que traslado van elevando poco á poco la trinchera que ha de servir de parapeto al blockhaus? Dormirán aquella noche dos compañías, y pudieran ser atacados en aquellas soledades, sin caminos, mis hermanos. Me debo á ellos. Por ellos. Trabajo varias horas y el cansancio es enorme. ¡Oh maldecida educación patria; qué desproporción tan grande entre la fuerza física y la moral; el alma grita «más», y el cuerpo dice: «no puedo»! ¿Cómo vas á poseer, Patria mía, soldados que tomen á la bayoneta estos barrancos, si á los muchos que tienen alma para ello les falta cuerpo, y á los pocos que tienen músculos les falta espíritu y mo-

ralidad? Bien sucedidos están y bien merecidos estos fracasos. ¿Aprenderás?

Los soldados transportan sin cesar piedras que recogemos por aquellos lugares; otros las colocan simétricamente en rudimentarias paredes. Los mulos suben valizas y ovillos de alambre militar con pinchos. Unos cuantos ingenieros tienden la red de la alambrada, y como el sol obscurece poco á poco y no tardará en ocultarse detrás de Basbel, se dan mucha prisa. Si acaso, nos queda el tiempo justo para bajar del monte con luz. Cargamos el odiado equipo y descendemos, dejando en la posición la guarnición destacada. Aparecen en las cumbres de Basbel moros, que parecen limitarse á observarnos. Nos atacarían de seguro, si el destacamento no guardara nuestra retirada. En marcha hacia abajo. Por otro camino. Bordeamos el barranco de Mezquita, que es una torrentera á cuyos lados las kéteras abandonadas de la kabila dan un aspecto triste. Está allí la casa del Chadli, un fortín. La bajada es fácil; pero demuestra, si alguna duda quedaba, la imposibilidad absoluta de ascender por allí con enemigos delante. La entrada del Gurugú, la lógica, la única, la estratégica, estaba por el río del Caballo, por Atlaten, por Taxuda, avanzando por el zoco del Had. Maldecido espíritu nuestro, que no

deja nunca de ser celta, confiado, noble é iluso. Hemos vencido siempre á formidables enemigos por estos procedimientos, y hoy no los recordamos. Nuestra fama de guerrilleros ha quedado en el barranco del Lobo, y si los moros supieran Historia, nos dirían: «¡Parece mentira que seais hijos de Viriato y del cura de Santa Cruz!»

El globo ha ascendido y seguido nuestra ocupación desde muy temprano. En la vasta llanura que hay entre las raíces del Gurugú y el fuerte Camellos encontramos los atalajes del globo. Venimos muy cansados y contentos.

* * *

Aquella misma tarde, cuando el crepúsculo era ya una faja roja, encuadrada en la Avenida del Parque Hernández, me paseaba yo meditando en la operación militar de aquel día. Se encendían las luces. La mole del Gurugú se teñía de un violáceo color. Sobre la loma del Lugar de la Paz humeaban los ranchos. Los hombros me dolían, y con el incesante saludar á los oficiales que pasaban se agravaba mi contusión. Un voluntario amigo se acerca.

—¿Qué te pasa?

—Me duelen los hombros de conducir piedras.

—¡Bah; valiente tonto eres!...

—Esta noche tenemos fiesta y saturnalicias en casa de la...

—Para ti es la vida.

—Y muy pronto volveré á Málaga.

—Diciendo que has estado en casa de la pobre...

—No, hombre, no; diciendo que he matado moros y que tengo lesionados los hombros de conducir piedras.

—Harás bien.

—¿Necesitas algo?

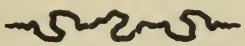
—Sí.

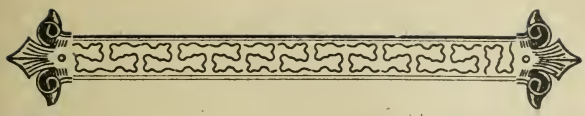
—Tú dirás.

—Que te marches.

De todo corazón me increpo el haber sentado plaza de voluntario. Me siento en un banco. Están ya encendidas las bombillas eléctricas del Parque. Acaricio á un niño que mira asustado mi uniforme, y escucho muy intrigado la solemne respiración del mar.

Pasa el automóvil de Marina, que viene de Camellos.





XVI

Cultura civil de los oficiales.

Desde la Cárcel.

I

«Parcere personiis, dicere de vitiis.»

«—No tendrá usted nunca valor para decir estas cosas. Le encarcelarán, le reducirán al silencio.»

Así me decía un oficial de Cazadores cuando le describía yo escenas pintorescas sucedidas entre las clases del Ejército, y discusiones entabladas y sostenidas por mí con ellas. Yo le aseguraba que sí; que ya habían pasado los tiempos de las dictaduras militares, la más odiosa de las tiranías, porque en la balanza clásica de la Justicia añade á uno de los pesos la espada de Breno.

Y sonreía yo de aquel temor, que nacía de la impotencia suya para decir en alta voz lo que los dos, departiendo, afirmábamos ante unas tazas de te moruno. Sus tópicos me hacían gracia. «—No, no dirá usted esto.» Y he aquí; cuando comenzaba á decirlo, ya estaba en la Cárcel.

Al despedirme la otra noche de mis buenos amigos, les grité desde las verjas: «—No temáis; esto marcha.»

Y al quedarme solo, sentí vergüenza de ser español. La bandera inglesa me envolvía la cabeza en sus pliegues mimosos y libres, y el espíritu moderno me besaba la mano. Y yo oía dos voces: «—Naturalízate en mi Patria; serás libre.» «—Escribe hasta que arranquen de su muñón esa mano.»

Y guardé en mi corazón los dos consejos, porque pondré los dos por obra si la Justicia militar no quita su espadón en la balanza.

Llovía mucho. Ante los oficiales, bien resguardados de la lluvia y afrontando su ímpetu nervioso, yo afirmaba secamente, que un Ejército de héroes es un pueblo de bestias; que el heroísmo es secundario, y que la base única, firme y suficiente de un grave y definitivo poder militar, es, como en Alemania, la cul-

tura, la Escuela y el libro; ó, como en Suiza, el trabajo, la honradez y el fabrilismo. Y los jefes, perdiendo la serenidad, cantaban sesqui edálicos himnos á la espada.

Y en la sombra, despertada al eco de sus palabras, pasaba, flaca, hedionda, apocalíptica, la sucia bestia de la Espada triunfante, la del cuadro de Franz Stuck, sobre una inmensa perspectiva de cadáveres desnudos. Temblaba yo. Vociferaban ellos.

Pero yo, que sobre todas las cosas bellas de este mundo miserable he puesto el viejo espíritu de raza tal como se fundió en el cráneo de Cervantes, les mostraba, cada vez más dueño de mí mismo, el alma militar del Príncipe de los Genios.

Sed como él fué—les decía—; las cervatanas le dejaron manco, pero su mano libre escribió el Breviario de la estirpe. Por separarnos de él, los escritores hemos dejado evaporarse las esencias de raza; por no investigar los Códigos militares de Fernández de Córdova, Spínola y Farnesio, habéis, vosotros los militares, convertido la estrategia, que ideó la toma de Amberes, Gante, Brujas y Malinas, en sierva de las leyes prusianas. En esta misma guerra, el sistema japonés de guerrillas ha dado una lección á los moros; pero ese sistema era ya nuestro: del duque de Alba.

Y convergiendo nuestra locuacidad en las leyes sociales y el espíritu de los tiempos, saltaba de mi asiento, indignado. Pero, ¿aquel marqués, y aquel duque, y aquel conde, y el hijo de aquel general, y aquel mundano repleto de oro, y aquel banquero hastiado de caricias compradas, negaban entrada en la estrategia moderna á las ciencias sociales y á los libros?... Y mi horror crecía cuando no echaban de menos las bibliotecas en los cuarteles, y cantaban el alma ignara del soldado español, su domesticidad, sus costillas, su obediencia ciega y la amplitud de su sacro.

Indortes é Istolacio, en los remotos siglos arcaicos, juzgaban así el mérito de sus guerrilleros celtíberos.

El conde renegaba de Hervé, y refería, entre espasmos angelicales de los oyentes, que un destacamento francés, en el Loira, se había negado al oficial, y cantaba las excelencias de los soldados nuestros, incapaces de secundar tales movimientos de la sociología contemporánea. Exacto. Ningún soldado, y tal vez ningún sargento, pecarían por exceso de lecturas. Pero su ignorancia caro les cuesta: no saber nunca dónde van ni lo que quieren; obrar siempre improvisando energías y derrochando esfuerzos, como si éstos y aquéllas no fueran el mejor oro de la tierra.

Tan duro como Hervé es Bebel, y no está muy le-

jano el día en que el admirable *leader* del socialismo alemán hizo la más bella apología que se ha hecho del kaiser, fuera de sus caricaturas. Ni Hervé ni Bebel; recordad el discurso de Don Quijote en la venta de Montiel.

Los oficiales tienen horror á los libros. Padecen el daltonismo de la inteligencia. Lo ven todo rojo. O, como se decía en los tristísimos tiempos de nuestras revolucioncillas, lo encomiendan todo á la punta de la bayoneta.

No. Hoy los asuntos, cuanto más graves son, más dulzura y paz reclaman. El castillo de Windsor es ya en Inglaterra una página cromada para un libro de cuentos. Los gabinetes de los reyes suelen contener galantes retratos con firmas de ortografía dudosa. Y en las cartas de una de las reinas más grandes de todos los siglos, editadas por el rey más constitucional y más rey de todos los tiempos, se hacen frases de una sublime causticidad á costa del duelo entre la espada y el libro y á favor de la pluma. No asusta ya el Toisón ó la liga.

¿A qué arrastrar por las salas los sables?

El cadete bizarro corre el peligro de poner en ridículo á Oyama ó á Togo; porque estos señores eran tan humildes que se les hubiera dado una limosna, de

encontrarlos en el camino. Ni una estrella, ni un arma. Su inteligencia: aquel cerebro que medía las distancias mentalmente en Muckden ó calculaba las toneladas de hulla que consumían los barcos fantasmas de Rodjenwensky.

No superamos en valor á los moros, no. Los soldados temblaban, y con razón, una lucha cuerpo á cuerpo con ellos. ¿Por qué predicar la superioridad ficticia de la *mala sangre*? ¡Ay de nosotros sin los Schneiders! Quien compró á los soldados las navajas se hizo reo de leso daño á la Patria. No supo lo que se hizo. Era retornar á las amargas luchas fratricidas; era convertir al soldado en un manolo francés.

Y he aquí que al general extranjero le fué presentado un soldado gallardísimo, digno de un cromo de bandido á lo Delacroix, con mauser, guitarra y navaja.

Y luego, ¿hay razón para indignarse contra los extranjeros porque ponen á sus delirios de lápiz gráficos como aquel de *L'Illustration*—los soldados besando el cadáver de Pintos—, que avergüenzan á toda una Nación?...

Los oficiales me echaban en cara mi trato sencillo y franco con el pobre David, con el gran escritor sueco, y era inútil que yo les dijera que aquel soberbio pen-

sador estaba laborando en un grande y documentado libro que se leería mucho en Europa; era inútil que yo les dijera que trataba de enderezar el pensamiento mal impresionado del escritor extranjero, que se refería siempre á los sucesos más tristes y personales, los únicos que en Europa se cotizan cuando se habla de nosotros.

Y ellos mismos se apartaban con asco del pobre vicioso, cuando debieron demostrarle, con la más amplia conciencia exorable para las pasiones, la más exquisita de las cortesías. Bien se ha vengado él de ello, escribiendo sangrientas páginas de ironía, que detrás de la frontera serán carcajadas y en el patrio solar serían horas de vergüenza.

Un periódico militar, de los que con sus rumores maldicientes han encerrado en la celda de Romeo al oscuro poeta Noel, decía refiriéndose á mis apuntes:

«Las procacidades de los pequeños acaban cuando los brazos de los grandes quieren.»

He ahí hecho por una inteligencia medioeval el retrato de la moralidad militar nuestra; he ahí un buen retrato, á cuyo pie no es necesario ponerle el epígrafe *es un gallo.*

No oir á quien denuncia; meterle boñiga en la boca;

como el juez ancestral de Lyon que describiera Delavigny.

Yo le aseguro á la mano que escribió esa frase marmórea, que Bismarck la hubiera rehuído de su boca, por indigna, cuando en el Reichstag, de los sectores del amplio hemiciclo, todos le imputaban como crímenes ciertos actos fuertes.

No, negra mano anónima, no son procacidades de pequeño, decir que en la guerra moruna los soldados no sabían apreciar el valor moral de sus jefes, sencillamente porque ese valor era una de esas sombras con que nos asustán cuando niños en el hueco negro de un largo pasillo. No son procacidades de pequeño, fiera pluma obscura, decir que los oficiales sólo tenían una menguada cultura táctica, y que se molestaban en profundizar cuando se hablaba de Sociología y se retiraban cuando se pedía su opinión sobre la última gran novela europea. No; no son procacidades de pequeño, ser noble, ser justo, ser digno y no mentir villanamente diciendo que la estatua de Marinas, en la cabecera del Rastro, inspiró á Noval su acto heroico, y no afirmando que el héroe de Cascorro, si hubiera ido sigilosamente con los moros, arrastrándose hasta las avanzadas, hubiera hallado dormido al célebre cabo.

Así es y así se dice. Y cuando se escribe la verdad,

la pluma es una verdadera espada. Aunque después se entregue, no importa. Es una espada.

Porque, mano de garduña, cuando las autoridades militares piden la pluma á los escritores y capitulan éstos, no se entrega al oidor el ala de un cisne, sino la hoja de un sable.

Muy alto celebraban un triunfo fantástico.

Irónico y mordaz, les mostraba yo una fotografía de cierto semanario, muy popular entre los soldados: un jefe que andaba á palos entre ellos. Y sin esos datos contundentes y sin réplica, mis ojos habían presenciado muchas veces cuán poco sirve el valor sin voluntad y la energía sin causa. El soldado ha estado creyendo toda la guerra que le habían mandado á Melilla para conquistar las minas. Y la imagen de los poderosos repartiéndose los dividendos de aquellos filones, cuya cubicación superficial había dado una suma de catorce millones de duros frescos, le sumía en la tibieza. Fantasmas ó no, ellos los veían ó se lo figuraban.

¿Y quién de los oficiales pasó algunas tardes—un mes en Nador y otro mes en Melilla sin hacer nada—enseñando á los soldados los motivos colonizadores ó industriales que nos llevaban á Guelaia? ¿Quién de los oficiales reunió á su sección y les habló de la Pa-

tria? Al final de la campaña nos repartieron una especie de prospecto, con la proclama de Marina. Los soldados no la entendían; ningún jefe la explicó, y bien sé yo que la proclama valía la pena de una glosa.

Por las mañanas voceaban cerca de las tiendas *El Telegrama del Rif*, que los soldados compraban con ansia; he ahí su único libro de la campaña.

Y aquel oficial que crea que el soldado ha de ser una bestia de carga ó un héroe probable, ignora en absoluto la táctica moderna.

Subía cierta tarde por un desmonte un soldado, agobiado con un enorme saco de menestra. Mi capitán me llamó, y me dijo con solemnidad: «¡No dirá usted que nuestros soldados son débiles!» Le miré con pena. Aquel bestiezuela no podía con su alma, toda de plomo. Iba su pecho paralelo al suelo, y se notaba que, al descargar el insólito esfuerzo, le relajaría los riñones. «Ese no es un soldado, capitán; es un bruto.»

¿Quién de esos oficiales me podrá negar que los soldados, sin haber leído á Hervé, practicaban sus teorías siempre que podían? Entre el oficial español y el soldado hay un abismo que, felizmente para Francia, no le hay entre su tropa y clases. Entre nosotros, como estamos podridos hasta la medula por la descomposición de la verdadera hidalguía, existen dife-

rencias de clase, tomadas muy en serio. Y, sólo como recurso diplomático, el soldado sonríe al jefe y éste le da una palmadita en el hombro.

No hay, no puede haber una marcada situación para el Ejército dentro de la constitución moderna. Su hegemonía se reduce á adiestrarse continuamente, que no le encuentre desprevenido un 70 ó un 98, que á la hora de recibir la orden se sepa en París que un Cuerpo de ejército viene implacablemente, inexorablemente, sobre la ciudad del rey que se divierte. Si debe, en la moderna codificación internacional, de Martens, existir un núcleo libre, indiferente á la oscilación de los partidos políticos, sordo á las fluctuaciones de las salas de contratación, es el Ejército. Cuando éste toma arras por el fuero de un partido, de una Corona ó de una idea, la idea, la Corona y el partido se han perdido, pues le deberán la vida siempre. Así se ha edificado ese poder feudal que convierte al Ejército en ungüento amarillo.

Tan sagrado es el Ejército, que debiera ser, como en los grandes Imperios asiáticos, una institución casi sacerdotal; una vistosa, hierática y atlética cabalgata, para quien la guerra fuera un rito y un sacerdocio el servicio.

Pero el servicio perderá su aureola si, porque una

escaramuza contra los moros de Guelaia ha revelado deficiencias fundamentales, se mete entre rejas de hierro á quien lo dijo en voz alta. No es el Ejército quien impone leyes á la Inteligencia; es en los fecundos limos de ésta donde el kaiser ha sembrado simientes de *Dreadnoughts* y semillas de Moltkes. Briarco de cien brazos, el Ejército ha de parar mientes en su uso; porque muy bien puede convertirse en pulpo de cien tentáculos.

Y el fruto de la inteligencia moderna es poner la fuerza depurada al servicio de la bondad adquirida.

Esto no lo querían oir los oficiales. Pero yo leía en sus cerebros páginas de vanidad, blancas como la inocencia y estériles como la ignorancia. Les acuso de no haber leído á Williams Hames, ni á Martens, ni á Juan de Bloch, y estrepitosamente rebaten mi inculpación con la gallarda frase de Anjou: «¿Poeta?... ¡Dadle una espada!» Es decir, así no lo dicen, porque su memoria les veda la cita; pero el sentido cristaliza la destemplanza del cien veces vencido por Córdova.

La espada carece ya de razón. Para nada la necesita Eduardo VII. Ni su hijo. He aquí su silueta de marino inglés, su torso de bronce cerca de las calderas del *Indoptable*; fogonea. *Le roi s'amusse* ha dejado paso á *Le roi qui travaille*. Y el mismo Guiller-

mo, el gran virtuoso militar, pilota desde la caseta de derrota, en Kiel, el *Hollendorff*, y de unas celebradas regatas internacionales salta á las maniobras asombrosas de una escuadra que es un prodigio, un enigma y un delirio de bellezas logradas y cifras hechas pólvora y hierro.

En Suecia, los reyes y los grandes alternan en sus maravillosos deportes, y se ha visto en Finlandia la tierna escena de un rey patinando en *skis* con dos niños de la Escuela al lado. Si algo han logrado las conquistas de la democracia europea, es quitar la razón á la espada y dársela al arado, la pluma, el patín, la máquina y la Escuela.

Cuando los oficiales no eran condes escuchaban. Y á muchos de ellos debo preciosos dúos de sinceridad y nobleza. Me confesaban que muy pocas cosas se salían de la rutina, que muy pocos oficiales eran estudiosos, y se atrevían á aconsejar á los demás la investigación en las ciencias sociales de gérmen del soldado de raza.

Y entonces yo ritmaba con su franco decir mi ideal y soñábamos un poderío militar regulado por ese corazón nacional, el Tesoro, y fortalecido y creado por las savias de los Libros modernos.

Y aquellos para quienes la prueba de la guerra ha-

bía sido adversa, acudían siempre al patriotismo. Y hablábamos sin entendernos siempre. Su escasez de estudios les anegaba en los lugares comunes, que son charcas, y querían á la fuerza ahogarme en ellas. Cuando les hablaba de la Escuela y les decía que el soldado se hace en ella, sonreían y llamaban loca mi cabeza. Cuando les decía que un oficial que no lee á George, á France, á Vanderbilt ó á Martens, no es digno del sable, me miraban asustados, como si mi desequilibrio mental arrojara una piedra en el plácido lago de su cerebrito. Cuando les decía muy sereno que no eran oficiales de un Ejército europeo y les hacía la lista de las cosas que faltaban, no lo negaban; pero ellos lo suplían con un magnífico gesto, que me recordaba los del cacique de Ercilla en *La Araucana*.

Y así siempre. Un amado oficial me decía amargamente, y le temblaba la lengua al comunicármelo: «No hables con ellos. Crearon intereses, los defienden. Eso es muy humano. Te creen loco.»

Y entonces la pasión por mi Patria traía á mi recuerdo otras palabras. «Oye—le dije—, cuando el médico me aconsejó tener tensa la pierna y que esperara así hasta el día siguiente, en que los practicantes me renovarían la curación, como no vinieran mandéles recado; la contestación, broncínea, fué ésta: «Si no hu-

biera venido á la guerra no se hubiera lastimado.»

Al otro día, deshechos los vendajes por mi mano, trabajaba yo en la carretera de Hidum, bajo la mirada de dogo de un sargento, que tenía á gala humillarme. Me puse muy malo. El buen médico me recriminó con ternura. Le dije la frase de sus subordinados y mi escarnio, é inclinando la cabeza los dos caminamos lentamente un rato en silencio.

¿No son frutos estas frases bestiales del abandono intelectual de los soldados? Los voluntarios tienen en sus *carnets* tristes frases como éstas; tristísimas, porque hace daño ofrecer la amada juventud á la Patria y encontrarse entre soldados que si les da por ir desarmados á un pozo lejano una legua, van, y si les da por burlarse de lo más sagrado, lo hacen, por la misma causa: porque sí.

¿Habrán olvidado los oficiales que su estado de cultura es el grado de respeto de los soldados?

Aquel soldado que en una formación en Zeluán fué preguntado por su tardanza, y que habiendo hecho gala de un acto villano, en compañía de otros, con el desgraciado moro preso, tan sólo fué condenado á un castigo pequeño, puso en mi boca esta reflexión: «Yo no fusilaría á ese soldado, castigaría á su jefe á apren-

derse de memoria el derecho de gentes y formaría tribunal de honor para preguntársele íntegro.»

El sol se ponía por el zoco del Had, entre resplandores boreales.

Sintiéndome muy débil, me senté. Sudaba la frente. Bajo ella el alma sangraba, herida por la frase bestial.

Aquella tarde decidí publicar estas «Notas», para vergüenza, enseñanza y reflexión de todos los que saben cómo en poco menos de treinta años el Japón se ha preparado á vencer en la guerra más formidable de todos los siglos y en la Exposición Mundial de Yokohama en 1912, que ha de ser el alarde mayor de cultura de que ha sido capaz el hombre.

II

Preguntado en París cierta vez Eduardo Lex VII, entonces príncipe de Gales, sobre el futuro desarrollo de sus conocidísimos principios de libre expansión en las ideas y librecambio en los negocios, contestó, dirigiendo su mirada á una fotografía del kaiser, que, en actitud teatral, gobernaba los dientes de la rueda de un timón: «Aquellos que fundamentan en un poder

militar la prosperidad industrial y la sucesiva adaptación de las leyes al comercial progreso, corren el peligro de transformar en agentes de Bolsa y en corredores mercantiles á las clases del ejército nacional.»

Y cuando Inglaterra entera se conmovió hace poco tiempo por las declaraciones de un general inglés, que advertía á la Cámara de los Lores del peligro de no poseer un poderío militar europeo, no milicias voluntarias, en caso de una invasión alemana, Eduardo VII sonrió y pasó revista á la «Home Fleet», anclada á lo largo del Támesis, desde la Torre de Londres.

Eduardo VII, europeo por excelencia, tiene siempre en el bolsillo el Crabb Robinson, y sabe que su pueblo está preservado de una invasión por sus propias virtudes de economía y trabajo. ¿Qué mejor ejército que los operarios del Lancashire ó los obreros de Portsmouth?...

Si nosotros—seguía yo diciendo al hijo del general—nos estudiáramos un poco más, sin miedo, y concretando las energías de raza que aún subsisten, diéramos con la fórmula de un progreso propio y las leyes de una codificación neutra, el Ejército dejaría de ser lo que es hoy: un coco. Nuestro siglo XX—*Episodios Nacionales,* de Galdós—acusa un balance de sublevaciones, sediciones y alzamientos militares verda-

deramente monstruoso. Y la Nación, que pide á sus soldados la conservación del orden público, ó la destitución de un régimen, ó el advenimiento de una Restauración, ó la epifanía de una resurrección cultural, está enferma de la medula, fáltala espíritu de estirpe, y caduca, achacosa, senil, paralítica, se inyecta mórfina en la sangre. Todo el enorme paro de la conciencia nacional en el infausto siglo se debe á que hemos buscado nuestros hombres de Estado en el Ejército. Y esa adoración al valor bruto nos ha mentido siempre una regeneración. Hemos confundido á Prim con Bismarck, y en nuestro infantil y suicida culto al heroísmo soñamos, sin escarmiento posible, el gérmen de una civilización vigorosa. La libertad, al calarse el morrión del granadero, se ha hecho callealtera, vocinglera, matrona de plazuela, y se ha congestionado. La elocuencia tribunicia aumentó la plétora de mala sangre y los soldados entraron en el salón de los diputados y despojaron á su presidente de la investidura sagrada. El coronel, no el maestro de escuela; el brigadier, no el diputado; la dictadura, no la sanción popular, ¿podían llevar á otra parte que al absurdo lema *La force prime le droit?* Hemos abandonado los intereses de la raza á estúpidos y melodramáticos *juicios de Dios* y al *nihil non arrojet armis,* y cosechamos

vientos, pescando una Constitución encenagada desde el puente de Alcolea. Y hoy, como ayer, insistimos, sin que los recios golpes del 98 hayan servido de otra cosa que de fúnebres lloriqueos en la Prensa, visados por el ministerio de la Guerra.

El Ejercito es un brazo, no un cerebro; esta sencilla verdad es, desgraciadamente, para nosotros, una duda todavía. ¿Por qué? Tal vez por una falta muy honda de verdadera cultura. Encomendar á la fuerza la solución de las cuestiones es la demostración de un estado bárbaro de conciencia. Y hemos estado incapacitados durante un siglo para provocar lentamente un régimen de paz y enseñanza. El culto al héroe nos ha hecho desdeñar el amor al obrero de la inteligencia, y, sin comprenderlo, sembramos en los limos de la raza siimente de guerrilleros. ¿Qué extraño es que hoy no podamos oponer á la fuerza la ley, si ésta debe su vida ficticia á las sublevaciones? Es en vano buscar en otras fuentes el origen de nuestra actual desorientación y espantosa visión de desastres. Hemos pecado arrojando toneladas de flores sobre los soldados y no pagando á nuestros pobres maestros; hemos pecado mortalmente adulando á los regimientos y no acordándonos que en su origen eran mesnadas á sueldo de los Concejos. El soldado es un hijo de la Patria; pero

sobre él está la ley. Ha sido al revés siempre, y hoy nos encontramos con soldados que se encolerizan porque la cultura moderna les dice, serena y majestuosamente: «Para que el cañón tome la palabra, es preciso que la haya dejado el último ciudadano.» Un soldado ejecuta, no ordena.

Paseándonos por el vivac, en Nador, hablábamos de estos problemas algunos jefes y el humilde soldado de segunda. Quería yo acotar al margen de la historia de la guerra africana, que la cultura civil en un Ejército le hace invencible y formidable, que las armas solas conducen á la muerte ó á la victoria, cara en sangre y oro. He dicho en otro lugar que son estériles los hechos observados si la inteligencia no deduce de ellos leyes. Así es que gustaba yo de mezclar á los datos exactos, juicios sinceros. De la vida de los oficiales en los vivacs; de sus conversaciones, escuchadas sin prejuicios; de su comportamiento con los solsados, extraía yo datos suficientes para formar las tablas probables de su cultura. Ellos saben, porque me han oído muchas veces, que si he pecado ha sido en exceso de amor á mi Raza. Y claro es que he sido implacable al trasladar á mis «Notas» cuanto mis ojos han visto. «La justicia—dice el gran noruego Bjornson—si ha de responder á la noción que los hombres moder-

nos tenemos de ella, ha de ser cruel.» Pena, profunda pena me daba pasar las tardes enteras viendo aquel campamento sumido en la inacción. Esperaba oir la voz del oficial, que levantara del suelo á sus soldados y les diera nociones de cosas. No hubo, sin embargo, voz ni brazo que les sacudiera. Y los soldados, abandonados á sí mismos, consumían su escasa ración de juicio en larguísimos ocios y monólogos, en los que á un cantar obsceno sucedía un cuento canalla. Y cuando los oficiales, echados en las camas, hablaban de cuestiones sociales, lo que sucedía algunas veces, prestaba mi atención y mi voz. Y si no he oído otras ideas que añejas disertaciones, nada documentadas, y paráfrasis de razones dadas millones de veces y gastadas por el uso, ¿por qué voy á decir lo contrario? Y sería criminal callarlo y tender sobre ello el velo ó el manto de una muy regalona pero estéril prudencia. La cultura moderna exige al oficial dos cosas: que posea las leyes de la guerra y tenga idea exacta del lugar donde las encasilla el derecho de gentes. Pero el oficial que sale de nuestras Academias es como el estudiante que sale de nuestras aulas en las Universidades: un depósito de ideas abstractas, «vírgenes consagradas al Señor, completamente estériles», como las llamaba el gran Bacón de Versilania. Y es cosa de po-

nerse muy serio oir que extienden un cartelón con doscientas asignaturas y libros de texto, y justifican así su estudio en las normas superiores de la vida. Y no importa que en la ciudad existan cerebros militares de renombre universal, si en la guerra, ante el enemigo, los oficiales no acusan una muy superior organización intelectual y una sutilisima percepción de las cosas que los rodea. La bala que asesinó á Ibáñez Marín mató un regimiento. No tienen precio esas vidas tan caras, ni hay lágrimas bastantes para llorarlas.

Yo pedía á los oficiales, no estadísticas, ni asignaturas, ni tablas de cálculo y tiro, sino un conocimiento exacto de la geografía de Guelaia, de sus kabilas, del espíritu que nos animaba al invadir aquellos aridísimos territorios, absolutamente estériles para la Patria. Y claro es que anotaba con diligencia que sus opiniones variaban con las gacetillas de los periódicos, y se hacían eco de todas las apreciaciones más gratuitas, No dirán los corresponsales, por un mal entendido espíritu de gratitud, á los que graciosa y cortésmente les dieron hospitalidad, estas cosas; pero yo creo que es más heroico y digno el esfuerzo de saltar sobre esos dulces y meritorios sentimientos y decir con la nobleza más cauta que no estaban al nivel del valor las ideas de aquellos oficiales. Estoy seguro, porque lo

he observado muchas veces, qué no se han hecho estudios psicológicos parciales de los soldados por los jefes de las secciones, y no es bastante fiarse de los sargentos para dictaminar. En las marchas, los jefes de las secciones iban casi siempre con el capitán, en grupo, ligeros de peso, sin cuidarse de los soldados más que para darles gritos atroces desde la cabeza de la compañía. Los soldados echaban de menos la palabra de sus jefes, la comunicativa frase que anima. Pero antes de la marcha, los jefes debieron recoger el espíritu de sus secciones y moldearle á las circunstancias, y así se hubieran evitado ciertas escenas fuertes en las lomas del campo de batalla del 30 de septiembre. ¿Qué compañía se dejara en poder del enemigo el cadáver de su capitán si antes los soldados y jefes estaban unidos, no por los frágiles hilos de cáñamo de la disciplina, sino por frecuentes estudios de intereses comunes? Yo digo muy firme, pero con gran tristeza, que á los soldados les importaba muy poco la suerte de sus jefes. Las batallas se ganan en los campamentos; es en éstos donde se libran los combates, pues según es su espíritu, así es más tarde la fuerza desarrollada.

Y hace mucho daño á los oficiales creer que porque arrastran un sable que la Patria les ha entregado para

desenvainarle lo menos posible y con aquellas razones que están escritas cerca de los gavilanes de una histórica espada, ya están exentos de otro estudio que el de la esgrima. El oficial que ignora la Geografía, la Historia y la Sociología contemporáneas, y no la bebe en las mejores fuentes y no camina con el sol del espíritu moderno, evoca aquellos versos cruentos de Victor Hugo ante Sedán, ó aquella escena siniestra de *La débacle* zolesca, ó los cuadros del gran pintor ruso destrozado en la voladura del *Almirante Macaroff*. El fusil en las manos de los soldados es muy poca cosa, si aquella cabecita tan vacía no se llena con imágenes de los prodigios que encierra.

No basta que todo un regimiento, á una voz del coronel, dé los tiempos del tiro con un isocronismo teatral, ó que el armero pase á principios del mes revista á los fusiles, ó que los soldados limpien pieza á pieza el fusil desarmado. Hay en el fusil algo que no se limpia nunca, que siempre está oxidado, mohoso, corroído por el orín, y es su filosofía, su moral, como hoy se dice. Si la espada española de los oficiales tiene por espíritu los viejos bellos versos del Romancero, ¿por qué el fusil de los soldados no ha de poseer moralidad altísima, digna de que la sepan ellos y se grabe en su conducta? Si preguntáis á un soldado el

mecanismo del maüser, os le dirá tal vez con éxito y sonreiréis al oficial halagado con la instrucción del militar; pero preguntadles quién es Maüsser, y cerrarán y abrirán los ojos como los niños cuando se les pide una noticia sobre los toros de Guisando. Y si os atrevéis á sondear el cerebro de aquellos valerosos guerreros y preguntáis á sus jefes, no por la hoja de blancos de cada soldado, sino por su estado de moral, os dirán que su brutalidad es tan desmesurada, que si aprenden la instrucción es bastante.

No. La razón de que los soldados ignoren quién es Maüsser y las maravillas físicas, que lo son á la vez psicológicas, del gran fusil, es que los oficiales no saben vulgarizar los conocimientos, acto que exige una íntima compenetración con los inventos y una magnífica observación de las almas de los soldados. Las penalidades de la guerra no llegan tanto á los oficiales que les dé mal humor ó negligencia, y no hay razones que me separen de esta idea, comprobada, compulsada, cotejada por mí millones de veces; no es posible vencer con soldados que lo saben todo menos que son soldados. Y ese miedo de que la disciplina se relaje, manifestado en una dura separación de clases, radica en la escasa inteligencia de unos y otros. La Ordenanza obliga, pero el estudio impele, y una sección será

tanto más disciplinada cuanto más reine en ella el espíritu de la moral, no el del cuerpo. Si yo dijera estas cosas por decirlas, merecería un castigo; pero las he visto, he tocado yo mismo las consecuencias, bien funestas, y mis ojos no acostumbran á engañarse cuando se trata del bien de mi Raza. Además, ¿cómo se van á engañar los ojos si el espíritu del poeta, franco y voluntarioso como el de los niños, no tiene otro objeto que la pura observación? Asi es que el que desde la cátedra del Ateneo ha dicho que era un delito contra la gratitud decir la verdad de las cosas, porque había comido varias veces con los oficiales, ha manifestado el colosal esfuerzo desarrollado para vencer escrúpulos, saltar por ellos, aun á riesgo de caer en la cárcel ó en el entredicho militar y decir: «En una gueraa europea, con tal Ejército, nuestro fracaso hubiera sido una hecatombe.» El valor hoy es tan secundario, que predicarle es un delito. Oid á los mismos soldados. Su confianza en el general Aguilera era mucha, y ello ofrecía una garantía tan grande de buena dirección, que se ponían tristes cuando él no marchaba con ellos y se alborozaban al verle. Y ello no era una muestra grande de lo mucho que vale para un soldado la confianza en la inteligencia de sus jefes. Aquel buen general, digno de ser español, á quien en un cruento combate le hie-

ren su hijo y dice que no le curen antes que á los demás por ser su hijo, quedó tan profundamente grabado en el alma de sus soldados, que en Melilla he visto á sus Cazadores proveerse en casa de Mendoza de tarjetas postales del gran capitán.

Pero el grande, el inconmensurable peligro que entraña esta apatía por la cultura es que aleja, desgraciadamente, cada vez más toda idea de servicio militar obligatorio. Esa obsesión del rico ó de las gentes de cierta posición de librar á sus hijos del servicio, no está en que su hijo pierda el tiempo del servicio, sino en la poca confianza que tiene de que será bien tratado. No es tampoco la dureza del trato físico ó el recuerdo de aquellas célebres carreras de baqueta, sino la dureza del trato moral. En Alemania, está unida en el Ejército tan magistralmente la cultura media con la más rígida disciplina, que los estudiantes ansían el tiempo del servicio como un preciadísimo honor. Y de todos son conocidas esas conmovedoras escenas de sus juras de banderas ó recepciones de personajes en una ciudad, cuando al lado de los soldados en activo forman los paisanos que sirvieron en tal regimiento.

Los oficiales del Ejército alemán no saquean ninguna redacción cuando los grandes caricatos se burlan donosamente del kaiser, y muy duras y acerbas diatri-

bas oyó el admirable y querido emperador cuando prohibió la venta de aquel famoso libro de caricaturas suyas, ó prohibió la publicidad de las Memorias de Hohenlohe, porque descarnaban con secretos de la diplomacia muy feas acciones de abusos del Poder militar.

El oficial de un ejército ha de poseer una ilustración inmensa, precisamente porque es un hombre representativo y la Patria ha puesto en su diestra esa arma que tan difícil es manejar con razón.

Los voluntarios aristócratas que han dormido en las tiendas de los oficiales y han hecho vida común con ellos, se harán lenguas de su distinción, hospitalidad y española cortesía; pero no se trata del don de gentes ó de las leyes de Franklin sobre la buena educación, y es algo absurdo poner el gesto noble de Spínola sin haber recibido las llaves de Breda. Se trata de que los soldados no canten á coro las alabanzas á sus jefes, sino que las sientan, las justifiquen y ellos mismos ofrezcan en su cerebro sus frutos. Un soldado bien vestido no acusa un jefe bueno, y es en lo único que se repara. Así se va á la muerte. Ofreciendo una peseta ó un vaso de vino, dados al llegar á Zeluán, no se evita que los soldados se cansen, y los jefes de mi compañía, que lo ofrecieron y lo dieron, no tendrían

la pretensión de que por esos dones el soldado estrecharía más su policia y disciplina. Es inútil buscar en el ceño fosco ó la separación radical el sustentamiento de la Ordenanza; sin cultura civil es imposible ser buen militar, y sólo en tiempos de Espartero y en monstruosas guerras civiles se pueden ganar batallas con soldados fieras y coroneles de cucharón, perilla y cerebro hueco. La bondad es otra cosa que está de más si no va acompañada de la ciencia. Estéril medio es ser bueno si no se es sabio. Santo es comprar unas cuantas mudas á los soldados y mandar á los sargentos que se las repartan; admirable y honradísimo abrir á los soldados la particular y bien nutrida bolsa; pero mejor que esto es que los mismos soldados lleven en sus mochilas el bastón de mariscal, el fetiche de la Patria, un tratado de Higiene y un Código.

He visto y anotado muchedumbre de hechos que han amargado mi alma mucho. Poco á poco se va desterrando—muy poco á poco—la grosera razón del puñetazo; pero esa misma necesidad de pegar duramente á que se han visto obligados tantas veces los jefes, ¿no les lleva á su espíritu la convicción de previas conferencias, tan sabias que estén á la altura de la comprensión de los soldados? Aquel pobre cabo imbécil que nunca hacia las cosas á derechas y que tan

fuertemente era castigado, hubiera tenido su remedio, no en un sermonario continuo, sino en un profundo estudio de su alma y una lección de moral militar adecuada á su carácter.

No son tantos los soldados de una sección para temer que dure su estudio hasta el Día del Juicio. Y la cultura tiene medios hermosos de facilitar este género absolutamente necesario de estudios. Pero sin cultura civil, sin partir en todos los actos del servicio, no del punto de vista del servicio mismo, sino de la elevadísima idea moderna del hombre, la sociedad y la conciencia, es imposible marchar en los campos de Europa á la victoria. También sé que fracasaría un escuadrón formado con los miembros del Instituto de Francia; no se trata de reclutar sabios soldados, sino soldados sabios, y se puede ser Spínola sin ser Velázquez. El alma del siglo debe ser el espíritu del oficial. Porque yo estoy seguro de que un estudio concienzudo del espíritu de los tiempos, hecho en los libros, en los viajes, en las grandes maniobras, en los Museos, en las multitudes y en las ideas políticas, enseña á manejar la espada mejor que la escuela de Sanz ó los libros de texto de las Academias. En las aulas de la Escuela do Guerra hay mucha ciencia militar, pero allí se han dado, si mi memoria no me es infiel, unas famosas

conferencias sobre la guerra ruso-japonesa, de un testigo presencial, y se ha dicho que los japoneses habían vencido en Tokio, y no son sólo las Memorias de Kuropatkine las que han dicho á su Patria verdades tan amargas como las que yo estoy diciendo. El que viera aquellas láminas de las bibliotecas de Tokío tenía que convencerse de la victoria. Quienes así leían y robustecían el espíritu, ¿cómo no habían de pelear días y días en Liao-Yang y Mukden? Amasar con el espíritu de raza la cultura europea es un gran trabajo y exige un grueso presupuesto. Pídase éste, pero no se incendien Redacciones ni se encarcele á voluntarios que hablan del Ejército, sin otro respeto que el de constituir un hermoso recurso social, no más digno que otros, pero sí más elevado y meritorio, porque entraña una probable pérdida de la vida, lo más amable y sagrado, según las leyes de la conciencia.

Sin cultura civil, lectura de novelas, ensayos de laboratorio, frecuentes maniobras, Bibliotecas y Academias en los cuarteles, exámenes previos al ascender de un grado á otro, estudios comparados de todas las Armas é intromisión prudente en las ideas políticas del País, los oficiales no pueden aspirar á una admiración incondicional. A ellos mismos les perjudica el creerse indiscutibles, pues les ha aislado y en vano se debaten

con la pequeña ayuda de sus periódicos profesionales. Uno de éstos, el *Heraldo Militar,* decía hace poco tiempo que yo debía estar en un manicomio, mientras otro decía que eran dignas mis descripciones de un miembro del Estado Mayor mejor constituído. Los mismos oficiales se hacen daño al exigir en torno suyo silencio, siempre que no sea para adularles. Y no deben ofenderse de que un literato ó poeta se vista de soldado, les acompañe, se exponga á los mismos peligros que ellos, á otros más graves, y luego, en bien suyo, les diga que sus ojos y sus oídos, educados por el arte durante varios años, son fieles sentidos suyos, y que esos ojos y oídos han quedado muy descontentos. Es vanidad intolerable el creerse infalibles, y para bien de todos debían los oficiales revisar los libros de texto que leyeron en las Academias y cotejarlos con el espíritu de nuestro tiempo. Ellos saben, é infinidad de veces me lo han dicho, que son insuficientes, y que más tarde no tienen comprobación con la realidad y las exigencias modernas. La vida de cuartel, tal como hoy se conduce, no adiestra ni enseña á los oficiales. Yo sé que, á veces, quedan dos ó tres soldados de una compañía en el cuartel, que las maniobras son de muy tarde en tarde, que se carece de medios. Sin embargo, es preciso no caer en el viejo

vicio español de suplir los medios con heroísmos. Cuando no hay medios, no se inventan; se buscan ó se renuncia á la obra. Así habla Europa: el Ejército ha de estar constituído como una máquina, perfeccionada, limpia y pronta siempre; no ha de escatimarse gasto, ni meditaciones, ni sacrificios; ha de ponerse en movimiento cuando se la mande y responder en absoluto á los sacrificios puestos en ella.

Y lo que se dice en voz baja debe escribirse, pese á la gratitud y á todos los disfraces de la cobardía. La improvisación de los oficiales, como en las guerras de Cuba y Filipinas, no ha enseñado aún nada. Quien maneja la espada no es la mano, es la cabeza, y, desgraciadamente, los cuarteles ni tienen gimnasios ni bibliotecas, y sin ellos un Ejército se expone á quedarse atrancado en el barranco del Lobo.

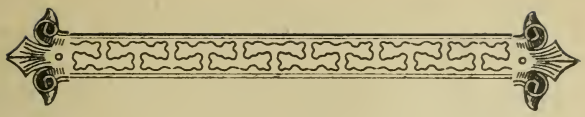
Y no es bastante ni oportuno alzarse á los postres de un gran banquete y con la espumeante copa en la mano háblar de imposiciones del orden civil. Porque el deber del Ejército es oir, ver y prepararse á callar, si la Patria no peligra. La base de los Estados no son los Ejércitos, son las leyes de la cnltura civil, y el organismo armado no debe inmiscuirse con carácter oficial más que en las guerras. Y en éstas es donde debe demostrar que su espada está bien afilada. No basta

poner, encuadernado en vitela y oro, dentro de una estantería de vidrios de colores, *El Museo Militar, Las guerras de Italia,* los libros del gran estratega ruso y las doce mil disertacionenes sobre la guerra franco-prusiana, un si es no es inútiles y cargantes. Esa es hoy la biblioteca de un niño que monta un palo y toca por los pasillos en el embudo de la cocina el clarín del arma. Los Códigos servían de base al Napoleón de bronce que poseía Bismarck.

La luz se ha hecho hoy sobre todas las cuestiones. Y con amor, con paciencia, con sublime resignación para que los demás hablen de nuestros defectos, con esa inmensa bondad que se respira en la cultura europea, debemos oirnos y enmendarnos los unos á los otros.

Lo que no impide que si me creéis loco me encerréis en un manicomio, pero no en una cárcel.

Entretanto que lo discutís, escuchad.



XVII

El epílogo de la batalla de Taxdirt.

Desde la Cárcel.

«Da tus armas.»—*Jerjes.*
«Ven á tomarlas.»—*Epaminondas.*

No podéis figuraros un terreno tan abrupto y más adecuado á las leyes actuales de combate que el campo de batalla del 30 de septiembre. Todas las complicadas maniobras de orden abierto pueden verificarse allí. Un ejército moderno podía en tales lugares hacerse famoso, fuese quien fuera el enemigo que se le opusiere al paso.

Colocado en la loma del aduar de Mariguai, cuya jaima fué causa remota de la gran batalla, levantar el

plano de ésta no es algún trabajo superior á las fuerzas de un delineante de croquis militares.

Une la vista, á una simple ojeada, cuatro puntos, circunvalándolos mentalmente: la planicie en progresivo declive de Rostrogordo, los crestones de Taxdirt, la loma brava de Idum y el zoco El Had de Benisicar, cuyas ruinas se distinguen perfectamente en las laderas de un montecillo coronado de chumberas. Formado así el polígono ideal de cinco lados, el río de Oro, que es su línea más extrema, señala al observador los montones de adobes del zoco del Jemis, campamento de la jarca las noches del 17, del 18 y del 19, el morabito respetado por la artillería de Sidi-Ali-Issa y las angosturas de calizas y feldespatos del Had-Hama.

Dentro de este perímetro, y como si las líneas ideales del polígono lo ocasionaran, se hunde la tierra en dos profundas depresiones, divididas en barrancos, precipicios y hondonadas, separados entre sí por lomas y cerros cubiertos de infinito número de pedruscos. Son cuarcitas, dolomias pizarrosas, mineralizadas lavas eruptivas que tamizan un musgo enano, las plantas silvestres y los cantos gredosos.

Cuando las nubes tienden una sombra monstruosa sobre el paisaje, y esa sombra resbala por el plano dejando al sol iluminar las partes altas, se percibe en su

solitaria y árida grandeza la ondulación irregular del erreno, que parece girar en ramas de círculos elipsoidales, quebradas por montones sin conexo con el sistema, en torno del macizo del Gurugú, mole espantosa, situada de tan singular manera, que no siendo desmesurada ni gigantesca, lo parece, aislada como está en un valle desencajado y convulso por antiguos cataclismos seísmicos.

En las faldas de la última loma visible, que se alza como un cerro empinado hacia el flanco izquierdo de una supuesta línea de fuego, está el zoco de Benisicar, punto extremo del vastísimo frente del combate y sobre el cual habían de girar nuestras fuerzas, arrojando la jarca al otro lado del río de Oro, á la región del Yonana, Taxuda, Sebt, llanura de Bu-Erg y los valles que dominan el Milón y el Arga.

Por una de esas rarísimas alternativas de las grandes batallas, el zoco se convirtió en centro del combate y en objetivo principal desde el primer momento, y la sangre excesiva de los soldados de Tarifa puso en peligro de dislocación á los 12.000 hombres del general Tovar. Sucedió allí, en pequeño, lo que en Waterlóo con la granja y montículo de Hongüemont; un punto secundario que se transforma, por el heroísmo

de los ocupantes y la rabia de los sitiadores, en núcleo, objeto y fin de la batalla.

Por eso la batalla, mal llamada de Taxdirt, ofreció á las diez de la mañana, dos horas y media después de haber comenzado, su más interesante aspecto y la carnicería más imprevista. Todo el resto del día y la noche lúgubre no presentó ningún hecho aislado que respondiera á un ejército tan numeroso y á un frente que hubiera barrido de enemigos el cabo de Tres Forcas hasta las opuestas riberas del Kert.

La jarca había tenido suficiente tiempo para reconcentrarse en los aduares y montecillos pedregosos de Abduna y Beni Atman, y considerando su situación estratégica al comienzo de batalla, se puede afirmar rotundamente que tenía datos precisos de nuestro plan y otro que oponerle. Es la única vez que los moros han presentado una organización tan especial, una tan extensa línea de fuego, y, sobre todo, una resistencia tan sangrienta y llena de tantas esperanzas. Es en vano querer atenuar, con los hechos por réplica, el fruto indeciso de esta gran batalla, que debió ser una gran victoria. Indudablemente superó á todas las dadas en Sierra Bullones el 60, excepto la toma de Tetuán; pero el funesto, extraño y misterioso epílogo de Taxdirt ha demostrado dos cosas: que el plan primitivo, verdade-

ramente admirable, fracasó desde el principio, por la impulsiva temeridad de algunos batallones de la extrema vanguardia, y que no se aprovechó la experiencia de los soldados y la enorme sangría de la jarca, iniciando allí mismo un franco avance implacable. Como siempre, el valor personal quiso suplir los errorres del cálculo, y se demostró una vez más que los ejércitos se cubren de gloria cuando se economiza la sangre, el tiempo y las consultas. El soldado moderno ha de «marchar hoy» y triunfar «mañana mismo». Porque esos son los resultados del napoleónico precepto. «La fuerza de un ejército, como la cantidad de movimiento en mecánica, se valúa por la masa, multiplicada por la velocidad». Saber agrupar pronto las fuerzas, lanzarlas velozmente sobre un punto dado, combinar la velocidad con la masa y la distancia. Y si aun con esto «sólo deja de equivocarse en las batallas quien no las presenta», como decía Turena, ¿qué número de errores no se cometerán, improvisando los movimientos sobre el campo mismo de batalla?...

La batalla de Taxdirt comenzó con una de esas acciones bellísimas, que al autor de la frase terrible «deshonremos la guerra», le hicieron describir, con sublime ubicuidad, la batalla de Waterlóo. Si hubiera un general en jefe recogido el fruto del acto de Caval-

canti, hoy mi Patria se enorgulleceria del 20 de septiembre. No fué así. La batalla, deslucida por una serie de acometidas parciales y la falta de cañones rápidos de montaña, terminó vulgarmente. Tuvo un prólogo maravilloso y un epílogo que fué un desastre. Cuando el general Tovar, digno de formar parte del ejército de O'Donnell, mandó desfilar frente á Rostrogordo, ante el escuadrón de Alfonso XII, sus fuerzas, hizo la crítica de la batalla.

La batalla de Taxdirt comenzó á las siete menos cuarto, hora en que el teniente coronel Moreira decía estas palabras: «He aquí un hermoso día de sol y de matanza.» Era, ciertamente, un día africano. Las grandes batallas modernas comienzan por un duelo de artillería, que á veces dura días enteros; el éxito es del que emplazó mejor y con mayor velocidad. En Taxdirt hubo también un lucidísimo y atronador bombardeo. Colocadas las dos baterías de Schneiders cerca de Cabrerizas, rompieron el fuego cuando las humaredas de los obuses de Camellos dieron la señal del combate. La artillería del fortín Reina Victoria, del fuerte de Cabrerizas Altas y de Rostrogordo apoyó con sus fuegos combinados el de los cañones de 15 centímetros. El efecto era magnífico y el estruendo ensordecedor. Las granadas levantaban grupos de moros

que audazmente ocupaban las lomas altas, donde los peñascos son mayores. Los soldados, que ocupaban la explanada de Rostrogordo desde las cinco y media de la mañana, veían con emoción ensancharse cada vez más y alejarse gradualmente la zona de las nubecillas de tierra removidas por las granadas.

Cerca de las ocho la caballería se puso en marcha, abriéndose en parejas de exploración con verdadero arte y sugestiva tranquilidad. Los ocho batallones de Cazadores se movilizaron, escalonándose sobre la base de Cataluña, que, á su vez, se sostenía en Tarifa, batallón al que se encomendaba una acción defensiva, eficaz y lenta, tanto más fácil cuanto que su flanco izquierdo era defendido vigorosamente por la artillería. Cuando ha desfilado el centro de la enorme columna, Del Real distribuye las reservas, dos compañías do Africa, dos de Melilla y el Disciplinario, cubriendo por escalones las comunicaciones de la plaza con las fuerzas expedicionarias. La brigada de Alfau varía de dirección al trasponer un profundo declive, y marcha al costado, oblicua á la de Morales. Nada más hermoso y perfecto que este cambio de frente, dirigido por Tovar con segura maestría. Dos kilómetros más y han entrado en el radio del fuego del enemigo. Se comprende perfectamente la intención de la admirable

maniobra. Toda la división, confiada en la resistencia de Tarifa y Cataluña, que llevarán el peso del combate, avanzará en inmensa ala abierta contra el enemigo cuyas posiciones marcan las granadas de los cañones. No se puede apreciar la eficacia de estos disparos, cuyo ruido seco, imperativo y continuo, estremece y hace trepidar el suelo. El avance se verifica matemáticamente, y es realmente insuperable el orden. Hacia la extrema derecha vacila la columna; se corre el enemigo más al centro, y este movimiento extraña á Alfau. Creen los moros que el ataque comenzará por allí, y es táctica suya variar el frente de pronto para desconcertar con una rapidísima vuelta á la posición abandonada. Por un momento, las fuerzas, aunque avanzan, se mantienen á la expectativa. Es mala señal que el enemigo no se descubra más, y por la maniobra de Alfau se viene en conocimiento de la vasta línea que ocupa. Es la primera sorpresa de esta batalla. Todos creían que los moros resistirían en un grueso nucleo, como es costumbre suya, para, si es preciso, agruparse rápidamente. La idea de ser envueltos les desconcierta, y no hay nada que evite su ciega acometividad como un amago definido á su centro. Lo difícil es hallar éste, porque los moros no ofrecen masas. Su ley de combate es la facilidad de movimien-

tos, una independencia absoluta y una retirada expedita.

La media luna que suelen formar en los combates está aparentemente rota en dos puntos. Tovar dirige hacia ellos sus fuerzas con decisión, seguro de su flanco izquierdo, y tal vez de los dos. Se nota que le preocupa el frente, y quizás tiene la magnífica idea de hendir como una cuña el centro enemigo, dividiéndole en dos porciones, que serán infaliblemente deshechas. Todo hace presagiar una sencilla demostración de lo que vale un ejército aguerrido en manos de un general avisado. Cerca de las diez de la mañana son cuando los cañones dejan de cubrir las lejanas lomas. Suenan los disparos secos de las tercerolas. Contestan los *pacos* de vez en vez. La guerrilla de flanqueo de Tarifa cede muy á la izquierda, en cuya dirección aparecen los moros, en gran número, coronando las colinas. Al mismo tiempo Cataluña desplega en guerrillas y avanza paulatinamente. Las fuerzas llevan dos baterías de montaña y su emplazamiento tarda.

En los poblados que ha deshecho la artillería hay un acelerado movimiento de moros, y por las cañadas huyen rebaños de mujeres y niños. Fatiga en extremo á los soldados la subida de tanta loma; pero nunca han estado los soldados tan contentos. Hace un mes

que vivaquean en Cabrerizas y ansiaban luchar. No tardarán en hacerlo. Y esa misma precipitación les pierde.

La caballería retrocede, perseguida por moros que descienden á las laderas, hostilizando de cerca. El tiroteo es progresivamente más nutrido. Se replegan los caballos. Despista que el combate comience por este flanco, tan castigado, al parecer, por la artillería desde las siete de la mañana. Pero los moros, que habían dilatado sus fuerzas en demasía, han comprendido certeramente que la resistencia les sería difícil si desatienden el zoco; al mismo tiempo, su mirada de águila descubre que se ha confiado demasiado, debilitando el flanco, é inician un retroceso parcial á las primeras descargas de las guerrillas, magnífico y taimadamente figurado. Caen los soldados en el engaño, porque su orden es avanzar, siempre avanzar. Sin embargo, su marcha debe estar sometida á los exigencias del flanco opuesto, que ha de girar sobre él, si los moros, como era de esperar, cedieran. El plan es una sucesión de cambios de frente, verificados en las líneas que se tomen al enemigo, hasta que éste traspase el cauce del río de Oro y despeje Tres Forcas.

Cataluña se engaña, se fascina y se arroja gallardamente á las lomas. Este movimiento incontrastable,

ciego y valeroso, arrastra á Tarifa, y los dos batallones entran en una zona horrorosa de fuego. Separa á los batallones una corta distancia, y ambos, preocupados por las masas de moros que les combaten de frente, descuidan su punto de contacto. Nada más audaz é impremeditado que aquella separación buscada por los dos grupos de moros. Éstos han sabido hacer creer á las guerrillas que no tienen enlace entre sí. Atraen á los Cazadores á su terreno. Cuando éstos comprenden que se las ven con hordas numerosas, tendidas sin dislocación, es tarde; Cataluña recibe de lleno un fuego monstruoso que le siega, y los moros, corriéndose velozmente de través, envuelven á Tarifa. Vacila el batallón, se detiene, cede; el frente es un volcán de fuego; por el costado izquierdo una línea de moros hace imposible todo amparo en unas excavaciones, y por la derecha los rifeños amenazan con lanzarse á retaguardia y fusilar á mansalva. Caro les cuesta á quienes en ello entienden no hacerse cargo, cuando es tiempo, de todo, no de parte del plan de combate. Avanzar no es marchar hacia adelante, es saber caminar de costado y poder retroceder sin huir; avanzar es apoyarse mutuamente, sin emprender movimientos parciales antes que las reservas se coloquen en disposición de acudir á ocupar los puestos que se

mudan. Pero el valor desaloja, sube á una loma, y si la corona, está diezmado, y si vacila y descuida sus flancos, es copado sin remedio. Los ataques francos de frente son un suicidio si en las lomas hay moros.

Tarifa está perdido. Su denuedo irreflexivo le ha encerrado en una media luna de fuego que se estrecha por momentos; son de angustia y de muerte, é irreparables para siempre. Los Cazadores son cazados como manadas de lobos y se defienden como leones. Pero su desastre es inevitable. Sería, si un escuadrón no avanzase al galope desenfrenado, envuelto en la aureola sublime de la locura heroica, que derramó raudales de gloria sobre el Arma en la carga de Treviño.

Los moros le saludan con descargas espantosas. Son bastantes para resistir y contener aquel puñado de locos sin nombre y se agolpan y conglomeran para aniquilarle. Le esperan. El plomo produce en los caballos un mortal desconcierto y el abrupto terreno los esparce. Se encabritan, vacilan, se encogen sobre la grupa, estirando desmesuradamente el cuello. Pero los soldados escarban en los ijares y hacen sangre en la boca con rudos tirones del rendaje. Se yerguen, azuzan y embisten, enhiesto el sable luminoso. No son más veloces las balas que ellos, ni más ciegas. Su furia irrita la de los caballos, que se atropellan.

Pero el ciclón de muerte marcha, vuela compacto, fantástico, enloquecido por un sueño de rabia y de odios. Cavalcanti arrastra aquel peñasco como si le llevara atado á la cola de su caballo y le hiciera explotar en mil fragmentos de exterminio. Unos minutos. La distancia se acorta, los moros no huyen. El espanto da un valor pasivo monstruoso y el peligro fascina. Los jinetes se lanzan al abismo que han de destrozar, con el ceño encendido en rayos de ira, y el abismo les recibe con una sonrisa que hiela. Cavalcanti enardece, grita, subyuga, y le siguen los soldados, espantosos, bárbaros, salvajes, ciegos por el valor, que les venda los ojos con la nube de la gloria. La sangre arde y en la empuñadura los dedos se agarrotan. El sable así blandido será maza, sus tajos serán fendientes, y sus golpes, mandobles. El escuadrón ondula como si el espíritu de un vendaval les arrebatara de unas riendas misteriosas en zig-zag pavoroso. Van á la muerte y los conduce el vértigo, los arremolina, los desbarajusta, les increpa cobardias atroces, y ellos galopar, ganando á saltos las grietas, salvando las pizarras, donde los cascos de sus brutos resbalan y doblan las corvas. Les ha sido preciso rectificar la acometida, porque los moros se corren á la derecha, ciegos de ira al ver que se les escapará la presa. Tari-

fa sostiene el fuego con heroísmo digno de mejores días y quiere cooperar á su rescate apoyando á los soberbios jinetes. Estos se bastan. Si en vez de un escuadrón son una brigada, la batalla termina allí, en aquel momento.

Las descargas, que diezman á Tarifa, les respetan á ellos. Sólo un inmenso valor de siglos puede mover máquinas como ese insignificante escuadrón dándole tan imponente aspecto. Un caballo se queda atrás, está herido en el pecho, sangra, pero cabalga un héroe en él y las espuelas le obligan á dar un bote formidable, como el fatídico corcel del cuadro de Rochegrosse. El capitán Alvarez, envuelto en la tromba heroica, sigue cerca á Cavalcanti. Spencer grita, el sable en alto. ¡Quién pudiera verlos de frente! Los moros les reciben con descargas tan secas, tan disciplinadas, que parecen dadas á una voz de mando. El contacto no tarda, y el peñasco, ardiente como un aerolito desgajado por ráfagas eléctricas, se adentra en la masa mora con ímpetu incontrastable. Los jinetes parten á sablazos las gumías y los fusiles que se les oponen. La víspera afilaron las hojas de los sables, por una inspiración de la Patria, y cortan y hienden admirablemente.

Hacía mucho tiempo que nuestra Caballería no re-

novaba sus laureles y estaban ociosos los manes sagrados del león de Belascoaín. Ruedan las cabezas segadas en decapitaciones increíbles; el sable es látigo, espada, lanza, maza y palo y cuchilla. Le esgrimen bien todos, porque las reglas mejores de esgrima son los enemigos delante. Se verifica en los moros una violenta iniciación de desastre. Si vuelven la espalda, serán deshechos, segados como sus trigos de Bu-Erg. No cejan, sin embargo, y los jinetes caracolean espantosamente entre los tiradores de la jarca. Un caballo blanco, sudoroso, espantado, se desboca y se arroja sobre las filas de Tarifa, pero una bala le desploma. ¿Y el jinete? ¡Qué importa un jinete! Lo esencial es que puedan salir, replegarse, porque la jarca es numerosa y repartida en lomas sucesivas, y el escuadrón, si dobla las colinas, será acorralado en las vertientes de la cañada. Cavalcanti rememora los fastos del Romancero, su espada es un rayo. No olvidarán nunca los moros el aspecto fiero de aquel hombre, enrojecido por la cólera, ronco, sacudido por las bruscas extrañezas de su caballo, por los violentísimos movimientos de una carga, el más espantoso de los martirios.

¿Quién ha oído silbar las balas y ha visto la muerte tan cerca como el escuadrón de Alfonso XII? Los Ca-

zadores de Tarifa descuidan su costado izquierdo por presenciar aquel rapto de salvaje desenfreno. No es posible detallar heroísmos; pero sí es deber afirmar que aquellos valientes se hicieron dignos de una inmensa recompensa patria. Hay bajas en sus filas. ¿Y cómo no haberlas, si como un remolino voraz, como un sifón gigantesco, son atraídos al abismo, sorbidos, irremediablemente perdidos? Mas de nuevo Cavalcanti—sublime conservar la razón en la embriaguez de la sangre—domina á sus leones, y sin volver grupas verifica uno de los más hermosos movimientos que haya verificado en el mundo «Caballería» alguna. Retrocede sin dejar de luchar, sangrientos los sables y los puños. Es muy difícil manejar un caballo en una carga, porque el animal se defiende del peligro, y tiene iniciativas que ponen al jinete á la muerte. Vuelven grupas, ruedan en torno de sí mismos, queriendo arrojar al jinete para huir libremente; manotean, sangran sus belfos y el pelo se cubre de un sudor viscoso; se apoyan en las patas traseras y sacuden los lomos hacia adelante. Sólo el heroísmo da á los nervios el vigor suficiente para sujetar las bridas. Retroceden dispersos entre una nube de balas. Han hecho lo que debían y se vuelven porque es su deber también. Tarifa ha de proteger esa retirada histórica. Para eso preci-

sa ascender á la loma y derrochar esfuerzos imaginables. No vuelven de la carga todos los que la dieron y admira que tornen ilesos. Los caballos resabiados, duros, hacen mortales corcovos, se asustan de las balas, de la sangre que en los lomos de los otros caballos resplandece como gualdrapas de bárbaros. El sol derrama luz, aureolas de fuego, sobre los héroes, que han perdido los cascos y traen abolladas las vainas. La sangre escurre por los estribos y algunos caballos tienen en los brazuelos ó la panza desgarrones horribles que gotean. Unos dedos dejaron en la piel de un caballo su huella sangrienta. Han abierto cuerpos de moros en tajos tremendos, los han acribillado espantosamente, y por aquella vez los moros no retirarán sus muertos. Cubre pronto Tarifa la loma, recuperando el frente y el contacto. Cae Moreira herido en el cuello. Cavalcanti organiza sus héroes y se mantiene de nuevo en expectación, dando frente á las balas y protegiendo al batallón, que recobra los esplendores de su gloria quedando diezmado.

Sobre el escuadrón resplandece una luz imperecedera y una nueva página de oro ha costado raudales de sangre al Arma. El orgullo de poseer tales hombres en la Raza pone en boca de los soldados los más cariñosos laudos. Sangre de leones. La batalla se ha

generalizado durante la carga milagrosa de Cavalcanti, y nos es en todos los puntos favorable; pero la audacia de la extrema izquierda ha variado el plan primitivo de combate, y nuestros movimientos serán en lo sucesivo lo que exijan los del enemigo. Ya no será posible acometer el centro y separar la jarca en dos mitades. Progresivamente, la media luna del enemigo se acorta, se estrecha, se funde hacia el centro en retroceso apenas perceptible. Al medio día, nuestras fuerzas ocupan las primeras lomas conquistadas. El combate toma ese aspecto neutro de una lucha con moros. Se defiende un frente, y las peripecias quedan reducidas á un duelo de fusilería en el que el vencedor será quien disponga de más cargadores. Mientras los del enemigo se agotan, la lucha es siniestra y nada lucida. Un monstruoso duelo de guerrillas, con siluetas que se mueven en las lomas y pedruscos, detrás de los cuales dispara un chacal cobarde. Hace falta, es imprescindible cañones de montaña rápidos. A estos enemigos es imposible tratarles sino á sangre y fuego y desmenuzarlos desde lejos con cañones, sin piedad.

El sol vierte una espantosa catarata de sudor y fatiga sobre los combatientes, que avanzan implacable, incontrastablemente. Toda la tarde. Ya ha quedado

atrás la loma pelada, arenosa, regada con la sangre de los héroes, donde se dió la carga, el más hermoso episodio de la campaña. Toda la tarde continúa el combate. Las dos profundas excavaciones, los repliegues bruscos del terreno son ya nuestros, y las tropas al anochecer ocupan las posiciones deseadas. Pero los moros, castigados duramente, apuran su rabia durante toda la noche. La aurora trae la paz y con ella la visión del desastre. No han podido los moros recuperar sus muertos y se recogen. El escarmiento es efectivo, terrible. Desgraciadamente, nuestras bajas también lo son. A las cinco de la mañana el sol trae la paz. La caravana de heridos y muertos marcha á Melilla.

El estrago en las filas enemigas es tan grande, que los moros despejan su frente como si los tragara la tierra. Se patrulla á mil metros de las posiciones sin encontrar rastro. Solamente despojos sangrientos marcan la huída. Ya están cubiertos veintidós kilómetros, toda la península y el faro de Tres Forcas, y las minas pueden considerarse absolutamente nuestras. Las posiciones son importantísimas, y se comprende que ha presidido á su elección en el plano un sabio criterio. Se dominan infinidad de poblados. Cazaza está cerca, y el dominio del Quert es cosa de un paseo militar. Se fortifican las fuerzas apresuradamente, y la

esperanza de un triunfo ilumina á los héroes. Todos dicen lo mismo: es necesario avanzar, aprovechar el fracaso y la derrota de la jarca, encajonarla en los desfiladeros del Noroeste, arrojarla á los valles, donde la división de Orozco puede hacerla trizas. Sobre todo, no darla descanso, no darla lugar de rehacerse y aprovisionarse de municiones.

Y, en efecto, la orden llega. Es necesario que retornen á Melilla las fuerzas, abandonando, así, *abandonando,* las posiciones tomadas á costa de tremendos sacrificios. Solo quedará en el zoco una guarnición, y á su derecha la brigada de Alfau, en unas lomas de muy dudosa importancia. Se cumplimenta la orden. Tovar es recibido como merece, é incorporada la victoria á los anales de la Infantería, y la carga á los fastos del Arma; pero la indignación abre la boca de la disciplina. «Hasta en la obediencia puramente militar y pasiva—dice Almirante—, se requiere criterio, oportunidad y discreción.» Y yo sé muy bien que la orden de vuelta tuvo que ser dada varias veces, pues no se creía. Pero, ¿cómo podía creerse que debían ser abandonadas unas posiciones cuya adquisición había costado la batalla más larga de la guerra, la más dura, la única que debe tomar el nombre de batalla?

Marina, al pedir las armas de los oficiales y solda-

dos engañados en la jaima de Marignai, á los enviados de Benisicar, habia exclamado ante la negativa: ¡Yo iré por ellas! El héroe de Leuctra y de Mantinea habiera hablado así. Y, ¿cómo era que refrendaba su bélica frase, dejando otra vez en poder del enemigo las posiciones? Esto era á todas luces inexplicable, casuístico. Véase obligados inopinadamente los batallones á volver á Rostrogordo, cruzando de nuevo, de espaldas al enemigo, el escabroso sistema de lomas, donde aún brillan heridos por los rayos del sol los charcos de sangre.

Nadie se esperaba un fin tan grotesco de tan hermosa operación, comenzada por un heroísmo inmortal. Dos meses habian estado las tropas preparándose para este avance. Cuando el éxito coronaba la audacia, una orden mandaba dejar el campo de batalla á los buitres del cielo.

Está sin justificar esa orden, como lo está sin impugnar. O las operaciones no debieron comenzar por Benisicar hasta que San Martín y Aguilera hubieran cobrado Nador y Atlaten, ó la orden de vuelta de la división de Tovar fué una enmienda tardía y bochornosa al plano de la toma combinada de Nador. Faltaban hombres y no se atrevían á pedirlos, y no se dudaba en desguarnecer el campo de Taxdirt é Hidum

para lanzar sobre Nador y Zeluán los batallones laureados. Dos errores muy graves han justificado una acerba crítica del plan de campaña: lo tardío de la movilización y la indecisión y refrendos sobre los campos mismos de batalla. No eran solamente las órdenes dadas ó aconsejadas desde Madrid; eran las dudas mortales, las contraórdenes, la falta extraordinaria de conocimientos topográficos y la escasa confianza. El epílogo de la batalla de Taxdirt puso en ridículo al Estado Mayor ante el general extranjero, que exclamó en presencia del plano de batalla del 20 de septiembre:

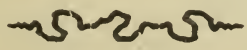
—Recordaré esta lección de estrategia toda la vida.

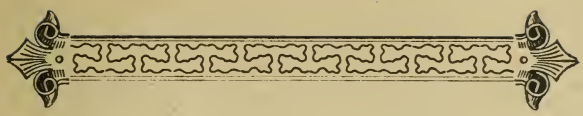
Y realmente, esta batalla, con el admirable aprovechamiento de los obstáculos naturales, un plan previo, un general reflexivo, un escuadrón como el que se encargó Cavalcanti de lanzar á la muerte y á la gloria, y una lucha de un día y una noche, marchando de frente siempre, hasta ocupar los puntos del polígono estratégico, es una batalla digna de figurar en nuestra Historia. Pero después de haber demostrado á la Patria que aquella retirada imprevista no trajo otros prejuicios que una estéril, larga y triste pérdida de tiempo.

Porque, de lo contrario, sólo quedaría de esta gran batalla el cuadro de la carga de Cavalcanti, y se daría

la estupenda paradoja de una batalla que comenzó por el fin y acabó por un abandono de posiciones ante el enemigo.

El epílogo de la batalla de Taxdirt fué la carga del escuadrón de Alfonso XII. Hable quien deba.





XVIII

Málaga, benemérita de la Patria.

Desde la Cárcel.

"LUX"

Una ciudad ha humillado á otra ciudad; ha tendido á través del mar un cable; ha mandado navíos; ha curado enfermos; ha asistido heridos; ha protegido á los voluntarios; ha cubierto con negro crespón su plaza de toros, su cartel de fiestas; ha enlutado sus mujeres: ha despedido á las naves; ha empañado sus ojos en lágrimas, y ha glorificado el deber á sus hijos, como Cornelia á los Gracos. Y esta ciudad, en la que un rey permaneció unas horas después de la hecatombe del Guadalmedina, ha repatriado los soldados y no ha pedido para su blasón un lema.

Y en ese lema la mano del rey ha debido escribir en letras de oro: «Málaga, eres bendita entre todas las ciudades; benemérita de la Patria». ¿Por qué no lo ha escrito? Hubiera sido digno de la regia prerrogativa ensalzar los méritos de la insigne ciudad blanca; hubiera sido trofeo de su grandeza, hoy muy menguada, promulgar la pragmática sanción, declarando haber merecido bien de la Patria la ciudad que supo con su conducta, con sus sacrificios, borrar la mala impresión de una protesta sangrienta. No se ha hecho, sin embargo.

Málaga es bella, dulce como un plátano. Sus mujeres conservan los ojos negros de las griegas, la tez morena de las moriscas, las curvas mórbidas de las hechiceras del Andalus, la gracia y el ritmo de la sangre de raza. Es muy bella Málaga. Su indolencia, fruto de su belleza, la ha recostado en la ribera del mar, frente á Africa, cuyo clima de perpetua primavera posee en la sangre y en el aire. Ciudad de la Costa Azul, sonríe, mirándose en el mar, consumiendo los días en la adoración á sus hechizos. Vive del pasado, del culto á los gestos heróicos, á las bellas hazañas; del rito de un amor sagrado á los manes árabes, que hablan de aventuras muy nobles en países lejanos. Por eso Málaga amparó á los soldados, los acarició

mimosa, los habló á la sangre como á sus toreros, los condujo entre vítores á los barcos y zarpó con ellos hasta dejarlos en las bravas costas rojas. Y pasó cien veces el mar sobre las aguas conduciendo heridos, y vendó y veló junto á las camas, habilitó palacios para ellos; cuando no bastaron, sus casas; y supo, siendo sultana, orgullosa y divina, convertirse en amorosa madre, en esposa y en virgen. Por ventura, ¿no iba llorando junto á las camillas del 23 y del 27 de julio, cerradas las tiendas, acongojados los ánimos, solícita y sublime? Irguióse ante el dolor, como buena matrona romana, é hirvió en su sangre latina el espíritu de aquellas mujeres, que en el umbral rociado con grasa de lobo, en actitud marmórea, decían á sus hijos ó esposos: «Ve y tráeme el cíngulo del rey tracio».

Con una mano vendaba á un herido y con la otra despedía al soldado. Málaga sujetó á Barcelona con un gesto. Convirtió en cuartel su plaza de toros, y al gallardo vendedor de pajeles le prohibió vocear el cartel de las fiestas. Destrenzó sus tocados, deshojó las rosas de sus carrozas, y ella, que es tan alegre siempre, tiñó la aurora de negro y sólo sonrió ante las camas de los heridos, ante el lecho de los enfermos. Presupuesto de caridad fué el erario votado para la pública algazara, y nadie sintió privarse de las mascaradas en

el Parque, y por la recta calle de Larios, en vez de carrozas, pasaron camillas, y en vez de máscaras, enfermeras. La *Trinidad* de Arturo Rey escesó de reir, vistió el mandil blanco y observó, impávida, cómo se derrama la sangre de la raza por unas chumberas ó unas minas.—«Bah, ¿no se derrama en las plazas de toros?»

Y las comadres del Perchel, como las mujeres de la Subura, en Roma, supieron ante la Patria en peligro ser sublimes. Se las vió junto á los barcos, enronquecieron de gritar, y un batallón que era sangre de su sangre marchó al combate, no entre los incendios de los conventos, sino entre los humos de los incensarios y el florecer de las fanfarrias. No discutieron cuando ya era inútil, y enviaron á sus hijos y esposos, mordiéndose la lengua, tascando rencores y dudas en el corazón, pero muy alta la frente, Ya pedirían el precio de la sangre y la responsabilidad á quienes no quisieron, pudieron ó supieron evitarla. La guerra fué una sorpresa, una violencia funesta, y vino muy de prisa aquel maldecido día en que los moros nos hicieron 2.000 bajas, y entonces era un delito llorar ó una bajeza. Y Málaga cerró su bella boca roja, y envió besos á los que partían, no invectivas ó diatribas estériles. ¿No era ruín sofocar las almas de los expediciona-

rios, desmoralizándolos? Tiene Cortes la Patria, y si allí no alza su voz un compromisario, justo es que el Pueblo reuna sus Concejos y delibere. Málaga acertó: no delinquió ante la ley, para poder apelar á la ley cuando la guerra concluyera. Entonces diría al Estado la maldición judaica: «¡Que la sangre de mis hijos caiga sobre vuestras cabezas!» Mas en peligro la pobre Raza que se desangra, en peligro la savia del árbol genealógico de estirpe, ¿cuál es la voz canalla que grita un subversivo «¡Atrás!»? Antes, antes; prever, intuir, impedir de antemano. Que la protesta formidable, á todas luces justa en sí misma, hubiera sabido romper en las rodillas la espada antes de alzarse. Por eso, Málaga sujetó á Barcelona con un gesto. Una ciudad enseñó á otra ciudad una ruda lección de civismo. Cuando no se ha sabido derrocar una ley injusta, es santo el resignarse á morir por ella. La guerra no debió ser; pero, ¿qué voz gigante se alzó á tiempo? Una ciudad se alzó cuando ya no era hora; pero otra ciudad abrió su puerto, sus brazos, el jubón de sus senos, y supo ser madre: ella, que nunca acertó sino á reir, echada en las riberas, contemplando el rumor alegre de los pescadores que arrastran á la playa en sus redes un emocionante «copo».

Un dia atravesamos la ciudad los voluntarios. ¿Quién

de ellos no halló hospitalidad y afecto? Se los idolatraba. La admiración los seguía. La ciudad era suya. En el Parque guiaban los carruajes, ó paseando con las bellas mujeres de grandes ojos negros, recogían de éstos, con su luz encantada, promesas de recuerdos. Se los saludaba en el Círculo, y su uniforme atraía las miradas con envidia generosa, como un preciado é inestimable galardón. ¿Quién no los subió á su casa y los sentó á su mesa? Para ellos sí hubo fiestas. Málaga se engalanó para ellos. Porque eran savia y energía de la Patria; porque era noble y soberbio su gesto de sembradores de vida; porque se habían ofrecido á los peligros de una guerra de montañas, trocada por un arrebato de suprema ignorancia en guerra de orgullo de raza. Málaga les hacía el don de sus bellezas y la gracia de sus frutos, su clima, su celestial encanto.

La Prensa habló de ellos, les acogió, citó sus nombres como presea de la Patria, dió la bienvenida y les acompañó en espíritu á la guerra cruenta. Cuando embarcaban, destacó sus redactores, que copiaron sus últimas palabras, sus cantos, el entusiasmo nobilísimo de un pueblo que supo por vez primera, en la historia de las ciudades españolas, olvidar aquella preterición regia de un rey que, de paso para Barcelona, estuvo sólo entre ellos unas horas, cuando la incuria adminis-

trativa no había previsto la catástrofe del río. Supo también Málaga no decir á los soldados que era impopular aquella guerra; les dejó marchar, é hizo por ellos cuanto pudo hacer una ciudad: entregárseles en espíritu y verdad.

Y aquellos días luctuosos; cuando no se explicaba nadie la muerte de tantos oficiales ni aquel número espantoso de bajas; cuando los soldados corrían loma abajo, desciñéndose los correajes, arrancándose del cuello las cornetillas y pasando despavoridos ante el general en jefe; cuando aquella sección, presa en el barranco, desapareció entera como en una hecatombe; cuando los paisanos de Melilla, después de las conducciones, se cerraron en sus casas para llorar la desgracia absurda, Málaga pasó el mar y recogió los heridos, consoló á la ciudad-presidio, la dió más soldados, y su puerto, que tiene la forma de unos brazos abiertos, lo fueron para ella.

La bella nave blanca que llevó á mis amigos, al separarse de los malecones, de los depósitos rojizos de mineral, llevaba en el mascarón de proa, como las naves antiguas, el lábaro de la ciudad. Miles de brazos y de lenguas prorrumpían en salutaciones, en odas breves é intensas, que, como aquella de Horacio, deseaban á la nave voladora por el mar nuestro con el viento fa-

vorable de su deseo y su amor, y que con él volviera.

Y la nave de guerra que me condujo á Guelaya, con su espíritu bogó aquella noche. Desde cubierta, emocionado por la franca despedida, oré á mis dioses por la ciudad encantada y luminosa, que rayaba las aguas con bellísimos reflejos y nos iluminaba como un vasto faro, proyectando sus haces de luz aún más allá del «Palo». Nuestro rumbo fué felicísimo, porque su espíritu nos guiaba como aquel angel de «Os Lusiadas»; nuestra ruta no ofreció peligro alguno, porque ella, como una sombra alta y blanca, abiertas las alas inmensas, amparaba á la nave. Apoyado en la borda, olvidaba á España para pensar en la ciudad, que es dulce como un plátano, y sencilla como una paloma, y prudente como una serpiente. No quitaba los ojos de ella, aunque la curva del mar había robado su silueta lejana, que era ya como una línea lívida hacia la última estrella de Perseo. Como los pobres navegantes de las Afortunadas, pedía á los espíritus del mar que llevaran á Málaga una nueva despedida mía, una incesante noticia del barco que zarpó. Y en la vasta soledad del mar y en el infinito abandono de la noche, dejé caer la cabeza sobre el pecho. Tal vez no volvería á cruzar más aquel mar, la proa hacia Málaga; pero ello, ¿qué importancia tenía, qué acontecimiento señalaba? Lo que

me hacía temblar era aquella Patria que dejaba atrás, y por cuyo amor iba yo á la guerra, no á luchar tan sólo como un simple soldado de segunda, sino á espiar la conducta de los otros y á escribir sus actos con implacable justicia; porque es el deber de los poetas quitar á la realidad las formas con que se enmascara, y cantarla. Quise escribir desde allí, y me lo impidieron; hoy mismo me desmienten los que, con lágrimas en los ojos y temblor en la lengua, acusaron; me han encarcelado por ser fiel á mis ojos y á mi cultura y á mi amor por la raza que se desangra, por las esencias de espíritu de estirpe que se evaporan, según la frase de un estadista, que ha sido el primero en destapar el vaso del preciado bálsamo.

Aquella noche las estrellas carecían de grandeza y el mar de encanto, porque la pesadumbre gravaba mi alma. Presagiaba que había de sucederme algo malo. Mi Patria no ama á sus jóvenes ni á sus niños; no los facilita recursos, ni libros, ni libertad, so pretexto de pobreza y religión, y la libre palabra es una blasfemia, y el audaz raciocinio un delito de Estado, y un insulto el dato recogido entre las balas, y una encarcelación decretada el sencillo acto de escribir sonriendo amarguras, sonriendo y jurando, para que las amarguras sean como verdades de bufón y no hieran mucho y pa-

rezcan remedios del alma. Aquella noche adiviné mi prisión, y si los soldados no me roban las notas me hubieran fusilado. Porque fuí á decir verdad de lo que viera, y no llevé sólo un corazón muy grande, sino una cultura que he adquirido riéndome de mi bohemia desastrosa y de mi alma artista, que, como en la «Venusberg», me cantaba sus incendios de voluptuoso orgasmo. Nada mejor que un ejército para estudiar la energía condensada. ¿Qué culpa tengo yo ó qué delito he cometido si mi Patria chochea? Que arroje ella la cara y no el espejo, y será más noble pedir, como el doctor alemán, una resurrección artificial al espíritu moderno, que es el diablo.

Málaga supo que marchaba á la guerra con la frente muy alta, debajo del brazo el cartapacio de Alarcón y el espíritu de Europa en el cerebro. En la Prensa de Málaga escribí laudos de fe, madrigales y ditirambos á Málaga y Melilla, y uní estos dos nombres como anagrama. Allí aprendí la instrucción militar como un soldado y de allí partí. ¿Cuándo me pagará la Patria las vejaciones y los escarnios que recibí de sus soldados? Y los sufrí con valentía, y con valentía los anoté. Supieron lo que se hacían al robarme aquellas «Notas», que eran su retrato.

Por eso, durante la campaña, yo he hablado con los

escritores de Málaga, con sus jóvenes, y ellos podrán alzarse y decir si en mis cartas no había siempre una dulce queja y un amargo reproche. Yo conservo en sus cartas vivos amores y simpatías; hallaban en ellos eco mis ideas. Y en los campamentos, á la hora más feliz de los soldados, la del correo, me ocultaba, abría muy despacio las cartas de Málaga, leía hasta que el crepúsculo ó la corneta lo permitían, y, apoyado en el fusil, de pie largas horas sobre el parapeto de la trinchera, rumiaba las dulcísimas cartas, amor de la ciudad, porque yo no tengo otros amores, y bajo aquella cúpula invertida del cielo y espiando en la sombra los ruídos nocturnos, que podían ser mi muerte, veía yo cerca de mí, como en un halo celeste, el esbelto espectro de la ciudad, blanco é incorpóreo como un angel.

Concluyó la guerra. Volví solo en una pequeña nave, que el mar zarandeaba, y una aurora entró en la ciudad dormida. Me detenían los amigos, pero ellos sabían mi inquietud, mi incertidumbre; deseaba hablar, marchar á la corte, donde la voz es más amplia y el peligro y la resonancia mayores. Y marché sin despedirme de la ciudad que quería tanto, porque yo había aprendido de su comportamiento que el soldado debía luchar, pero que después de la lucha era necesario decir: «Aunque soléis atar á los que dicen la ver-

dad, y la dicen bien, yo os digo que nunca debísteis provocar esta guerra; os afirmo que ha sido tan infausta como las guerras coloniales; os aseguro que las pruebas de heroísmo sólo han rubricado la falta de cultura; os garantizo, porque he dormido con sesenta en una tienda, que vuestros soldados no son soldados, que es muy poca la cultura de los oficiales y casi nula la de los sargentos, y os confieso que no he visto mayor incoherencia en los actos, ni mayor improvisación, ni más falta de medios modernos; en suma, que no poseemos un Ejército europeo, que seguimos siendo os ilusos del 98, cuando aquellos buques de madera fuei en busca de los acorazados norteamericanos, prodigios de cálculo y acero».

Y lo vengo demostrando con mis «Notas», envolviendo mis ideas y observaciones con rasgos de bufón, para que parezcan menos tristes, aunque la indignación que hace versos haga imágenes ó yambos. Estoy por ellas preso, y tal vez hayan causado mi muerte, porque sentencia de muerte será la de mi presidio; pero, ¿he callado? Desde la cárcel escribo, y como la noche de mi marcha en la borda del barco, paseo en la jaula, baja la noble cabeza, tranquilo por el deber cumplido, pero triste, muy triste, porque yo oí, siendo un adolescente, casi un niño, á raíz de los sucesos maca-

bros del 98, que si se alzaran voces valerosas que dijeran la verdad, otra sería la historia de España. Entonces se pedía franqueza á los oficiales. No la hubo. Sólo un soldado, Ciges Aparicio, escribió aquellos libros negros que no hubiera suscrito Gorki. Hoy, un soldado que marchó voluntario, con el objeto firme de ver, estudiar, observar, dice lo que vió, y los corresponsales no vieron ó no pudieron ó no quisieron ver, y, por primera providencia, se le priva de lo único que poseía en el mundo, la libertad. ¡Bravo, Patria!...

¡Pero tú, Málaga, eres dulce como un plátano, son muy bellas tus mujeres! Tus hijos tienen corazones muy nobles y sanos. Tus crepúsculos tienen las mejillas de tus vírgenes, y en tus ojos negros toda la hermosura del alma femenina helena. Y á tu bellesa, á tu clima de estufa, á tu preciosa situación en la costa azul, junto al «mare mostrum», que conserva el espíritu de nuestras civilizaciones, has sabido unir la grandeza sin ejemplo de no llorar cuando los días lúgubres, de no inquietar á los que partían cuando ya no había remedio y de despedir á tus propios hijos con un zaragozano orgullo y un estrépito meridional. ¿Qué ciudad olvidó divertirse cuando las guerras funestas? Tú has dado el ejemplo. El bellísimo cartel de tus fiestas sirvió de marco al bando municipal de prohibición de fes-

tejos, y aquel esbelto vendedor de pajeles, heraldo del espíritu malagueño, guardó en su pecho torero el pregón, y las jóvenes que le miran dejaron de sonreir, y una nube de tristeza, tal vez la primera, cayó sobre la ciudad, por la que un día la sombra de un rey pasó sobre las aguas desbordadas de un río abandonado á los caprichos de las montañas, donde una mano criminal va segando los árboles, que atraen los pedriscos y las inundaciones.

Málaga, tú no has pedido, como Barcelona, nunca gabelas y privilegios positivos. Pero yo sé que sujetaste á Barcelona con tu gesto incomparable. Eres bendita entre todas las ciudades. Y aunque el rey no lo escribió en torno de las armas de tu escudo, puedes creer que leeremos junto á las cintas de tus divisas antiguas la moderna y más grande de «Benemérita de la Patria.

Has merecido bien de la Patria, divina Málaga.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE DE LA PRIMERA SERIE

Dedicatoria.
1909-1910.—Advertencias.
I.—Cómo viven un duque y un marqués en campaña.
II.—El convoy del 30 de septiembre.
III.—Las momias del barranco del Lobo.
IV.—Los cementerios de la segunda caseta.
V.—La moral militar de los sargentos.
VI.—La tarde del 17 y la noche del 18.
VII.—Sobre las Tetas de Nador.
VIII.—El cerro de las desdichas.
IX.—Preliminares de la toma de Atlaten.
X.—Entrada del regimiento del Rey en Melilla.
XI.—Una noche en las avanzadas de Zeluán.
XII.—La Caballería mora en Arkemann.
XIII.—Conquista de Hidum y viaje á Cazaza.
XIV.—Crepúsculos en Africa.
XV.—El lugar de la Paz.
XVI.—Cultura civil de los oficiales.
XVII.—El epílogo de la batalla de Taxdirt.
XVIII.—Málaga, benemérita de la Patria.

EN PRENSA

SEGUNDA SERIE

XIX.—Prometí conduciros á la victoria.—Marina.
XX.—Afra, la Pantera.
XXI.—El Fortín de los Obuses.
XXII.—El Parque Hernández.
XXIII.—Los soldados desnudos.
XXIV.—Bolsa de los soldados.
XXV.—El cabo del imperdible.
XXVI.—Miss Alejandrina Wolffe, íntima.
XXVII.—El comedor del Hotel Victoria.
XXVIII.—Aventuras cómicas de David Sprengel.
XXIX.—La familia de Maimón Mohatar.
XXX.—Piedad, la hebrea.
XXXI.—Calle del General Chacel.
XXXII.—La explanada del Gobierno militar.
XXXIII.—Tarde de sol en Río de Oro.
XXXIV.—Retratos de niños moros.
XXXV.—La morita Katsba, Antor y Jafar.
XXXVI.—Guelaia á vista de buho.
XXXVII.—El figón de Manolita y la epopeya de Alhucemas.
XXXVIII.—El rasgo de los cinco duros.
XXXIX.—La nave blanca.
XL.—La corona del poeta Llorente.

University of California
SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
405 Hilgard Avenue, Los Angeles, CA 90024-1388
Return this material to the library
from which it was borrowed.

D7
32
R5

Series 9482

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 902 231 0

Univ
Sc
L